

COMO UNA NOVELA

En el Socorro

FALTA
PAGINA



COMO UNA NOVELA



JHG 8279

MANUEL SOCORRO



COMO UNA NOVELA

PR

ORNAIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>79419</u>
N.º Copia <u>624154</u>



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1965

Autorización { *eclesiástica—fecha: 14-7-65*
civil—fecha: 22-7-65

Depósito Legal: G. C., 5146-65

He aquí las dos vidas de nuestra historia: la vida de Fernando y la vida de Angel.

Aquél, natural de la villa de Santa Brígida.

Este, natural de Las Palmas de Gran Canaria.

Y comienza la novela:

Un día coinciden en la histórica Plaza de Santo Domingo de Las Palmas.

Oigamos su diálogo:

—¿Cómo vamos de curso, Angel? —le dijo Fernando a su compañero.

—No sé qué te diga —le respondió Angel—. Estos profesores de mi Colegio me traen muy cansado. El de Historia se empeña en que nos la aprendamos de memoria, con puntos y comas.

—¡Con puntos y comas! Vamos, Angel, ya será algo menos.

—Te digo la verdad. No se puede quedar atrás una línea, ni una palabra, porque él va siguiendo en el libro, sin pestañear, lo que tu dices.

—Pues, chico, en el Instituto resumimos una página en dos o tres frases y nadie protesta.

—Y el de Matemáticas quiere que no le cambiemos las letras de los teoremas. Se pone hecho un energúmeno.

—¡Qué más dá *h* que *f*! ¿no son símbolos?

—¿Qué notas esperas?

—No serán buenas. Chico, uno no es un fonógrafo.

—Pero aprobarás todo.

—Creo que sí. Si no me aprueban, ya se lo he dicho a mi padre. El Colegio de Santo Tomás pierde un cliente, y sus profesores un mal discípulo.

Se oyen ya las últimas oraciones en la Iglesia. Nuestros jóvenes estaban sentados en uno de los bancos de

pedra de la Plaza de Santo Domingo. Iglesia de antiguo carácter. Torre elegante y campanarios paralelos. Fuente vetusta en medio de la Plaza, la mayor parte del año sin agua. Grupos de chiquillos correteando de un lado al otro. Ambiente más pueblerino que de ciudad. Noche de mayo, perfumada de flores y de cánticos del mes de María, tan tradicional en la Iglesia de Santo Domingo.

¿Qué hacían en esta vieja y típica Plaza, Fernando y Angel? ¿Tomando el aire? ¿Gozando del tipismo?

No. Esperaban a las que llaman sus novias, aunque ninguna de ellas ha cumplido los catorce años.

Al fin, cesa el órgano, y la Iglesia comienza a ser desalojada. Angel y Fernando se ponen de pie, porque presienten que sus «novias» serán de las primeras en salir. Y así fue.

Mary Carmen, saltarina y sonriente, se adelanta, y dá las buenas noches, añadiendo:

—¡Qué incrédulos sois! ¿Por qué no habeis entrado a rezar tres avemarías a la Virgen?

—Tienes razón, Mary Carmen —añadió Ana María—. Os pasais aquí toda la tarde como si no fuérais cristianos.

—Ya vosotras rezais bastante por estos pecadores. La Virgen les oye a ustedes con más atención.

—Nosotros somos unos pobres pecadores.

Y se dividen las parejas: Fernando con Mary Carmen, y Angel con Ana María.

Calle de Luis Millares, calle del Doctor Chil, calle del Reloj, Plaza de Santa Ana. Y en ésta, ocupa cada parejita un banco, casi junto a los perros.

¿De qué hablan? ¿De qué pueden hablar unos novios de catorce años escasos?

Ellos, de sus estudios y próximos exámenes. Ellas, de sus estudios y próximas vacaciones.

—¿Y si te suspenden? —le dice a Fernando Mary Carmen.

—Creo que no. Tengo en el curso las mejores notas. ¿Lo dices por si tengo que estudiar en vacaciones?

—Por eso, y porque no podemos pasear tanto como el año pasado.

—No te preocupes. Iremos a la Cruz de la Atalaya, y contemplaremos las cabezotas de piedra del barranco.

Por su parte, Ana María le pregunta a Angel:

—¿Irás al Monte este año?

—Creo que sí, aunque tenga que estudiar en vacaciones. Tengo mis sospechas de que los Profesores de Historia y de Matemáticas no están muy contentos conmigo. Y el de Literatura es muy gracioso. No me puede ver, porque no me aprendo de memoria el soneto: «No me mueve mi Dios para quererte».

—Te suspenderán y con razón, Angel.

—¿Con razón? ¡Por Dios!

—Pero, niño ¿un soneto tan bonito y tan emotivo?

—Pero la cosa no está solamente en el soneto.

—Pues, ¿dónde? ¿En el estrambote?

—No me hables de estrambotes. Estoy de ese Colegio hasta la coronilla.

En esto suenan las nueve de la noche en el reloj de la Catedral, y ambas parejas se levantan, marchando cada cual a su domicilio.

2

Oiga ahora el lector la interesante historia de Fernando, uno de nuestros héroes.

—¡Zas! —decía Perico, mientras, con todas sus fuerzas, blandía una caña contra los caballitos del diablo, que se cernían sobre uno de los charcos del barranco.

—Ya he matado dos —decía Nando que acompañaba a Perico en la tarea.

Los caballitos del diablo eran muchos sobre los charcos de agua del barranco de la Angostura, comiendo insectos. Y allí acudían los chicos, provistos de largas ca-



ñas, para hacer sus cacerías, sobre todo, en las calurosas tardes del verano.

Fernando, y más brevemente, Nando, como se le llamaba en su casa y en la de los vecinos, era inseparable de Perico. Pero estos chicos no siempre se entretenían cazando caballitos. Otras veces perseguían las ranas, y con ellas hacían miles de diabluras. Les quitaban las ancas para que no saltaran, y luego, con pajuelas, las inflaban, hasta hacerlas reventar.

—La mía es más grande —decía Perico.

—¡Mentira! Mira la mía. Parece un buey.

—¡Un buey! Si dijeras una pelota.

—Hombre hay que exagerar un poco. Pero, ¿verdad que es grande?

—Sí. cuando reviente se va a oír de Santa Brígida.

—¡Paf!

Y reventó la rana de Nando; pero no se oyó de Santa Brígida. Ni a diez metros de distancia.

Otras veces, les daba por ir a la corriente del barranco. Hacer junto al agua cercaditos, y regarlos derivando de la corriente unos hilitos de agua. Estaban trabajando medio día. Quitaban piedras. Traían tierra. Preparaban sus azadas. Y, finalmente, regaban sus respectivos cercados.

Una vez, D. Fernando, padre de Nando, les sorprendió en plena tarea y en pleno desperdicio de agua.

—A ver, granujas, si dejais el agua. ¡Ahí es nada! ¡Con lo cara que está el agua y ustedes desperdiciándola por esos pedregales!

Los niños, al oír las iras de D. Fernando, corrieron barranco abajo, escapando así de la vara de acebuche de D. Fernando.

D. Fernando Lozano Rodríguez era uno de los vecinos de La Angostura más acomodados. Poseía buenas suertes de terrenos. Huertas de naranjos y otros árboles frutales. Cultivaba también frutos ordinarios como papas y millo. Pero su cultivo favorito eran las hortalizas que

se producían muy bien en el fértil terreno del llano del barranco. El barranco cada año corría en La Angostura por cauces más estrechos, pues los labradores levantaban tapias y formaban nuevos cercados. A veces, se dió el caso de alguno que apenas pudo cultivar su predio uno o dos años, porque al tercero, vino el barranco embravecido y arrasó el trabajo y las ilusiones de muchos años.

D. Fernando vivía en una casita de la margen izquierda, casita muy acogedora y muy mona. Su esposa, Doña Esperanza Amador, se sentía orgullosa de su hogar. La casa se blanqueaba año por año. Delante de la casa había una huerta de naranjos, y, junto a la casa, un jardín de rosales, claveles, dalias y otras flores que eran un encanto. D. Fernando y D.^a Esperanza no tenían otro hijo que Nandito. Se permitían también el lujo de una sirvienta, que lo mismo barría la casa y fregaba los platos, que trabajaba en la finca.

D. Fernando, aunque mandaba tres veces a la semana las frutas y verduras a la plaza, se daba él también sus paseos por la ciudad para vigilar las ventas y los precios.

—Esos placeros —decía— son muy pillos. Lo que venden a diez lo pagan al labrador a dos o a cinco. Todo para ellos, y uno aquí jibado de sol a sol, para que ellos hagan su negocio. Yo, si fuera autoridad —repetía con frecuencia— quitaba de enmedio los intermediarios que se lo llevan todo.

Pero lo que más dolía a D. Fernando era la venta de la leche. Antes —decía él— el que tenía cuatro o cinco vacas, se hallaba orgulloso de su rendimiento. Hoy la cosa ha cambiado totalmente. Hoy ¿para qué tiene uno las vacas? ¿Para lujo? No le vale la leche. La mayor parte de los días los lecheros no la quieren llevar. Aquí no se hace queso, porque no estamos acostumbrados a ello. ¡Una ruina!

Ahora le preocupaba, sobre todo, la educación de su hijo Fernando. No quiero que tome mi oficio —decía—.

La Angostura es muy bonita como paisaje. Pero nada más. Aquí, para ganar la comida, hay que sudar mucho. Y no quiero ver a mi hijo, como estoy yo, bregando con criados, con lecheros, con compradores de fruta y verdura y con el barranco cuando se enfurece.

A Fernando, hasta los ocho años, lo mandó a la escuela pública de la Angostura. Era muy estudioso, pero adelantaba poco. El maestro tenía muchos niños a que atender y, además, era poco asiduo a la escuela. Vivía en Las Palmas y a veces llegaba tarde a la escuela. Otras veces se hallaba enfermo. Y, otras, se paseaba por el Parque de la Ciudad donde corrían unos aires muy salu-tíferos, según él decía con un dejillo muy cursi. Por eso, D. Fernando colocó a su hijo en Santa Brígida con un profesor particular, que le preparara para el ingreso en el Instituto. Y, en efecto, el chico era muy inteligente y muy aplicado. El examen de Ingreso lo superó con muy buena nota.

Fernandito fue matriculado en el Instituto, y consiguió muy buenas notas en todos los cursos. Bajaba diariamente de la Angostura. Su madre le preparaba la comida en un paquetito, cuando tenía clase por la tarde.

Un día tropezó en Las Palmas D. Fernando a su buen amigo, abogado de mucha fama, D. Policarpo, quien le dijo:

—D. Fernando ¿Por qué no ha puesto usted su hijo en el Colegio de Santo Tomás de Aquino, donde se enseña muy bien y se educa mejor?

—No, D. Policarpo. No hay Colegio ni centro de enseñanza en Las Palmas, donde se formen mejor los jóvenes que en el Instituto. Hay excelentes Profesores que han demostrado su saber en su carrera y en sus oposiciones. Hay formación religiosa, a cargo de un celoso Director espiritual. Hay Profesores de Religión muy competentes. El chico practica la Religión con toda libertad. Porque la siente, no porque le obligan o le observan. La disciplina es perfecta. Desde que el chico falta un día, tiene el pa-

dre una nota avisándole. Se estudia, no de memoria, sino dándose cuenta de todo. Se enseña a pensar, sin memorismos de ninguna clase.

—D. Fernando, me admira usted defendiendo al Instituto.

—Es que lo he podido comprender por mi hijo, y por lo que él me dice de otros amigos suyos que están en dicho Colegio.

—Pero no me negará usted que al Instituto va toda la plebe. Es un centro de pobres y de clase media. Su ambiente es mezquino y de pobreza.

—Se equivoca usted, D. Policarpo. Yo quiero que mi hijo viva y se mueva siempre en la realidad. No quiero que sea un señorito empingorotado que mire a todos por debajo del hombro. Hay pobres, desde luego, pero los pobres también se educan, y, al poco tiempo, se portan con corrección y cortesía. En cambio, el señorito es un tipo falso e intolerable. ¿Quiere que le diga una cosa? Con el tiempo la enseñanza del Instituto será la preferida de la mejor sociedad.

3

Vea el lector otra historia muy interesante: la de Angel.

Los padres de Angel vivían en plena Vegueta, en la calle de López Botas. Una casa muy antigua, de buen estilo canario, de tipo aristocrático. Zaguán amplio. Con una hermosa fuente en el centro del patio. Todo él, esmaltado de macetas con esbeltas palmeras. La galería del piso alto con una magnífica balconada de tea canaria. Helechos colgantes y enredaderas. Habitaciones amplias con pisos de madera de tea. Hogar holgado, confortable, acogedor. Hogar de rancio abolengo canario. Tal era el nido de Don Atilano Lorenzo Santiago y de D.^a Elisa de Sotomayor Manrique.

D. Atilano era un señor alto, delgado, de faz nada risueña. Todo afeitado, como un hijo de Albión. Cara rubicunda. Cabeza bien peinada.

D. Atilano tiene también su historia. Era hijo de una familia acomodada. Y, como hijo de tal, pretendió estudiar bachillerato. Eran los tiempos de la fundación del Instituto de Enseñanza Media, que funcionó primeramente en la calle «Pérez Galdós». Allí, aquel jovencillo menudo y larguirucho, realizó los exámenes de Ingreso, que aprobó a pesar de las faltas de ortografía. ¿Por qué? La familia de Atilanito desplegó toda su actividad por medio de influencias para que el niño saliera airoso. Y salió. La mamá, al siguiente día, pudo decir entre sus frecuentes visitas:

—Atilanito es un prodigio de niño. Salió muy bien de los exámenes del Instituto. El tribunal le felicitó y quiso darle Matrícula de Honor; pero uno de los catedráticos se opuso, porque en Ingreso hay que ahorrar las matrículas. ¡Figúrese usted! ¡Ahorrar las matrículas! ¿Para quienes las querrán? ¿Para los burros?

Atilanito superó el primer curso. Y el segundo y tercero, no sin perder en todos ellos asignaturas, que, a fuerza de recomendaciones, aprobaba en septiembre.

Su cuerpo larguirucho se estiraba cada vez más, y sus compañeros tienen que mirarle de abajo arriba, para hablar con él. Y, de ahí, que le pusieran de mote Don Lápiz. Atilano no recibía mal el apodo. Cuando alguno le decía:

—Oye, Don Lápiz, dame una goma.

Atilano se reía a carcajadas como un bobo.

Atilano, como niño rico y no de mal humor, llegó a ser el jefe de una pandilla que, en lugar de ir a clase, recorría los barrios de la Ciudad, mortificando a las mozas de servicio, tirando piedras a los perros y rompiendo algún que otro cristal. Hacían excursiones semanales a La Laja, a Tafira, a Tamaraceite...

Así, pues, al llegar a los exámenes de cuarto no pu-

do aprobar ni una asignatura, ni en junio ni en septiembre.

Como era hijo único y rico, su padre no se preocupó mucho, ni de su carrera ni de su formación cultural.

—Lo impondré —decía— en la administración de las fincas.

Y así es como Don Lápiz se dedicó a pasear por las calles de la Ciudad, a frecuentar el Gabinete Literario, del que se hizo socio prematuramente, y a enamorar las chicas de la buena sociedad.

Una noche el Gabinete Literario celebró la puesta de largo de más de veinte jóvenes de la aristocracia de Las Palmas. El joven Atilano se vistió sus más ricas galas. Bailó toda la noche con una joven, llamada Elisa, de la que quedó locamente enamorado. Era Elisa una joven elegante y de buen parecer. Hija de una de las mejores familias canarias. En un principio, Atilano le producía risa. ¡Era tan largo! Para hablar con él tenía que mirar al techo. Pero se fue haciendo, y le prometió ser su novia.

Al cabo de dos años se casaron y vinieron a vivir a una casa de López Botas, que les regaló el padre de Atilano.

D. Atilano Lorenzo Santiago y D.^a Elisa de Sotomayor Manrique vivieron felices algunos años. A los cinco de casados, nació un hijo, Angel, que vino a colmar su felicidad. Había que ver cómo D. Atilano se repantigaba en las butacas del Gabinete, para contar las gracias de su retoño. Los amigos le hacían corro, viéndole caer la baba, al relatar sus tonterías.

—Atilano —decía uno— ¿Y te deja el Angelito dormir de noche?

—¿Tienes ama de cría, Atilano? —le decía otro.

—¿Ya te dice *agó* tu Angel, Atilano? —reía un tercero.

Don Atilano no fumaba sino puros de Vuelta Abajo. Todas las tardes se tomaba el café en la fila de butacas del Casino. ¡Cómo la gozaba! Y el tema de todas sus conversaciones era su Elisa y su Angel.

De tiempo en tiempo, desaparecía D. Atilano de la vida de sociedad isleña. Todos preguntaban por él. Tan notada era su ausencia.

—¿Pero qué se ha hecho de Atilano? ¿Se habrá embarcado?

Y al cabo de un mes aparecía por la Plaza de Cairasco, tan pimpante, como siempre. El puro en la boca. El sombrero de alas largas. Jugando con el bastón de empuñadura de oro. Con su monóculo colgado sobre el pecho. Alto. Muy alto. Y cada vez más seco y enjuto. No podía desmentir sus buenos tiempos de Don Lápiz.

—Pero, Atilano ¿dónde has estado? ¿Has estado embarcado? —le dijo un amigo.

—Me embarqué. ¿No lo sabías?

—¿Qué íbamos nosotros a saber de tus aficiones marineras? ¿A dónde fuiste? ¿Se puede saber?

—¡Claro, hombre! Me fuí a Lanzarote.

—Y nosotros sin saberlo.

—Allí he estado todo este mes. Me habían ponderado tanto las bellezas de la Isla y un día me decidí a coger el barco.

—Desconocíamos tus aficiones turísticas.

—Los hombres no se conocen nunca. Lanzarote, para mí, más que bella es una Isla rara. Muchas arenas. Muchas huellas volcánicas. El Jameo del Agua y sus canchales blancos. ¿Sabeis lo que más me gustó de Lanzarote? ¿A que no atináis?

—El vino.

—Exacto ¡Vaya vino!

—¿Fuiste a la Montaña del Fuego?

—Fuí; pero no vi el fuego por ninguna parte.

—¡Ja, ja, ja! Mira, Atilano, todo eso que nos dices es un sueño. Tu no has salido de tu casa.

Y D. Atilano se calló, y no habló más en toda la tarde. Y así otras muchas veces desaparecía del Gabinete y sus contertulios comentaban:

—¿A qué país habrá ido Atilano?

Y Atilano se atiborraba de lecturas, donde se describían las bellezas y costumbres del país elegido, para después alardear de fantásticos turismos.

Este era el papá de uno de nuestros héroes, Angel Lorenzo.

Angel Lorenzo se educó en un ambiente de abundancia y holgura.

Su madre, D.^a Elisa, tenía amistades con toda la aristocracia isleña. Daba sus tes los jueves por la tarde, a los que concurrían varias docenas de amigas.

D. Atilano había heredado fincas en el Valle de Agাতে, en Firgas, en Agüimes y en Telde. Cada día de la semana recibía a un mayordomo que le llenaba la casa de abundantes frutas del campo, que después D.^a Elisa repartía a sus amistades.

Cuando Angel fue mayor, sus papás decidieron que el niño hiciera el bachillerato. ¿Dónde le pondrían? En el Instituto con los pobres, de ninguna manera. Y eligieron el mejor Colegio de aquellos tiempos. El Colegio de Santo Tomás de Aquino, donde se educaba toda la aristocracia. Pero para hacer el examen de Ingreso tenía que ir al Instituto.

—¡Dios mío —decía D.^a Elisa, en una de las reuniones de los jueves— ¿Qué harán esos herejes del Instituto con mi pobre Angel?

—¡Herejes ¿por qué, D.^a Elisa? —se atreve a objetar una de las jóvenes, hija de una de las amigas de D.^a Elisa.

—Sí, hija, esos catedráticos oficiales son una gente descreída. No tienen religión y persiguen a todos los que son religiosos.

—¿No será eso mucho decir, D.^a Elisa?

—Lo dice todo el mundo, querida.

—Y usted se lo ha creído.

—¿Llevas amistad con alguno de esos Profesores, hija mía?

—Nos visita con frecuencia alguno, que, por cierto, no se le ha caído todavía del bolsillo ninguna herejía.

- ¡Ah!, pues te voy a pedir un favor.
 —¿Que yo le recomiende a Angelito, verdad?
 —Exacto.
 —Y si lo aprueba ¿entonces ya no será hereje?
 —Como quieras, querida.

Angelito salió muy bien y D.^a Elisa mitigó su furor contra los herejes de los Profesores del Instituto. Y sabes tu, lector, lo que hizo D.^a Elisa? ¿Cómo pagó el favor del aprobado de Angel? Mandándole al Profesor un magnífico jamón, y un burro cargado de exquisitas frutas del Valle de Agaete. Los herejes también comen.

Pero no contaba D.^a Elisa con la reacción del Profesor. A la semana siguiente recibe D. Atilano una tarjeta del mismo, con un valioso regalo, equivalente al recibido por él.

—¡Dios mío! —decía D.^a Elisa— estos herejes son muy completos y puntillosos. ¿Qué será de mi pobre Angel en los exámenes del próximo junio?

Y D.^a Elisa siguió cada semana su propaganda, en sus reuniones y visitas, del Colegio de Santo Tomás de Aquino, elegido para la educación de su hijo. Cada día lo encuentro —decía— más dócil, más bueno y más aplicado. Cada semana trae a casa mejores notas.

—Es un Colegio muy caro. Pero ¡qué enseñanza! Estoy muy tranquila en cuanto a su educación. El ambiente es muy elevado. Y, sobre todo, muy religioso.

4

Tócale al cronista contar ahora la biografía de Mary Carmen, la novia de Fernando.

Mary Carmen era una niña encantadora. Muy simpática. Vivaracha. Inquieta y juguetona. Ojos azules y cabello rubio, con unas trenzas que le caían por la espalda.

Sus padres se estaban siempre recreando en ella. Co-

mo era hija única se llevaba ella sola todos los mimos de la casa.

Eran sus padres D. Pedro Alvarez Déniz y D.^a Lorenza Ruano Pérez.

Aquél, natural y vecino de Santa Brígida; y ésta, natural de Sardina del Sur.

La Vega de Santa Brígida es uno de los valles más amplios y más bellos de la Isla. Desde Los Olivos, donde vivía esta familia, ofrece una perspectiva imponente. Al fondo, la Cumbre, con su continuada cordillera. Hacia el Norte, las montañas que separan las Vegas del Valle de Teror, y el barranco del Guinguada, que, al pasar por Santa Brígida, recibe el nombre de barranco Alonso y barranco de la Angostura. Al Sur, los montes continuados, que, partiendo de los Saucillos mueren casi en la Caldera de Bandama.

Los Olivos es uno de los barrios más pintorescos de Santa Brígida. Está casi al terminar una legua de tierra que comienza en el mismo casco del pueblo, donde se levanta la Iglesia y un buen grupo de casas, y termina cerca del puente de la Calzada. El barrio de Los Olivos no está muy habitado. Unas cuantas viviendas salpicadas. Se trata de terrenos muy bien cultivados. Abundan los árboles frutales. A un lado está el barranco de la Angostura, y, por el otro, existe un barranquillo de menos profundidad, donde está enclavado el bosque de los Laureles, en otro tiempo frondoso y acogedor.

En medio de este pequeño paraíso está la casa de Mary Carmen. Era una casa de dos pisos, con unos corredores amplios y ventilados, en el otoño, cubiertos con ricas mazorcas de maíz. Frente al colgadizo un jardín, donde crecen los rosales, los claveles, las dalias y, sobre todo, las hortensias, magníficas y lozanas.

D.^a Lorenza, la madre de Mary Carmen, gustaba mucho de las plantas y de las flores. Le ayudaba Filomena, una sirvienta no muy diligente, que lo mismo trabajaba en la limpieza de la casa que en las labores del campo.

Filomena decía que no tenía sino quince años, pero los vecinos habladores le atribuían seis o siete más. Alta, llena de pecas, de aspecto masculino y poco habladora. Era natural de las Cuevas de la Calzada, y padecía una psicosis muy pronunciada, efecto del susto recibido una noche, cuando se les cayó la cueva donde vivían y, tanto ella como su familia fue sacada de en medio de los escombros.

Don Pedro cultivaba una pequeña finca, donde mantenía dos yuntas de vacas con sus crías, un caballo y algunos animales menores. Un boyero y algunos peones eventuales trabajaban con él en la finca. Don Pedro era lo que en Santa Brígida se llama un labrador acomodado. Cultivaba bastantes frutos ordinarios, porque tenía agua suficiente y además tenía algunas huertas de árboles frutales.

Como hemos dicho, D. Pedro se casó con D.^a Lorenza Ruano, natural del Sur. Los padres de Lorenza y los vecinos creyeron que ésta había casado muy bien. Don Pedro, si no era rico, era hombre bien acomodado y considerado en las Vegas. Además, en el Sur se considera que el Norte de la Isla está muy bien dotado por la naturaleza y que tiene un clima más privilegiado que el del Sur.

En realidad, el matrimonio de D. Pedro y D.^a Lorenza vivió muchos años feliz. Congeniaban muy bien. Y sabían llevar adelante la casa y sus intereses con bastante honradez y habilidad.

Al llegar de Sardina del Sur, D.^a Lorenza se llevó una gran sorpresa. Un día hablando con su marido le decía muy pensativa:

—Yo creía...

—¿Qué es lo que creías? —le respondió su marido.

—Yo creía, Pedro, que éste era un pueblo como otro pueblo cualquiera. Como Sardina, como Agüimes, como Ingenio; pero me he llevado un desengaño. Aquí, Perico, hay muchos humos. La gente se la echa mucho. Viste como en

la ciudad. Siempre a la última moda. Habla con un dejillo especial, con la suficiencia de las personas ilustradas. Mira a los demás con cierto desprecio...

—Pues no me había dado cuenta, Lorenza mía. ¡Claro como yo soy de aquí! Pero ahora que tu lo dices...

Como en todos los pueblos, lo más granadito de la sociedad de Santa Brígida estaba formada por el Alcalde, el Secretario, el Médico, el Farmacéutico, los Lezcano, los Arroyo, los Betancor...

D.^a Lorenza, al llegar, ofreció su casa a todas estas familias, pero nadie respondió a su llamada, sino la señora del Secretario. Era D.^a Eulalia una señora de unos cincuenta años. De una educación algo deficiente. Bonachona. Habladora. De muy buen humor. Y, un día, se presentó de sopetón en casa de D.^a Lorenza.

—Así respondo yo —le dijo— a su invitación. Quiero tener amigas y amistades, y me dije: Vamos a ver a esta nueva vecina. Y aquí estoy.

—¡Cuánto me alegro! Usted no se puede imaginar mi satisfacción. Porque, la verdad, me encontraba tan solal Pase.

—Me lo imagino. Este pueblo es muy raro, muy retraído, muy especial.

—Ya he podido comprobarlo. En los meses que llevo aquí aún no conozco a nadie. Ofrecí mi casa a tantas señoras y usted es la primera que se ha dignado aceptarla. Usted, D.^a Eulalia, rompe el hielo. Siéntese, por favor.

—Que, ¿muy contenta en su nuevo pueblo?

—Desde luego. Como en el mío natal, aunque todavía, como no conozco a nadie...

—Es natural. Pero ya verá, ya verá lo que es cosa buena. Lo mismo me pasó a mí. Yo no soy de aquí. Yo soy natural de Arrecife de Lanzarote. Aquello sí es una ciudad. Allí se hace mucha vida social. Pero aquí cada familia vive como un ermitaño. Ya verá.

—Aun conozco a muy poca gente. Voy a Misa. Me doy cuenta de que me observan, y me metó en casa.

—¡Vaya si la observan! No le quitan ojo. Ya le han hecho más de cincuenta retratos. ¡Aquí hay cada lengual ¿Quiere que le diga? Usted no se fie de ninguna, por muy señora que parezca. Vea usted las señoras de Pérez. Tan religiosas y tan aseñoradas, y se burlan del sol en persona. Que si lleva así el vestido, que si los zapatos están fuera de moda, que si no sabe andar, que si es una campurria... ¿Y de las Arroyos? Más vale no hablar, Son las más ricas de la comarca; pero ¿cómo adquirieron la riqueza? A mí no me gusta murmurar; pero cuando yo llegué aquí me dijeron que estafando en una tienda, firmando letras con usura. Y de la mujer del médico ¿qué? Esa no le dice adiós a nadie. Anda sola, porque —dice ella— que ninguna es digna de su compañía. La del alcalde es otra cosa. Es muy buena persona; pero dice «cuálo» «cristianita»... Le llaman «pan de millo», porque tiene la cara toda llena de granos. ¡Ah!, ¿y dónde me deja la mujer del farmacéutico? No hay mujer más burlona. Se ríe de todo y ¡es tan feal! ¿Sabe usted cuál es la mejor familia del pueblo? La de los Lezcanos. Proceden de una aristocracia antigua, venida a menos. Pero son sencillos, honrados y muy buenas personas.

—Gracias, D.^a Eulalia, por sus informes. Así no camina una a ciegas al andar por el pueblo.

—¿Y de servicio qué tal anda usted?

—Bien. Tengo una muchachita de la Calzada. Tiene poquitas manos; pero es callada y trabajadora. ¿Qué más se puede desear en estos tiempos?

—Sí. Es verdad. Va a llegar el momento en que uno tenga que hacerlo todo. Yo tengo una vieja. Las jóvenes son un peligro. El mundo está perdido. Y, además, ¿qué quiere que le diga? Yo soy muy celosa. ¡Ja, ja!

D.^a Eulalia salió muy satisfecha de la visita. D.^a Lorenza le había tratado muy bien. Se habló de todo. Por lo pronto D.^a Lorenza se enteró de mil cosillas del pueblo que le podían servir para el trato social en su nueva residencia.

Cuando D.^a Eulalia venía por el Palmeral, en dirección a su casa, se tropieza con la señora del médico.

—¡Oh!, ¿cómo usted por aquí? —le dice la médica.

—Vengo de casa de la nueva vecina.

—¿La nueva vecina?

—Sí, mujer. D.^a Lorenza, la esposa de D. Pedro Alvarez.

—Y ¿qué tal?

—Una decepción, querida, una decepción. ¡Si yo le contaral Los hombres están ciegos. ¡Mire usted que ir a Sardina del Sur por una mujer tan vulgar y tan sosa!

—Ya será algo menos —le dice la médica, que conocía el paño.

—Lo que usted oye. Ese hombre tiene el gusto estragado. No sabe presentarse. Ni hablar. Una pobre campesina. Y, además, cursilota, cursilota.

—Bueno D.^a Eulalia, lamento sus noticias. Me voy, porque llevo algún tiempo de retraso.

Por su parte, D.^a Lorenza se quedó muy insatisfecha de su primera visita.

—¡Si todas son así! Lo mejor es estarse una tranquila en su casa, sin saber de abejorros de estas Vegas. ¡Las Vegas! ¡El paraíso perdido!

No obstante el juicio adverso de la secretaria, D.^a Lorenza se tenía por muy educada. Su preocupación, años más tarde, era la educación de su hija Mary Carmen. Cuando María del Carmen —decía— sea mayor la pondré en un buen colegio. No tengo otra hija. Haré los mayores sacrificios para educarla. Y entonces ya verán todas las presumidas de este pueblo...

Y, en efecto, mientras Mary Carmen fué pequeña frecuentó la mejor escuela de Santa Brígida. Pero, así que tuvo nueve añitos D.^a Lorenza y María del Carmen salieron para Las Palmas. Hablaron con la Superiora de las Ursulinas y a primeros de octubre ya estaba ingresada en este colegio. El Colegio de las Ursulinas era conceptuado como el mejor Colegio de Las Palmas.

Las lágrimas de Mary Carmen no conmovieron lo más mínimo a D.^a Lorenza, cuando se despidió de su hija.

El Colegio de las Ursulinas estaba emplazado en la Alameda de Colón, sitio de mucho carácter canario. A uno de los lados la Iglesia de San Francisco. En frente, el Gabinete Literario, lleno de historia canaria. Plaza de Cairasco, el poeta que se deleita, día y noche, con el murmurio de la fuente que corre a sus pies. Y en frente, el edificio magestuoso del Colegio. Grande. Expresivo y lleno de voces juveniles. Y la estatua del descubridor allá, vigilando, con su mirada fija, las entradas y salidas de la juventud femenina de Las Palmas.

Aquí dejamos a María del Carmen, por ahora, para oír el diálogo de sus padres D. Pedro y D.^a Lorenza.

—¿Qué tal? ¿Cómo quedó la niña?

—Si tu la vieras. Muy contenta.

—No te puedo creer, Lorenza. ¿Cómo podía quedar contenta una criatura que por primera vez abandona a sus padres?

—Bueno. Bueno. No te pongas trágico. Algo triste, pero las Madres son muy buenas y me dijeron que me viniera tranquila.

—¡Con que triste! ¿Eh? Llorando a lágrima viva. Como salió de aquí que yo me escondí para no verla salir. ¡La pobre! ¡Pobre hija mía!

—Bien, a ver si vas a llorar tu también ahora. Esto tenía que ser. Los padres tenemos que ser fuertes para poder educar a nuestros hijos. Después nos lo agradecerán.

5

Ahora la historia de Ana María, la novia de Angel.

D. Clemente López Jiménez había nacido y vivido, durante su juventud, en Juncalillo. De padres honestos y buenos cristianos, dueños de unos huertitos en laderas,

que les producían lo bastante para vivir. Una vaquita. Unas cabritas. Un cerdito, para pasar los fríos del invierno. Un perro, que les ladrara y diera compañía durante la noche, y en los días oscuros y en toldados del otoño y del invierno.

Clemente no se distinguió por nada. Apenas aprendió a leer y escribir a trompicones. No era muy expresivo. Tenía pocos amigos. A misa los domingos, sin más salidas. Pero, cuando se acercaba el año de quintas, el joven Clemente cayó en una reserva mayor. Apenas comía. Dormía con mil pesadillas. Hasta que un día dijo a sus padres, mientras comían:

—Padre, yo me quiero embarcar.

—¿Qué piensas, hijo?

—Que me embarco; pero no voy de ninguna manera al cuartel.

—Por Dios, Clemente, ¿te vas y nos dejas solos? ¿No piensas que tu eres hijo único? ¿Que todo lo nuestro es tuyo?

—Mira, Clemente, creo —le dijo su madre— que haces un gran disparate. Tu no puedes volver a tu casa. ¿No ves que te declaran prófugo y te perseguirán toda la vida?

—¿Toda la vida? Ya vendrá algún indulto y volveré rico. Los años que estoy sirviendo los paso trabajando en Venezuela. Vendré rico y después todo se arregla.

La madre comenzó a lagrimear, y al padre se le nublaron los ojos. No hubo más aquel día; pero se le notaba terco en sus propósitos.

Y, en efecto. Llegó un día en que, sin despedirse de sus padres, y en el silencio de la media noche, Clemente salió de Juncalillo y no se supo de él hasta dos meses después, en que sus desolados padres recibieron una carta diciéndoles que se hallaba en Venezuela. Que había tenido buen viaje, y que ya le habían prometido un empleo en una finca muy grande.

El señor de la propiedad era en verdad muy rico. Ne-

cesitaba braceros y acogió a Clemente con satisfacción. El había tenido ya algunos obreros canarios y estaba muy contento de ellos. Honrados, trabajadores, callados. Clemente, pues, cayó allí muy bien.

Pasaron los años, y Clemente, cada día, se acreditaba más. Tenía iniciativas para hacer la tierra más productiva. Ascendió a capataz. A veces quedaba al frente de la hacienda, cuando el dueño se ausentaba a Caracas.

Clemente ganaba muchos bolívares, que, a veces, giraba a sus padres, y, otras, depositaba en un banco. Pero, como no hay paraíso sin serpiente, en la finca donde Clemente trabajaba, también se encontraban estos bichos. Y la que tentó a Clemente fue una india muy bien parecida y muy enredadora.

Clemente cayó, y la india, muy astuta, cuando lo creyó conveniente, es decir, cuando los hechos no se podían negar, y, después de haber intentado en vano que Clemente se casara con ella, se presentó al mayoral en demanda de justicia. El mayoral se rió:

—La historia de siempre, niña. ¿Quién engañó a quien? ¿Clemente a ti o tu a Clemente?

—El, padrecito. El, que es un ladino y un pícaro.

—Bueno, yo le hablaré. Pero, mira, no te hagas muchas ilusiones, porque un hombre como Clemente es mucho hombre para una india.

—¿Sí? ¡Con que mucho hombrecito! Y, entonces, ¿por qué me sedujo con palabras de casamiento?

—Eso es una trampa, niña. Una trampita que tu le debiste poner. Y le hiciste caer. ¡La mujer...! Pero quisiste hacer de tu cuerpo una lotería.

—¡Ay, padrecito! A veces me decía el muy pillo: Mira, ¿cuándo nos vamos a Canarias? ¡Qué felices vamos a ser!

—¿Y no has sido feliz un poco de tiempo? ¿Dime que no?

—Sí; pero yo quiero serlo siempre.

—¡Ah!, ese es mucho premio para tu pecado.

El fruto de los amores de Clemente y Ana María, la india, se dió a conocer dentro de unos meses. La niña era monísima. Clemente se extasiaba mirándola.

Ana María quedó enferma del trance, y, antes de los dos años ya había muerto. Clemente quedó solo y muy angustiado. Escribió a sus padres, y les dijo que ya estaba cansado de Venezuela y que pensaba regresar al Juncalillo.

Y un día del caluroso mes de julio, y cuando aún no había asomado por los balcones de Oriente la rosada Aurora, las cimas de pinos de Tamadaba observaron, desde lejos, la llegada al humilde pueblo del Juncalillo de un hombre alto y gordo y de una niña, que, a veces, caminaba y, a ratos, iba en brazos del hombrachón.

Era Clemente López Jiménez que hacía más de veinte años que había salido de aquellos lares. Sus padres, ya muy ancianos, casi no le conocieron. Era el otro Clemente, joven y sin barba, el que permanecía aún clavado en su imaginación.

—¿Cómo es eso, hijo mío? —le dijo la madre— ¿Por qué no nos avisaste? ¿Es que querías darnos la sorpresa?

Y el padre más práctico le espetó a las primeras de cambio:

—¿Vienes muy rico, Clemente?

—Algo, algo traigo, padre. Creo tener bastante para implantar un negocio en la misma calle de Triana.

—¿Tanto, hijo? —le preguntó la madre.

—Tanto y algo más. Pero veo que mirando al hijo no se han fijado ustedes en la nieta.

—¡Es verdad! ¡Qué tontos!

—¿Y tu mujer?

—Se la llevó Dios, poco tiempo después de dar a luz a ésta.

—Ven acá, hija mía. ¡Pobrecita! ¿No hablas todavía? ¡Hija de Dios!

Los ancianos miraron el uno para el otro, cambiando una mirada de inteligencia. Cuando se hizo plena luz en

la casa, y la vista de los ancianos se aclaró, se dieron cuenta del color del rostro de su nieta. No. No era blanca pura.

—¡Este hijo! —dijeron para sus adentros.

En días sucesivos la sorpresa se fué disipando. La niña se hizo querer de sus abuelos por su simpatía y gracias naturales. Y es lo que decía la abuela, como cristiana vieja:

—¿Qué culpa tiene ella, la inocente?

Pasó el tiempo. Clemente arregló sus asuntos militares, y paseó mucho por Triana. Habló con algunos comerciantes, y decidió comprar un almacén a uno de ellos. Aún le sobró dinero.

Y ya tenemos a Clemente López comerciante de Triana. Ya podía codearse, no sólo con sus compañeros de calle, sino con todos los acaudalados de Las Palmas. Ya podía hacerse socio del Círculo Mercantil. Ya podía exhibir su personalidad en los sillones de la acera de San Bernardo, echando por ambos carrillos bocanadas de humo de los aromáticos habanos que fumaba. Ya podía permitirse el lujo de opinar sobre política y otras muchas cosas.

No le dió por casarse de nuevo. Yo —decía— hago el ridículo volviendo a enamorar. Si me caso —decía— pierdo prestigio, pierdo personalidad. El buey suelto bien se lame.

Vivía en uno de los mejores hoteles. Vestía impecablemente. Daba muchas propinas para hacerse ambiente. Y le dió por alardear de hombre enterado de ciencias, de letras y de arte. Para enterarse, leía las mejores revistas. Se grangeó en el Círculo Mercantil muchos amigos, a quienes, para obtener su amistad, los convidaba a comer, a excursiones y paseos.

Así, con la base de Triana, D. Clemente comenzó a perder rusticidad, zafiedad y hasta gordura. Algún amigo le pedía consejos en sus apuros. El dinero en aquella época abría todas las puertas de la sociedad de Las Palmas. El dinero daba ciencia, opinión y derecho en todo.

Mientras, Ana María, su hija, seguía creciendo y en-

gordando en Juncalillo con el buen queso y el tabefe espeso. Al cumplir los ocho años, preguntó D. Clemente por el mejor colegio de señoritas de Las Palmas, entendiendo por el mejor —aclaró él— el que más cobra. Los amigos le indicaron que el colegio más caro era el de las Ursulinas que estaba frente al Gabinete Literario.

—Voy a traerme del Juncalillo a Ana María, que se está haciendo ya una campurria, a ver si esas señoras Ursulinas me sacan de ella una señorita.

Y como lo pensó, lo realizó dos semanas después.

6

—Por aquí, D.^a Petronila. Este es el cruce de la carretera de la Atalaya. Ya verá usted qué paseo tan hermoso. ¿Está usted ya cansada?

—¡Qué va! —respondió D.^a Petronila. Desde el Monte hasta aquí es un paseo muy corto. Y, además, hablando, hablando, como hemos venido, no hay camino que se haga pesado.

—Desde ahora vamos en llanito —dijo D.^a Elisa—. Este campo es hermosísimo. Fíjese qué perspectivas. Allá, junto al cielo azul, las cumbres de Gran Canaria. ¡Qué picachos! ¡Qué vertientes! ¡Qué montes en descenso hasta llegar al valle de Santa Brígida!

—¡Cuánta hermosura, D.^a Elisa! Santa Brígida es uno de los pueblos más bellos de la Isla. Siempre se lo he dicho a mi marido. Vamos este año al Monte. Allí se pasan unos meses encantados. Pero él no quería dejar sus tertulias de Las Canteras. Al fin, este año logré arrancarlo de ese Puerto y traerle al campo.

—Sí. Hace muchos años que están de moda Las Canteras; pero la gente ya se va dando cuenta. Tafira, el Monte, Santa Brígida, el Madroñal ofrecen muchas venta-

jas. Hay que cambiar de ambiente, respirar aire del campo, tomar el sol de las alturas.

—¿Se fija, D.^a Petronila? Desde esta carretera se presentan unas perspectivas bellísimas. Los parrales, los grupos de casas, la Montaña de la Caldera...

—Sí. Todo esto es muy bello, y, por la tarde, agrada mucho, si el espíritu estuviera tranquilo.

—De eso más vale no hablar. Extasiemos y recreemos nuestras almas en este ambiente y las preocupaciones que se queden para cuando volvamos a nuestras casas. Yo le digo la verdad. Ahora lo que me preocupa en este momento es Angel, hablando con una india venezolana, como le digo yo.

—Es aún muy joven.

—Sí. Es muy joven; pero ¿sabe usted cuánto tiempo lleva de relaciones con ella? Cinco años. ¡Cinco años! Yo creo que apenas tenían uno y otro más de once años.

—¡Qué barbaridad!

—¿Cómo cree usted que le quite a este niño de la eabeza este amor? ¡Imposible!

—Cuando él se marche a la Universidad ya verá usted qué pronto se le olvida.

—¿Usted lo cree? Lo lleva muy adentro. Angel es un sentimental. Cualquier cosita deja en su ánimo una huella profunda.

—La verdad que no sé lo que ve en esa chica Angel. No es guapa, no es elegante. Sus costumbres son distintas de las nuestras. Tengo entendido que es de la raza india de Venezuela. No es simpática. No es rica.

—Estos chicos, señora, que se ilusionan desde niños; le ponen amor a una cualquiera y después...

—¿Cómo se llama ese pueblo que tenemos delante?

—Esta es La Atalaya. No es pueblo. Es un barrio de Santa Brígida.

—¡Qué jurisdicción más largal

—¡Y todavía...!

—Aquí tiene usted la célebre Atalaya.

—¿Célebre? ¿Por qué?

—Por su población y por sus hogares. Las moradas de estas gentes son cuevas. Viven debajo de tierra, muchos de ellos dedicados a la alfarería. Hacen tallas, bernagales, gánigos, macetas y mil chucherías más. Hablan con un acento especial, ríen varias veces al día, gritan por esas laderas... y sus costumbres, según dicen, son muy raras y no siempre muy acordes con la moral.

—Muy interesante. ¿Sabe usted que este paseo me está resultando muy ameno?

—Amenísimo y entretenido. Venga acá. Asome a esta profundidad. Este es el barranco de Las Goteras. Y, por todas esas laderas hay cuevas y vive mucha gente. Nos vamos alejando en nuestro paseo, y será cosa de volver. ¿No le parece, D.^a Elisa?

—Como usted guste. Sí. Volvamos.

—El sol traspasa ya esas montañas y las sombras lo van invadiendo todo.

—Volvamos, que el Monte nos va quedando ya muy lejos.

Y con pasos más ligeros que a la venida, marchaban por la carretera de la Atalaya D.^a Elisa y D.^a Petronila. A cada paso se encontraban con otros paseantes que les saludaban muy sonrientes.

Al pasar por el primer barranquillo se encuentran sentada sobre una piedra a D.^a Lucía, la dueña de la finca que con la carretera lindaba. D.^a Elisa la conocía y se acercó a saludarla con mucha afectuosidad. Le presentó a D.^a Petronila. Hablaron del buen tiempo que hacía y se despidieron, porque era tarde.

—¿Qué cree usted D.^a Petronila que es D.^a Lucía?

—No lo sé. La veo hoy por primera vez.

—D.^a Lucía es el ama de toda esta finca. Vive sola. No tiene criadas a quienes llama ladronas. Tiene unos trabajadores para el campo y nada más. Se queda sola en un vetusto caserón, haciéndole guardia unos perros muy grandes y muy feos. ¡Es más rara! Se levanta a media

noche escopeta en mano. A veces da tiros al aire para infundir temor. No siente la soledad. No sé cómo hoy está aquí. La gente cree, y lo creo yo también, que D.^a Lucía está loca. Si nó no se explica que siendo de tan buena familia y tan rica, esté encerrada en estos riscos, viviendo como un marimacho.

En esto caminaban por el paseo de los Granados que bordea la carretera y, llegando ya al sitio que llaman del Arco, les alcanzan las dos parejas de novios: Angel con Ana María y Fernando con Mary Carmen.

El encuentro para D.^a Elisa fue un duro golpe. Los novios dieron las tardes muy sonrientes, y pasaron de largo.

Y entonces D.^a Petronila:

—Aquí los tiene usted, D.^a Elisa. ¡Cómo disfrutan de la vida estos chicos! Usted no se apure. La vida es corta. Y como dice mi mayordomo, con la cuchara que cogen comen. ¿No le parece?

—¡Ay, D.^a Petronila! Todo eso es muy fácil de decir y aconsejar. ¡Que yo le haya dado a este hijo una educación tan refinada, que yo le haya complacido en todo y le dé tantos mimos para que ahora se lo lleve para siempre una india. ¡Esto es terrible!

—¿Y el padre?

—El padre está también consternado; pero él cree, como usted, que cuando se marche a la Universidad y él se ponga al corriente de la educación que allí se recibe, la india desaparecerá del mapa.

—Pues, claro, señora. Una cosa es tener siempre al lado una pesadilla y otra alejarse dos o tres años de ella.

—Veremos. Veremos, pero tengo el presentimiento de que esa chica no se le olvidará fácilmente.

D.^a Elisa y D.^a Petronila llegaron cansadísimas a sus respectivas casas del Monte. D.^a Petronila durmió mucho aquella noche; pero D.^a Elisa, se dice que durmió muy intranquila, soñando con los indios venezolanos.

7

Es la Angostura uno de los valles más bellos de Santa Brígida. Lo parte en dos el Guiniguada, que, cuando llueve, por aquí corre impetuoso. La parte norte de este valle lleva el nombre de Meleguinas, que comienza, precisamente, en la confluencia de los barrancos, el que viene de Las Lagunetas y el que procede de San Mateo. En la misma confluencia hay un puente, sobre el cual corre la carretera que viene del pueblo de Santa Brígida, atraviesa toda la Angostura, sigue por la Calzada y desemboca en la carretera del Centro donde, llaman Casa del Gallo, en Tafira. Esta carretera tiene un interés turístico muy grande, pues al pasar por ella, el viajero se recrea en los más hermosos paisajes de la Isla.

La Agostura está tapizada de árboles frutales, especialmente naranjos, olivos, aguacates, higueras y otros arbustos de la flora canaria que bordean el cauce del barranco. A una y otra parte del mismo es esmaltado por casas y grupos de casas que le dan un aspecto muy alegre.

La Angostura fue en un tiempo bastante más rica y más frondosa, cuando el agua de la Mina discurría libremente por el lecho del barranco, y fecundaba los muchos predios que los hombres habían formado a su amparo. Pero, llegó un momento en que las heredades de Las Palmas decidieron encauzar las aguas, dada la escasez de las mismas, y, entonces, el verdor del valle disminuyó notablemente.

Al terminar las Meleguinas vivía Fernando, y aquella tarde de septiembre, tarde nublada, por cierto, tenía anunciada la visita de su amigo Angel. Angel, aquel año no había veraneado con sus padres en el Monte, y, como siempre, indolente y bohemio, llegó con retraso.

—Al fin, ¿verdad? —le dijo Fernando, cuando llegó.
 ¿Por qué has venido tan tarde?

—Perdí el autobús, querido. Pero aún nos queda tiempo para disfrutar.

—Por cierto, que el día no está muy espléndido que digamos. ¡Si hubieras venido ayer! ¡Qué tardel! Ya ves que yo estoy habituado a ver la Angostura, pues créeme, salí tempranísimo de la casa, para recrearme. Pero hoy...

—No importa. La belleza del paisaje hay que llevarla dentro del alma.

—Tu siempre tan filósofo...

—Es la vida, chico. Pero, ¿qué hacemos aquí? Tu jardín está muy bien, pero mejor es que paseemos despacito por la carretera abajo y hablemos de nuestros asuntos. ¡Vamos!

Y ya en la carretera, y disfrutando de la brisa suave y de la vista agradable del frondoso valle, caminando despacito, tal vez, mirando más a su interior que al lugar tan bello por donde paseaban, dijo Fernando, rompiendo el encanto:

—¿Qué, ya estás pensando en el nuevo curso, Angel?

—Pensando y preocupado. ¡Qué bien se está sin ir a clase!

—Pues no te puedes quejar. Las vacaciones han sido largas, y alguna vez han de tener fin.

—Por mi parte todo el año debiera ser vacaciones.

—¡Vago! ¿Y el porvenir?

—¿El porvenir? No se debe buscar. El viene solo.

—¡Claro, los hombres ricos, como tú!

—Pero ¿tú sabes lo que es padecer la tiranía de cuatro o cinco Profesores, llenos de mal humor, que cada día arrean más, amenazan y exigen más labor?

—Pues, mira. En el Instituto exigen y hacen estudiar; pero ni arrean ni se parecen a sargentos con una vara en la mano. Allí se trabaja con alegría y se acepta el trabajo con gusto.

—¿No hay lecciones de memoria?

—Ni pensarlo.

—Bueno, dejemos eso. Disfrutemos tranquilos del poco tiempo que nos queda. ¿Cómo vas de chicas?

—Yo, muy bien. ¿Y tú?

—Yo no tan bien. Mis padres no pueden ver a Ana María. ¿Tú sabes cómo la llaman? La india venezolana.

—¿De manera que no les gusta para nuera?

—Ni verla. Ni en retrato. ¿Tu crees que mi madre me registra los bolsillos y me rompe las fotos que llevo de ella? Yo me río. Lo tomo con calma. Ana María es una chica excelente. Educada, culta, simpática y bella, en lo que cabe. ¿Crees tu que hay razón para tal cosa?

—Claro que no. ¿No será que tu familia te destina otra princesita?

—No sé. Algunas mamás, con sus bellos retoños, visitan mucho a mi madre y es posible que alguna de estas niñas me haya sido predestinada. Pero, Fernando, te aseguro que pierden el tiempo. No es que yo sea caprichoso. Es que ya llevo a Ana María dentro de mi corazón y no puedo echarla fuera.

—¡Claro, os enamorásteis siendo dos críos!

—¿Y tu?

—Yo encantado. Mary Carmen me quiere mucho y mis padres ven también este amor con buenos ojos.

—Dichoso tu. Al menos cuando llegas a casa no tienes abejorros que te mortifiquen con sermones impertinentes.

La conversación de amores no tenía fin. En esto llegan casi al final del valle, y se paran a mirar hacia el lecho del barranco. Ven, con admiración, una finca de naranjos y otros árboles, y en medio de la misma una casa bastante aristocrática, pero ya en ruinas.

—¿Cómo se llama este lugar donde está esa casona, Fernando?

—A esa finca y a ese lugar le llaman «El Colegio». No me preguntes la razón del nombre, porque se lo he preguntado a muchas personas, algunas de bastante edad, y nadie me lo ha podido explicar.

—Un Colegio aquí es imposible.

—Eso digo yo. Lo que sí puedo decirte es que esa casona, de aparente vetustez y porte aristocrático, debió pertenecer a algún señor de la ciudad, que construyó esta mansión para pasar algún tiempo en el campo.

—¿Está habitada?

—Sí. Vive en ella un estafermo llamado D. Abel. ¡Si tu lo vieras! ¿Tu no has visto las momias de los antiguos canarios del Museo Canario? Suponte que una de estas momias le da un día por levantarse y echarse a caminar por esos mundos, e incluso, por las calles de la ciudad. Eso es D. Abel. Una momia del museo. Barbudo, y barba de siempre, porque no se afeita nunca. Los cabellos rebosándole por todos los lados de la espalda, canos y mugrientos. Ojos vivos y centelleantes. Vestido día y noche con un largo levitón negro, que le cae hasta los pies.

Con este atuendo se pasea hasta por la ciudad. Sale de casa al anochecer. Bastón en mano. Acompañado de un perro negro, lanudo, que lleva siempre la lengua fuera.

—¿Huirá la gente de él?

—Los niños, desde luego. Pero los mayores ya le conocen y hasta encuentran su conversación agradable. Le miran más que como loco, como hombre chiflado.

—¿Con quien vive?

—Solo. Le asiste una mujer de edad que dice que le va a hacer la comida, a limpiar la casa y a llevarle los recados. Esta mujer tiene una cara de bruja, y parece que hay algo de eso. Ella entra y sale en la casa día y noche. Y no te reirás, si te digo que esta mujer de lo más que tiene es de celestina. ¿Quién crees tu que es el estafermo de D. Abel? Un verdadero Don Juan, chico. Un Don Juan sin elegancia, mal trajeado y peor lavado. Dicen que no hay moza que se le resista.

—¿Es posible?

—Como lo oyes. Se dice que descende de familias muy ricas. Con fincas de plataneras en Telde y en Arucas. Bodegas en el Monte y Tafira. Maneja mucho, mu-

chísimo dinero, y lo emplea, el muy tunante, en sus artes de sátiro.

—¡Sorprendente, chico!

—Le sirve de intermediaria, Patricia, o sea, la mujer que le asiste. Esta recorre casi todos los días el barrio de La Angostura y prepara para el Don Juan una entrevista cada noche. Para estas faenas no se duele de dinero, y, como en este barrio la mayoría son gente pobre y familiar, siempre consigue lo que quiere. Sus recorridos son al amparo de las tinieblas o, a lo más, presenciados por la luna. A eso de las nueve sale de su casa, bastón en mano, y precedido de su perro, y no falta quien dice que también armado de una pistola y, ladera arriba y ladera abajo, visita los lugares que la celestina le ha preparado.

No ha faltado quien le prepare una emboscada y le ofrezca una paliza. Los mozos han celebrado reuniones en este sentido, pero D. Abel ha salido siempre con la suya y es lo que dicen algunos vecinos:

—Si quitamos de en medio a D. Abel, ¿quién nos da la comida?

—Me gustaría, Fernando, ver marchar a esta momia, caminando por estas laderas.

—Quédate esta noche. Nos venimos a este mismo lugar, y estoy seguro que se nos presentará con exactitud matemática.

—A esa hora estaré yo hablando con la india venezolana. Ya me figuro, por lo que me has dicho, lo que es tu Don Juan asqueroso. ¡Y que haya quien le reciba alborozado en su casa!

—¡El hambre, Angel, el hambre!

—La gandulería, también. Hasta mañana, Fernando.

Y Angel atravesó el puente de la Calzada, camino de la ciudad, no sin poder disipar de su mente la imagen de D. Abel, cayado en mano, recorriendo su habitual carrera.

8

Hubo un tiempo en que se hizo moda en Las Palmas veranear en el Monte Lentiscal de Tafira. Toda persona pudiente, y aún los no pudientes, tenían a mucha gala hacer un chalet en estos campos. Chalet y no casa, a imitación del estilo de chalets extranjeros, especialmente ingleses, que ya habían fabricado aquí algunos. De ahí el crecimiento de Tafira y del Monte en pocos años.

Pero, los domingos y días de fiesta, los veraneantes no se conformaban con estar dentro de las casas, ni con cortos paseos en torno a su barrio, sino que en grupos, bastante frecuentes y nutridos, se les veía por las laderas y los montes cercanos, como la Caldera de Bandama y las montañas de la Atalaya.

Fernando y Mary Carmen, Angel y Ana María convinieron en encontrarse un domingo en el Cruce de la Atalaya. Pero pasaba el tiempo, y Fernando y su novia aguardaban ya inquietos en este lugar a sus amigos. Al fin, asoman por la Plaza de Doña Luisa caminando y no de prisa.

—Gracias a Dios que habeis llegado —les dice Fernando a sus amigos.

—Es que Ana María casi no sale.

Se encaminan por la carretera de la Atalaya, mas que observando el paisaje, que, por cierto, era bellissimo en esta tarde de verano, viendo interiormente sus ilusiones, y embebidos en sus proyectos de futuro, todos de color de rosa. Como la Atalaya ya la habían visto otras veces, Ana María propone subir esta tarde tan hermosa a la Cruz de la Atalaya, que le habían dicho que tenía unas perspectivas maravillosas.

—No me parece mal —dijo Fernando— aunque la cuesta nos hará sudar bastante.

—Mejor —dijo Angel— con eso eliminaremos los malos humores de la semana.

Y hacia el monte se encaminaron. Desde la Atalaya hay una senda tapizada de guijarros y flanqueada de parte y parte, por sendos setos de zarzas. Este mal camino parece un túnel. No permite perspectiva alguna. Así subían lentamente y tropezando a cada paso con los guijarros, cuando les alcanzó una señora, ya de alguna edad, que venía en la misma dirección.

—A mal camino, jóvenes —les dijo— buena cara.

—Pues sí, señora. Este camino es muy pedregoso; pero no nos falta el buen humor.

—¡La juventud! ¡La juventud! Dios se la conserve.

—Gracias —respondieron ambas parejas.

—¿Es usted vecina de estas montañas o de la Atalaya?

—Vivo casi al final de esta ladera, que pertenece también al barrio de la Atalaya.

—¿Y sube usted todos los días? —le dijo Fernando.

—No. Todos los días, no. Los domingos, cuando voy a misa, cuando hago alguna visita.

—De todas maneras está usted acostumbrada, y se le hace menos pesado que a nosotros este camino. ¿No es eso?

—Sí. Es verdad. A pesar de mi edad, cuando menos pienso ya le he pasado, sin darme cuenta. Ya vamos llegando.

—¿Qué edificio es ese que parece una iglesia?

—Es una iglesia. O mejor, una ermita.

—¿Muy antigua?

—Antiquísima.

—¿No recuerda usted cuando fue construida?

¡Qué val Ni yo ni mis mismos abuelos. Tiene, tal vez, siglos.

En eso llegan junto a las paredes de la ermita, y aprovecharon unas piedras muy bien colocadas para descansar. Una brisa suave viene desde abajo. Extienden la vista y quedan deslumbrados ante el bellissimo panorama

que desde allí se divisa. Tafira, Bandama. Grupos de casas del Monte Lentiscal. El barrio de la Atalaya, blanca y sonora. Las voces de sus habitantes, que resuenan por todas las oquedades de estos barrancos y laderas. La Atalaya parece una colmena en bullición.

En esto se levanta la señora, vestidita de negro, que les acompañaba y les dice que va a buscar la llave para que visiten la ermita.

—¿Es usted la mayordoma de la ermita?

—Sí. Yo estoy a cargo de ella.

D.^a Clotilde, que así se llamaba la señora vestida de negro, se levantó muy activa, y, a pasitos ligeros, se dirigió a su casa que más arriba estaba.

—¡Qué señora más simpática! —dijo Ana María.

—Ha sido un encuentro muy afortunado —dijo Fernando.

—Gracias a ella, las penas del camino se hicieron ligeras —dijo Mary Carmen.

—Seguramente, esta señora es de una familia muy antigua, heredera de esta finca que por aquí se extiende, y que heredó también el padronazgo de la ermita.

—Y con ella pasaremos la tarde —dijo Mary Carmen.

—Dios quiera que sea amena y sugestiva.

* * *

Cuando más extasiadas estaban las dos parejas de novios, comentando las amenidades del paisaje, que desde allí se contemplaba, aparece la señora junto a ellos.

Había que ver a D.^a Clotilde caminando a pasos ligeros hacia ellos y con la sonrisa en el rostro y una llave tan grande como la de San Pedro.

Era D.^a Clotilde una anciana casi; pero muy bien conservada. Soltera, de estatura mediana. Toda vestida de negro, a la moda tradicional, sin pretensiones de elegancia, sino con mucha sencillez y honestidad. Su cara de color rojo, reflejando una salud a toda prueba. Hablar

de campesina; pero sin afectación. Invocaba a Dios continuamente, como una excelente criatura que toda su vida y todas sus obras ponía en manos de Dios. Su deseo era oír misa todos los días; pero vivía tan lejos de la parroquia...

—¿Les he hecho esperar mucho? —dijo a sus huéspedes.

—No. No, señora, la tarde es nuestra y no tenemos ninguna prisa.

D.^a Clotilde abre las puertas de la ermita, y un aliento de obscuridad y de humedad orea los rostros. La Ermita era amplia y elegante. Techos artesonados y paredes limpias. Un altar en el testero del fondo, en cuya ornacina se hallaba una talla de la Concepción Inmaculada de María. Se fijan un poco, y observan que la imagen es muy bella. ¿Estilo bizantino? Así lo parece.

—Díganos, señora, ¿quién levantó esta ermita? ¿Hace mucho tiempo?

—Es muy antigua. Esta hacienda, que rodea la ermita, era de un canónigo, apellidado Navarro. Parece que este señor habitaba aquí y erigió esta ermita para celebrar en ella.

—¿Habrá siglos de esto?

—Sí. Sí, señor. La tradición popular habla de este sacerdote, que para ir y venir de la Ciudad, cabalgaba en un gran caballo, y corría por estos lomos como una exhalación.

—Muy pintoresco —dijo Fernando.

—Pero más pintoresco es lo que les voy a contar. Claro. Lo dice la gente.

—¿Qué dicen? —dijo Ana María.

—A mí no me crean. Yo, ante todo quiero ser buena cristiana. Digo lo que he oído a personas ancianas de este lugar. Que muchos años después de muerto, a este canónigo se le vió correr montado en su caballo, cerro arriba y cerro abajo, muchas noches, especialmente en las horas de la madrugada.

—¡Huy, qué miedo! —dijo Mary Carmen.

—Por Dios, D.^a Clotilde, ¿será verdad?

—Yo creo que no. Son fantasías de las gentes, que sueñan despiertas.

—La ermita es muy interesante. Es el tipo de ermita canaria, aunque ésta está algo deteriorada por la falta de uso —dijo Angel.

—Pero fijaos en estas lápidas que cubren el suelo —dijo Ana María.

—Son lápidas que cubren los enterramientos que antiguamente se hacían en los templos.

—También aquí se dice misa todavía.

—¿Cuándo? —dijo Fernando.

—Cuando viene algún sacerdote de Las Palmas, o de la parroquia de Santa Brígida.

—Y, entonces, usted verá los cielos abiertos.

—¡Ah, sí señor! ¿Usted sabe lo que es tener la Santa Misa a dos pasos?

—¿Tienen aquí lo necesario para decir misa?

—Sí. Vean ustedes los ornamentos, el cáliz, corporales, todo.

—¿Y quién la ayuda?

—¡Si ustedes vieran! Nosotras tenemos un hermano, que es algo sencillote, pero que sabe ayudar a misa.

—¿Entonces no está usted sola?

—No. Vivo con él y con una hermana, que está siempre en la cama desde hace varios años. ¿Por qué no van ustedes a mi casa y descansan un ratito?

—¿Qué hacemos? —preguntó Fernando.

—Aceptar la invitación, tan amable y tan sincera —dijo Angel.

—Sí. Vamos —dijeron las jóvenes.

Cerrada la ermita, se encaminaron todos, vereda arriba, hacia la morada de D.^a Clotilde. La vereda, al llegar cerca de la casa, se hallaba adornada con flores de distintas clases, unas que estaban plantadas en el suelo y otras en macetas. Eran de admirar los rosales, los clave-

les y, sobre todo, las hortensias. Las más lozanas eran las hortensias que difícilmente se encontraban otras iguales.

—¡Qué preciosidad, D.^a Clotilde! ¡Qué preciosidad! Nosotros tenemos algunas hortensias, pero como las suyas, imposible —dijo Mary Carmen.

Al fin llegaron al patio, delante de las habitaciones de esta familia tan original. Un patio amplio, limpiísimo, lleno de flores y árboles por todas partes. Mirando al barranco, un barranco hondísimo. Había nísperos y tuneras muy crecidas, coronadas estas últimas de frutos amarillos que se metían por los ojos.

—Pasen —dijo D.^a Clotilde. —Les voy a presentar a mi hermana Escolástica que está la pobre en la cama.

—¿Cómo está usted D.^a Escolástica? —dijo una de las jóvenes.

—Bien, ¿y ustedes? Les agradezco la visita. Yo estoy aquí tullidita y llena de dolores. Dios lo ha querido así.

—Ya mejorará usted.

—¡Ah, si Dios quisiera, pero...

Entraban en una amplia y hermosa cueva, limpia y aseada. La cueva estaba dividida por un biombo, y detrás de él se sentía como un animal royendo bizcocho. Alguno de los jóvenes volvió la cabeza hacia el sitio de donde salía el ruido y, entonces, D.^a Escolástica dijo:

—Es mi hermano, el pobre, que merienda royendo bizcocho. Es un hombre tan raro...

Una sonrisa de comprensión asomó al rostro de los jóvenes.

En esto D.^a Clotilde, que no había entrado con los visitantes, asoma a la puerta y, al verla, le dice la enferma:

—¿No les das de merendar a estos señores, Clotilde?

—A eso vengo, Escolástica. La merienda está ya preparada. Vengan ustedes.

Los jóvenes se levantaron, no sin dar excusas para aceptar tales atenciones. D.^a Clotilde los llevó a una ha-

bitación, casi acabada de construir, en uno de los extremos del patio. Era una delicia de pulcritud, de sencillez y naturalidad. Y, de repente, se encuentran sentados alrededor de una mesa que les ofrecía pan bizcochado, conservas y una gran bandeja de tunos, de aquellos magníficos tunos que lucen bordeando el patio de una cenefa amarilla. Este bizcocho de pan de trigo es excelente y sumamente sabroso. Lo mismo la conserva de membrillo, hecha en casa. Pero lo que más les gustó fueron los tunos que saciaban su sed y calmaban los ardores del estómago, como el más excelente refresco.

Se habló de muchas cosas, y, como el tiempo pasaba, y las sombras amenazaban con envolverlos, los cuatro jóvenes se levantaron no sin dar las gracias a D.^a Clotilde por sus obsequiosidades. Se despidieron de D.^a Escolástica, deseándole la mejoría. D.^a Clotilde les convidó a repetir el paseo otro día, siempre con una sincera sonrisa en el rostro.

¡Qué bien se estaba allí! ¡Cómo se respiraba paz y felicidad! Daban ganas de no salir de aquel paraíso.

Angel, sin embargo, comentaba más tarde que le quedaron muchas ganas de ver al hermano de D.^a Clotilde, el que roía bizcocho detrás del biombo.

—Don Clodoveo, —así se llamaba el hermano de Doña Clotilde y de D.^a Escolástica— seguramente ya estará durmiendo a estas horas, bien digerido el bizcocho que comiera con dientes de ratón —dijo Fernando.

—Tarde magnífica —decían— e inolvidable la que hemos pasado en la Capellanía de la Concepción. ¿No les parece a ustedes que hay que repetirla en cuanto podamos?

9

—Esta tarde vendrá Atilano —dijo uno de los contertulios del Gabinete Literario.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó otro.

—Lo he visto esta mañana salir de misa.

—¿Rosario en mano? —dijo otro.

—No me fijé si llevaba rosario. Un libro de misa, sí.

—¿De qué país regresará? —dijo otro.

—Seguramente, de Australia —dijo otro.

—A ver si nos describe los canguros y sus crías.

Aludían a la costumbre que tenía D. Atilano de ausentarse por algún tiempo de la tertulia, encerrarse en casa, dedicarse a la lectura de las costumbres de un país, diciendo que había estado en él durante todo este tiempo.

—Efectivamente, allí viene —dijo uno.

—Y viene cabizbajo y meditabundo, tal vez urdiendo la novela que nos va a contar.

Al llegar, sus contertulios miraron los unos para los otros, y le hicieron mil preguntas:

—¿Qué, Atilano, cómo te ha ido?

—¿En qué barco llegaste?

—¿A qué país fuiste?

—¿Fuiste solo, o con tu señora e hijo?

—Para responder a tal aluvión de preguntas voy a sentarme comodamente.

D. Atilano se sentó con mucha prosopopeya en su sillón. Dio una chupada al puro que en la boca llevaba. Echó al aire una bocanada de aromático humo. Se quita el sombrero, y, juntamente con el bastón, se lo coloca sobre las piernas. Los demás no le quitaban ojo.

—No vayan ustedes a creer que he dado un viaje a la luna. ¡Tanta expectación! De esta vez no he pasado de Fuerteventura.

(Risas generales).

—¿Comiste leche de camello?

—¡Pero, hombre, quince días en Fuerteventura!

—Y se vive admirablemente —respondió. Es, señores, que tengo allí unos córtijos y fui a ver si podía venderlos.

—¡Lástima con el queso tan rico que en ellos se fabrica!

—Cada cual sabe sus negocios.

La decepción fue general. En unos segundos la novela de D. Atilano se desinfló. Y sus contertulios, que esperaban aquella tarde pasarla muy bien con las cosas de D. Atilano, comenzaron a desfilar uno a uno.

Se notaba, además, que D. Atilano no era el D. Atilano habitual. Carecía de humor.

D. Atilano, como hemos dicho ya, era muy rico; pero no hay riqueza que resista al despilfarro. El lujo y el boato de la casa que regentaba D.^a Elisa, no tenía límites. Sus larguezas y prodigalidades se hicieron famosas en Las Palmas. Y al olor de las mismas, vivieron muchas docenas de gorriones y aduladores algunos años.

—¡Qué buena señora es D.^a Elisa de Sotomayor y Manrique! ¡Qué caritativa! —decían.

Se celebraban semanalmente espléndidas recepciones, donde la repostería y los mejores vinos y licores se prodigaban largamente.

—Hay que ver —decían los invitados— lo que nos hemos divertido hoy.

Algunos salían con las manos en el estómago, ahitos de tanto dulce y de tanto bocadillo. Otros salían de la casa borrachos, agarrándose a las paredes de la calle para no caer.

D.^a Elisa, ufana y orgullosa de su riqueza, no cesaba de pedir dinero a su marido. Hasta que un día uno de los proveedores de la casa, a quien se le debían miles de pesetas, se presentó a D. Atilano y le dijo:

—D. Atilano, lo siento mucho. Me debe usted una factura de 50 mil pesetas hace dos años. Si no me paga dentro de ocho días me lleva a la ruina.

—¿Qué me dice, señor? —le respondió D. Atilano. ¡Cincuenta mil pesetas! Y eso ¿de qué?

—De bebidas y licores llevados de mi tienda. ¡Son dos años que no cobro de usted ni un céntimo!

—¿De bebidas y licores? Yo desconocía esta deuda. Ya hablaré con mi señora. Venga usted mañana.

¡La que se armó aquella noche, ante el servicio, entre D.^a Elisa y D. Atilano!

—¡No puede ser! ¡Cincuenta mil pesetas! ¡Ese comerciante está loco! —dijo D.^a Elisa.

Y, al día siguiente, el comerciante volvió a presentar su cuenta con las fechas y vales respectivos, firmados por D.^a Elisa. Consternación del matrimonio. Más tarde vinieron otras cuentas, que dieron la voz de alarma en aquella casa.

D. Atilano maldijo la hora en que se había inhibido en la administración de su casa en favor de su señora. ¡Despilfarradora, derrochona, vanidosa...!

Pero otras personas muy bien informadas dijeron que la culpa no era solamente de D.^a Elisa. Hubo quien dijera —¡se dicen tantas cosas en estos casos!— que habían visto a D. Atilano salir de una casa de juego. Ambos se proveían de los mejores trajes que confeccionaban los mejores sastres y costureras..

No obstante, estas voces de alarma, la hacienda de D. Atilano pudo resistir bastante tiempo. Los aristócratas, a pesar de sus catástrofes económicas, siguen, por ley de inercia, siempre con su vida fastuosa, o al menos, con su habitual modo de vivir. D.^a Elisa, ciertamente, no daba ya aquellas grandes recepciones de otros tiempos; pero convidaba a sus buenas amistades todos los jueves y los obsequiaba espléndidamente. D. Atilano frecuentaba el Gabinete Literario, como siempre, y fumaba los mejores habanos de Cuba. El niño, Angelito, se educaba en el Colegio de más postín.

Es decir, esta ruina de intereses no les había hecho perder el compás. Los amigos, de uno y otra, se guiña-

ban el ojo por detrás; pero D. Atilano y D.^a Elisa seguían siempre tan campantes, sin darse por vencidos.

¿Cómo llegó a afectar a Angel esta ruina de sus progenitores, que ya se veía venir como inminente?

10

La escena: una de las más características de la Ciudad de Las Palmas. Plaza de Santa Ana. Al fondo el gran edificio del Ayuntamiento, coronado de estatuas. A un lado el palacio episcopal con toda su vetustez. Al otro, mansiones de la vieja aristocracia canaria. En frente la Catedral, el magnífico templo canario. Ya en el plano de la Plaza, los ocho perros y canes que nos recuerdan el origen del nombre del archipiélago. Dos filas de palmeras, símbolo del nombre de la Ciudad y en el ambiente, y volando de un lado para otro, bandas de palomas. A uno y otro lado, filas de bancos donde se sientan niños y niñas, y también muchas personas que hacen un alto en su camino, y quieren gozar del ambiente de la tranquila Vegueta.

En uno de estos bancos, y, después de haber terminado sus tareas, se sentaron Fernando y Angel que casi siempre se encontraban, aun cuando no se buscasen.

—¿Qué te cuentas Fernando? —dijo Angel.

—Que estoy muy preocupado, chico, con la reválida,

—Bueno, yo también. Pero no hay que tomar las cosas tan a pechos.

—¡Claro! Tu porque estás muy bien preparado, pero yo...

—La reválida, como todo examen tiene mucho de lotería, aún en los mejor preparados.

—Lotería, Fernando, que le sale siempre a los que han aprovechado el tiempo.

—¿De tu colegio va mucha gente?

—Nos amenazaba el director diciendo que aprobarían poca gente; pero, después, los papás y las recomendaciones les obligaron a aprobar a casi todos. Figúrate que vamos unos cuarenta a marear en La Laguna a todo bicho viviente con nuestras cartas de recomendación. ¿Y en el Instituto?

—Allí solamente han aprobado el 50 por ciento. Solamente vamos quince.

—¿Esos quince estarán muy bien?

—Creo que sí. Pero ya verás como no todos aprueban. Los exámenes son muy duros y no siempre se está en forma.

—Convenido; pero ya verás la escabechina que hacen en el Colegio de Santo Tomás.

—Tal vez tengan suerte.

—Qué ganas tengo de acabar con estas pesadillas y marcharme al Monte, a hacer aquellas excursiones tan sabrosas.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella viejecita de ojos azules y cara sonrosada con quien tropezamos en la Atalaya?

—¡Vaya si me acuerdo! Más de una noche he soñado con ella. ¿Y dentro de la cueva donde tropezamos con su hermana D.^a Escolástica enferma en una cama, y con su hermano D. Clodoveo royendo bizcocho detrás de un biombo?

—Pero sí ni siquiera lo vimos.

—Yo sí que lo he visto alguna noche. Es un hombre alto, bonachón, rostro arrugado, ojillos vivísimos como los de un ratón.

—Chico, un episodio datesco.

—¡Ay qué ganas tengo de volver por aquellos lugares!

—Ya nos queda menos.

* * *

Fernando se hallaba ya impaciente sobre el muelle de Santa Catalina. Esperaba a su amigo Angel. Fernando ha-

bía llegado desde las once, y el correillo «La Palma» salía a las doce. «La Palma» no era de los mayores barcos interinsulares; pero tampoco era de los más pequeños. El tiempo no estaba muy bueno. Se esperaba una noche terrible.

—¿Qué ocurrirá —se preguntaba Fernando— cuando pasemos la Isleta? Las olas jugarán con esta cáscara de nuez y echa emos por la borda nuestras tripas. Y Angel no llega. Ya son las once y media. Menos mal que tenemos camarote, porque sobre cubierta, como quería Angel, pereceríamos esta noche.

Muchos compañeros de Fernando y Angel van llegando y colocándose sobre cubierta. Las voces son muchas. La algazara que forman los estudiantes es muy grande. Los demás pasajeros se dan cuenta y su comentario es:

—Los estudiantes, señora. ¿Qué se les va a pedir a los estudiantes? ¿Que guarden silencio? Imposible.

Cuando faltaban solamente diez minutos, se para delante del barco una tartana, y descienden D.^a Elisa, Don Atilano y Angel.

—¡Ya decía yo! ¡Han venido en tartana! Menos mal que no les ha ocurrido venir en camello. Habría llegado pasado mañana.

Fernando se acerca. Saluda a Angel y a sus papás.

—Creí —le dice a su compañero— que no vendrías. Nos faltan unos minutos. ¿La maleta?

—El la lleva —le dice D. Atilano.

Entran en el barco, exhiben los billetes, y son conducidos al mismo camarote de Fernando, porque así lo habían pedido.

—¿Irás bien aquí, hijo mío? —le dice D.^a Elisa.

—Sí mamá. ¿Por qué no?

—Aquí los dos juntos se ayudarán el uno al otro —dice D. Atilano.

Suena el primer bocinazo del barco.

—Nos vamos, hijos; que traiga cada uno un sobresaliente.

—Gracias —dijo Fernando.

—Pero será imposible tanta belleza. Si dijeras un sobresaliente y una calabaza, tal vez acertarías.

—Por Dios, hijo, no seas tan pesimista. ¿Verdad, Fernando?

—Tiene usted razón, señora. Hay que ser optimista y tener buen ánimo.

—Bueno. Adiós —Dice D. Atilano.

—Espera, papá. Salimos a cubierta.

Y allí fue la despedida.

—Telegrafía, hijo, —dijo D.^a Elisa— desde que llegues.

El barco se separó del muelle lentamente y se puso en marcha mar adentro. Los pasajeros se refugiaron en sus camarotes, con el fin de aprovechar el primer sueño y despertarse en Tenerife.

Pocos consiguieron su propósito. El nerviosismo se apoderó de muchos. El mareo les atacó a otros. El pasillo central era una pena. El barco se movía mucho y les invitaba a todos a devolver y dejar limpios los estómagos. Así le sucedió a Fernando. Así le sucedió a Angel. Hasta que cansados y extenuados, se durmieron profundamente, hasta que un rayo de sol penetró por los ventanillos del camarote. Hirió la pupila de Angel y dijo:

—Es de día, Fernando. El barco casi no se mueve. Estamos ya en Santa Cruz.

Fernando se despertó difícilmente, y desentumeció sus miembros. Lavóse y vistióse, y precedido de Angel, subió sobre cubierta.

—Oye, Angel, fijate. ¡Qué hermosura! ¿Qué belleza ofrece Santa Cruz coloreada por los primeros rayos de sol, durmiendo todavía entre las sábanas de blancas nubes y recostada junto a esos riscachos hirientes y torvos!

—¡Poeta estás, Fernando!

—Es que he pasado muy mala noche.

* * *

Los exámenes de reválida eran bastante fuertes. Había que estar preparado y tener buena suerte.

Por eso aprobó Fernando y Angel fue suspendido. Fernando era muy trabajador. Angel era bastante vago. Del Colegio de Santo Tomás solamente aprobaron cinco. Del Instituto solamente fueron suspendidos tres.

Fernando estaba muy contento. No había perdido el viaje. Angel, al contrario, muy triste.

—Paseemos un poco, Angel.

—Chico, tengo las alas rotas.

—No te apures ni sufras. Otra vez será.

—¡Otra vez! Yo ya no volveré.

—¿Por qué, hombre?

—Por muchas razones. Te diré algunas. Yo he estudiado poco estos últimos cursos, y tendría que hacer un esfuerzo muy grande para aprobar después de un curso más. Ahora tendría que prepararme con profesores particulares, y perder de vista el cine, los paseos y a mi novia. Y esto, no. Otra cosa. Mis padres están casi en ruina económica. No pueden costear una carrera. ¿Para qué quiero la reválida? Abandono, Fernando, mis estudios de bachillerato definitivamente. Si acaso me prepararía para unas oposiciones fáciles, a fin de poder afrontar el porvenir.

—Te veo algo pesimista. Pero tal vez tengas razón, si es que son verdad los datos que me das. Pero yo no creo en la ruina económica de tus padres.

—Desgraciadamente es cierto.

—Demos un paseo por esta vetusta Ciudad, que tantos blasones aristocráticos ostenta sobre las puertas de sus palacios. Tomemos la vida, como es, y no hablemos más de exámenes.

Recorrieron varias calles. Admiraron sus muchos escudos nobiliarios. Se recrearon en los jardines, en los cuales es maestra La Laguna.

—¿Sabes lo que te digo, Fernando? Cuando me case con la india venezolana vendré a La Laguna en mi viaje de novios. Supongo que su papá será providente y generoso, y nos regalará unos miles de pesetas.

—Y a recordar los malos ratos aquí recibidos.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Recibidos y bien merecidos. Yo, realmente, no estaba bien preparado.

11

La calle de López Botas es una de las calles más silenciosas y recoletas de Las Palmas. El barrio de Vegueta, tal vez, no tenga otra más tranquila.

Antes, cuando, el tráfico de Las Palmas con el Sur de la Isla, se hacía por el barrio de San José, era otra cosa. Había que oír el lento chirriar de los carros, especialmente los de cuatro ruedas, todo el día y, sobre todo, en las horas de la madrugada.

¿A quién no despertaban las voces y latigazos de los cocheros en medio del silencio de la noche? Gritos y más gritos, y hasta blasfemias de aquellos hombres, para hacer caminar a sus mulos.

Pero hoy ya es otra cosa. Aquel camino se ha abandonado. Aquellos carromatos de tracción animal han desaparecido y han sido sustituidos por veloces camiones, que no van por San José, sino por la carretera de San Cristóbal. La calle de López Botas ha quedado sumida en una soledad y en un silencio interminables. Y las vetustas casas, de una y otra acera, gozan de un sosiego envidiable.

¿De paz también? Ese es otro cantar. La paz la lleva y la alimenta el hombre en su pecho, y hasta puede defenderla de algunos enemigos que intenten perturbarla.

¿En cuántas de estas casas de la calle de López Botas hay paz familiar?

Penetremos, por de pronto, en la casa de D. Atilano Lorenzo Santiago y de su esposa D.^a Elisa Sotomayor. Casa señorial magnífica, como hemos dicho. De esas casas de estilo primitivo canario. Amplios patios con su fuente al centro, espaciosas habitaciones, espléndidas y soleadas galerías. Una servidumbre humilde y siempre dispuesta a adivinar sus gustos. Un hijo, Angel, en quien cifraba el matrimonio todas sus ilusiones. Pero un día el genio del mal le dió por residir en aquella mansión señorial. D. Atilano padecía manías de grandeza y debilidades de aristocracia que le impulsaban a derroches innecesarios. D.^a Elisa, por no ser menos, quiso hacer de su hogar el cobijo del lujo y el boato. Y llegó un momento, en que el contable de la casa se enfrentó con D. Atilano:

—¿Qué deseas, querido Antonio? —le dijo éste.

—Hablar un momento con usted, D. Atilano.

—¿Cosa seria, hijo mío?

—Seria, no señor, seriísima.

—¿Seriísima? No está mal el superlativo. Hay que comunicarlo a la Academia, chico.

—¿Paso, paso un momento al despacho, D. Atilano?

—¿Tan seriísima es la cosa?

Antonio cierra la puerta del despacho detrás de Don Atilano, y éste, dando chupadas a su veguero, entra y se sienta.

—Tu dirás, Antonio. ¿Me tomaré un cordial?

—Que más quisiera yo, D. Atilano, que seguir su buen humor; pero... no puede ser. Hace algún tiempo que habia decidido comunicárselo; pero esperé a ver si el asunto tenía arreglo. Sus intereses, D. Atilano, y los de toda su familia van fatalmente a la ruina. Son exageradamente más los gastos que los ingresos. Yo sé que los años vienen mal para la agricultura, pero aunque, así sea, si no se cambia de género de vida, usted se verá dentro de poco en la ruina. Vea usted.

Antonio le va indicando el producto anual de cada finca, las letras que han de ser pagadas a plazo fijo, las obligaciones contraídas por pagarés, etc., etc. Las facturas que hay que pagar en los almacenes, desde hace dos años...

—¡Mi mujer, demonio, que es una despilfarradora! ¿A cuánto asciende, Antonio, la deuda?

—Si no me engaño, a más de dos millones de pesetas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Y yo sin saberlo. Esa mujer con sus compras desmedidas, sus lujos, sus recepciones me ha llevado a la ruina. Esto y viviendo sobre un volcán.

D. Atilano sale del despacho dejando la puerta abierta. Antonio le aguarda. D. Atilano grita en la galería:

—Elisa, Elisa, y tu tan tranquila. Estamos en la ruina, y tu siempre gastando. No puedes negar tus apellidos rimbombantes.

—Pero ¿qué dices, Atilano? ¿Te has vuelto loco?

—Camino de eso voy, mujer manirrota. Bien me lo dijo mi padre. La mujer hay que buscarla de raza. Pero cualquiera se fía de las razas!

—No te entiendo, Atilano.

—¿Que no me entiendes? Pues, mira, que estamos arruinados. ¿Lo quieres más claro? Y la ruina nos viene de ti, que estabas acostumbrada al esplendor y dispendio de las grandes casas. Como si el dinero de los Bancos estuviese todo a nuestra disposición. ¡Manía del diablo! Ahora a vender fincas, a vender casas, para pagar a los acreedores. ¿Qué? ¿Te parece bien que venda mi finca de Agaete, nuestra mejor finca, para pagar en las dulcerías y en los almacenes de licores?

—Eso no puede ser. ¡Tu estás loco!

—Vamos al despacho para que Antonio te muestre las letras y las facturas.

—Ese Antonio no entra más en mi casa. ¿Qué se cree ese contable?

—Los números, Elisa, no mienten. Eramos ricos y ahora somos pobres, y sin saberlo ganar.

—¡Sin saberlo ganar! ¿Y tu eres manco? ¿Y Angel?

—Sí, mi bien, me emplearé en una oficina y se empleará Angel, para que tu sigas comiendo golosinas, vistiendo traje tras traje, y bebiendo licores delicados. Tienes el pensamiento y la imaginación de una aristócrata.

En aquella magnífica y señorial casa de la calle de López Botas reinaba una paz octaviana.

En tan desoladora situación ocurre el fracaso de Angel en la reválida del bachillerato. El chico llegó a casa deshecho. Y si al menos hubiera encontrado un poco de tranquilidad y comprensión. Pero no fue así.

—¿Te han cateado, Angel? —le dijo su padre.

—Sí, papá. No he aprobado. Los ejercicios fueron muy duros. Pero no fui yo solo. Del Colegio sólo aprobaron tres.

—Entonces es que en ese Colegio no se os prepara bien. Estoy seguro. Además, me lo han dicho en el Gabinete algunos amigos. ¿Tu te enteras, Elisa?

—Sí, tengo buenos oídos, gracias a Dios.

—En esto han venido a parar tus humos aristocráticos. Se te llenaba el pecho de satisfacción diciendo: Mi Angel está en el Colegio de Santo Tomás, el mejor Colegio de Las Palmas.

—Y lo es, para que te enteres. Lo que pasa es que esos Profesores de La Laguna no lo pueden ver y se vengan en los pobres chicos.

—¡Mujer, no digas tonterías!

—No, mamá —intervino Angel— no estábamos preparados. Nos han suspendido a casi todos.

—¿Y los del Instituto?

—Esos han aprobado casi todos.

—¿Te convences, Atilano? Los del Instituto, aprobados y los del Colegio, suspendidos. ¿Lo quieres más claro?

—Desde luego más claro ni el agua. En el Instituto se prepara mejor, y en el Colegio, o no se sabe, o no se quiere trabajar.

—No, no, no. Es que los profesores de La Laguna son amigos de los profesores del Instituto.

—No, mamá. Los exámenes son secretos. Se califican sin saber los nombres de los que nos examinamos. Ahí no caben amistades.

—Convéncete, Elisa, los humos aristocráticos te ciegan. En cambio yo, que no soy muy aristócrata de nacimiento, lo veo muy claro. Aprueba el que sabe y nada más.

Y el cronista de esta escena determinó poner fin a su narración, no porque el caso no lo mereciera, sino porque el contenido de la misma se repitió hasta el infinito.

En adelante la preocupación de D.^a Elisa eran los estudios y la carrera de Angel.

—¡Pobre hijo mío, —decía— ¡Qué porvenir te espera!

Pero hay quien dice que a D.^a Elisa no le preocupaba tanto el porvenir de su hijo como la franca derrota de su vana gloria. ¿Cómo podía ella presentarse ante sus amistades, las de Manrique, las de Orozco, las de Castillo, las de Llarena... después del suspenso de Angel? Y, sobre todo, después de su desastre económico, que le impedía enviar a Angel a la Universidad?

Pase lo del suspenso. Pues también sus amigos habían pasado por el mismo trance. Pero eso de carecer de recursos para costear la carrera de Angel... Porque Angel, de seguro, que aprobará en septiembre, pero...

—No hables más de eso, Elisa, —le decía su marido. Si Angel no puede ir a la Universidad ¿para qué seguir estudiando? Tu me dirás. ¿Para qué hacemos nuevos gastos haciéndole ir de nuevo en septiembre a La Laguna?

—¡Ay, no puede ser! ¿Con qué cara me presento yo ante mis amigas? Hay que hacer un esfuerzo, y que el chico apruebe la reválida. Al menos, son unos meses de respiro. ¿Por qué nos hemos de dar ya por vencidos?

—Porque lo estamos, Elisa. Fuimos ricos y somos pobres. Gracias que me quede para sobrellevar una decorosa medianía, si hacemos ahorros. Pero gastarnos en An-

gel unos miles de pesetas más ¿para qué? Te prevengo que en septiembre también lo suspenderán. Esos son mis informes de algunos amigos en el casino. Así que...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué calvario!

—Y ahora estamos empezando.

—Oye, Atilano, y lo de los amores de Angel con la india ¿qué?

—Pues, hija, ahora si que no me atrevo a desaconsejárselos. Tu verás. Yo sé que no es una chica de familia. Se trata de una hija de un nuevo rico. Y, por añadidura, de un analfabeto del Juncalillo. Pero los hechos mandan. Su padre es un buen comerciante de Triana. Y ya sabes tu que todo el que tiene abierta una puerta para la calle en Triana tiene también voz y voto en nuestra mejor sociedad. ¡Ei dinero, hija, el dinero!

—Atilano, por Dios. Que un Lorenzo y Manrique de Lara se case con la hija de un rabos de vaca del Juncalillo... Eso es una tragedia. No, no puede ser. Mi hijo no se puede casar con esa india. Esa es otra agravante. No es sólo el olor a Juncalillo, sino el olor y color revuelto de los indios, el que va a emparentar con nosotros, los Sotomayor y los Manrique... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Es que el mundo evoluciona. Tu no lo ves, sino desde esta tranquila casa de López Botas... pero yo que salgo a la calle, que alterno con otros hombres en el Gabinete, que leo mucho, he podido comprobar que la sangre azul cada vez se va poniendo más gris y más parda, y llegará con el tiempo a ponerse negra.

—¡Jesús!

—No te asustes. Es la invasión democrática. El aluvión del dinero que cada vez lo nivela todo.

—Pues, a mi no me nivelará nunca. Lo dicho. Haré lo posible porque mi hijo no se mezcle con esa gente.

—Y si no se mezcla se morirá de hambre. ¿Lo entiendes?

—Le buscaremos un empleo. Tu tienes buenas amistades. Yo, también, y del empleo podrá vivir honestamente.

12

Ya Nando tenía el Bachillerato. Ya había aprobado la Reválida. El hecho produjo en su casa un extraordinario contento. En el mismo barrio de la Angostura se sentía satisfacción. Pocos chicos alcanzan esta meta desde el primer momento.

Muchas fueron las felicitaciones recibidas de vecinos y amigos.

—Ahora, Fernando, la carrera —le dijo el Alcalde de Santa Brígida, Don Cipriano López, a su padre.

—En eso pienso, D. Cipriano; pero esas son palabras mayores.

—El chico vale mucho —le respondió el Alcalde— y hará también la carrera con gran facilidad.

—No está ahí precisamente la dificultad. Una carrera, en cualquier Universidad, ocasiona muchos gastos, y yo carezco de medios suficientes.

—¿No se puede conseguir una beca que le ayude?

—En eso pienso; pero lo veo difícil.

—Si quiere, D. Fernando, yo le hablaré a mi jefe político.

—Se lo agradezco, D. Cipriano.

D. Fernando se puso en acción inmediatamente. Antes que a nadie quiso consultar al Director del Instituto que tenía muy buen concepto de Fernando. Le explicó el caso. Y, entonces, le dijo el Director cuál era el camino a seguir. Las becas que da el Ministerio son prácticamente imposibles. Estas becas las dan las Facultades respectivas, y se las llevan, casi todas, los alumnos conocidos ya de las mismas Facultades. Tal cual están las cosas, para conseguir una beca un alumno de ingreso en una Facultad es un caso rarísimo. El camino más seguro para usted es acudir al Cabildo Insular. Pero aquí también hay

una gran dificultad. Más que el mérito del alumno, me han dicho que juega aquí un papel importante la política. Oriéntese en este sentido, y puede que triunfe.

D. Fernando salió de esta primera entrevista bastante pesimista. Se ve —se decía— que esto de la protección escolar en España está todavía muy desalentado.

En compañía del Alcalde de Santa Brígida fue, días más tarde, a ver al Presidente del Cabildo D. Santiago Piernavieja y Guisasola. Les recibió muy bien. Atendió la exposición de razones que abonaban las pretensiones de D. Fernando y pareció convencido de su justa demanda, pero...

—Cuánto me dicen ustedes de ese joven lo creo. ¡Y así hay tantos jóvenes canarios! ¿Qué me dirán ustedes si les digo que este año para una sola beca se han presentado más de veinte solicitudes? La juventud canaria promete mucho. Tiene buena inteligencia, fértil ingenio y una voluntad de hierro. Pero el Cabildo carece de recursos para sacarla adelante. Desde luego lo siento mucho. No obstante, en este caso de ustedes haré lo posible por atenderles, Sr. Alcalde. El concurso se fallará dentro unos quince días.

La impresión recibida fue pesimista. Fernando no pudo seguir carrera, como le ocurría a otros muchos jóvenes canarios, a pesar de que auguraban un brillante porvenir y un buen nombre para su Isla.

13

—A mal tiempo buena cara, Fernando —le dijo uno de los últimos días de Abril su inseparable amigo Angel Lorenzo, al encontrarle en la Plazuela.

—¿Por qué dices eso? —le respondió Fernando.

—Porque de hoy a mañana comenzamos este año nuestro veraneo en el Monte. Allí —dicen mis padres—

se vive más tranquilamente y se ocasionan menos gastos.

—Me alegro. Con eso nos vemos más a menudo y podremos organizar nuestras habituales excursiones. ¡Ay, aquellos paseos a La Atalaya! Por cierto, que el próximo día tres de mayo celebran estas gentes de La Atalaya y, aún los de Santa Brígida, la fiesta de la Cruz. ¿Por qué no subimos nosotros también ese día a la Cruz de La Atalaya?

Y el domingo tres de mayo, poco después de las tres de la tarde, los dos parejas de novios caminaban por el callejón de zarzas hacia la ermita de la montaña. El camino era pedregoso y molesto; pero ¿qué obstáculos pueden impedir el paso de unos jóvenes, llenos de vida y, además, enamorados?

—Ya estamos en la ermita. ¿No se acuerdan ustedes cuando la visitamos dirigidos por D.^a Clotilde Navarro? —dijo Fernando.

—Sí —respondió Angel.

—Y ¡qué talla más bella la de la Concepción! —dijo Ana María.

—¿Dicen que es de estilo bizantino? —preguntó Mary Carmen.

—En arte no estoy muy fuerte; pero creo que sí —dijo Ana María.

—Es la ermita de aquel canónigo, apellidado Navarro —dijo Angel.

—Sí —dijo Mary Carmen— que cabalga todavía a media noche sobre un caballo blanco, cerro arriba y cerro abajo.

—¡Cómo se le quedan grabados en la mente a la mujeres las cosas de apariciones y de fantasmas! —dijo Angel.

—Hoy seguimos ¿verdad? Hoy no entramos en la ermita. Ni en casa de D.^a Clotilde.

—No. Hoy vamos hacia la Cruz. Escuchad la cantidad de cohetes que se queman en su honor.

Por cierto —dijo Fernando— debimos traer un ramo de flores para obsequiar a la Cruz.

—Es verdad —dijo Mary Carmen—; pero nada podemos hacer ya, a no ser que penetremos en un cercado de éstos, y hagamos un ramo de tiernas y rojas amapolas.

—No. No podemos meternos en el cercado ajeno.

—Hay aquí mucha gente pagando promesas.

Y se hallaban ya los expedicionarios en los bordes del Roque, en cuya explanada se erguía la Cruz. Gentes iban y venían en todas direcciones. Muchos niños y mayores acudían con las manos llenas de flores y las depositaban en la Cruz o en el suelo junto a ella. Atronaban el espacio docenas y docenas de cohetes. Algunas mujeres rezaban arrodilladas, mirando hacia la Cruz. Otras caminaban hacia ella de rodillas. La Cruz estaba materialmente llena de flores y de ramas. El espectáculo era hermosísimo, y sorprendió francamente a los jóvenes. Aún hay fe en nuestro pueblo —podían decir.

Repuestos de la impresión se acercaron ellos también a la Cruz. Mary Carmen y Ana María se arrodillaron. Angel y Fernando permanecieron de pie ante ella, conmovidos. Así estuvieron unos momentos. En esto Angel ve unas inscripciones en el brazo izquierdo de la Cruz y se acerca más.

—¿Qué hay escrito? —le dice Fernando.

—Pues algo sibilitico y misterioso.

—¿Qué?

—«COMO UNA NOVELA».

—¿Cómo una novela? ¡Hombre! ¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé.

—¿A ver tu opinión, Fernando?

—¿Qué es lo que es como una novela? ¿Lo que simboliza la Cruz?

—Depende de la intención del que hizo la inscripción. Si es un incrédulo, puede que se refiriera a toda la historia de la Religión cristiana...

—Y si se trata de un católico ¿pudo también escribir esto?

—¿Por qué no?

—Eso en el brazo de una cruz...

—Tu piensa en un hombre que ha tenido muchas peripecias en la vida. Y que un día se le ocurre dar un paseo con su novia por esta montaña. Se encuentra satisfecho al contemplar a su lado a la persona que más quiere, después de haber vencido miles de obstáculos y peripecias, lleno de euforia, y contemplando la Cruz y maravillado ante este paisaje bellissimo de las Vegas, saca del bolsillo una navaja, y comienza a grabar, ante la satisfacción de su novia, esta leyenda: COMO UNA NOVELA. ¿Te gusta esta interpretación?

—No está mal —le respondió Fernando—; pero yo me inclino a creer que se trata de un individuo que, una tarde, en compañía de su novia, visitó este lugar, y, queriendo hacer alarde de su incredulidad realizó esta inscripción ante la cara sonriente de su compañera.

—Esa hipótesis es también verosímil.

En esto se retiran un poco, y se encuentran, a su espalda, dos turistas ingleses que les contemplaban y reían mucho ante el espectáculo que se les ofrecía en lo alto de la montaña. Los jóvenes cambian miradas de inteligencia, y decidieron separarse del centro de la explanada y sentarse a los bordes del risco, sobre unas grandes piedras que circundan el roque. Se sentaron más o menos comodamente; pero sin perder de vista las escenas que se sucedían junto a la Cruz.

—Desde aquí —dijo Angel— podemos verlo todo. Las escenas de la Cruz y el magnífico paisaje.

En efecto el matrimonio de turistas gozó mucho viendo a las canarias tributar su homenaje a la Cruz. Sobre todo, cuando leyeron la inscripción en su brazo izquierdo. La señora rompió, entonces, en una carcajada.

—Es indignante —decían los jóvenes— que estos señores vengan aquí a divertirse con nuestras creencias. ¿Por qué no se moderan y demuestran un poco más de educación?

Los extranjeros, poco después, se marcharon, y la romería siguió su curso normal.

* * *

—¡Como una novela! —dijo Fernando.

—¡Como una novela! —dijo Ana María.

—Y, sin embargo, así son nuestras vidas —dijo Fernando.

—Una novela muy real y muy prosaica —dijo Ana María.

—Pero convendrán ustedes que hay humanos con una vida más novelesca que otros —dijo Angel. —Cómo se puede comparar la vida suave y tranquila de Fernando, por ejemplo, con la vida accidentada y llena de peripecias que a mí me ha tocado vivir?

—Cierto que las circunstancias de tu vida, Angel, han sido más sorprendentes, pero no me puedes negar que yo, que había puesto todas mis ilusiones en mi carrera y en mis estudios, me veo ahora frustrado y agobiado de desilusiones.

—Sí, pero tu caso no es tan novelesco como el mío.

—No parece, hijos míos, sino que cada uno de ustedes pretende ser contratado para una película —dijo Ana María— ¡Fuera pesimismo!

—Y menos en una tarde tan bella —dijo Mary Carmen.

—Tienes razón, Mary Carmen —dijo Angel. —Contemplemos el magnífico paisaje. Ved qué barranco más profundo este de la Atalaya. ¡Cómo verdean estas laderas! Aquel monte que está en frente, sobre San Roque, ¡qué hermoso! ¡Esas alfombras de rojas amapolas!

—Sin embargo, a mí me seduce más la manera cómo se desarrolló aquí el ciclo volcánico primitivo. Mirad —dijo Fernando— ese lomo que avanza por el medio de este vallecillo, que formó, sin duda una corriente de lava, que, al llegar frente a nosotros se petrifica, oleada sobre oleada, dando lugar a esas lenguas de rocas superpuestas,

unas sobre otras. Observad. Cuando llegan a la vista de la Atalaya, cómo se paran, y parece que avanzan en el vacío, dejando un espacio inferior en forma de cueva.

—¡Ah, sí! —dijo Ana María. ¿No os fijáis en esas dos grandes bocas de viejo, que parecen que corren y se ríen y luego se paran de repente, como absorbiendo aire y espacio para respirar?

—¡Como una novela! —dijo Mary Carmen.

—La novela de los viejos, cuyas bocas desdentadas absorben grandes bocanadas de aire.

—Si parece que se ríen.

—Hasta la geología da material para una gran novela —dijo Angel.

Risa general de los cuatro jóvenes.

En esto se vuelven, y se encuentran sorprendidos con la presencia de una gitana. ¿Qué le ha movido a esta ave viajera a venir esta tarde a la Montaña de la Atalaya? En nuestra Isla se ven poco las gitanas, y, por eso, les llamó más la atención.

—¡Cómo se divierte la juventud! —dice la gitana, brillándole los negros ojos. Trenzas colgantes por la espalda, rostro sonriente y ademanes de baile.

Los jóvenes se quedaron suspensos.

—¿Queréis que os diga la buena ventura?

—No. Ya nosotros sabemos nuestro porvenir.

—Te engañas, niño. El porvenir no lo conoce sino Dios y nosotras.

—¡Vosotras! —dijo Angel.

—Sí, niño, nosotras. ¿Lo dudas? Trae esas manos blancas y finas para leerte en ellas tu destino.

—Mis finas y blancas manos no te dicen nada, bruja. Lo que pasa es que tu te sirves de este engaño para ganarte la vida.

—No insultes que yo no te quiero mal. ¿Verdad, niños?

—¿Cuánto nos llevas por decirnos el porvenir a los cuatro?

—Lo que tu quieras darme. Si no me das nada, otra

vez será. Pero leo en tu cara y en la de todos, que sois unos jóvenes generosos.

—Bueno, nos tienes intrigados. Ahí van mis manos —dijo Angel.

La gitana las cogió entre las suyas, sarmentosas y negras. Las volvió hacia arriba y hacia abajo. Las miró y remiró, y después de pensarlo unos instantes dijo:

—Vaya, niño, no lo parecías. Pero la cosa es más seria de lo que pensaba. Tendrás una vida muy agitada. Te querrán varias mujeres. Esa niña que te acompaña sufrirá por tu amor. ¿Seréis algún día felices? Puede ser. Cada cual es artifice de su fortuna.

—Oye, vieja bruja, en un día tan alegre, tu profecía me cae muy mal. Y, encima ¿tengo que pagarte? Vamos, hombre. Dale tu mano, Fernando.

—Esta ya es otra cosa. Serás muy feliz, porque eres hombre sin ambiciones. Te casarás con tu novia y tendrás muchos hijos.

Carcajada general.

—¿Y las niñas? Denme sus manitas, y os diré muchas cosas agradables.

Se las extendió Mary Carmen y le dijo:

—¡Qué manos tan lindas! Manos de inocencia, de humildad, de felicidad. Vivirás muchos años en compañía de tus padres, de tu esposo, de tus hijos.

Y a Ana María le dijo:

—Veo tu porvenir muy oscuro. Te casarás con tu actual novio. Serás feliz algún tiempo, pero, después, las cosas irán mal.

—Basta ya, bruja del diablo. Vete. Toma por tu trabajo y que no te vuelva a ver en toda mi vida.

—Muchas gracias, señoritos. Que Dios os premie vuestras buenas intenciones. Pero no lleven a mal que les haya dicho la verdad. Adiós.

Cuando ya había dado algunos pasos se volvió de nuevo a los jóvenes, y les dijo:

—Mirad esa Cruz. Cruz bendita y bienhechora. ¿Algu-

no de vosotros ha escrito en ella «*como en una novela*»? Puede que, tal vez, alguien de entre ustedes dará hechos para una novela muy interesante.

La tarde se venía encima. Los jóvenes, perdida la euforia por las predicciones de la gitana, emprendieron el regreso, entre risas y palabras que trataban de encubrir su pesimismo.

14

Fernando, mandado por su padre, se dirige a Siete Puertas, barrio que está frente a la Calzada. Al pasar por el cruce de la carretera que viene de Tafira, se encontró con el matrimonio inglés, que meses anteriores había visto en la Cruz de la Atalaya. Iban los ingleses muy contentos, muy locuaces. El llevaba de la mano un hermoso perro policía.

¿Por qué bajaban aquellos curiosos turistas tan contentos de las cuevas del palacio de la Calzada?

—Estos ingleses —dijo Fernando para sí— no se pierden nada, ni el más obscuro rincón.

En esto advierte la presencia del anciano Juan de Dios Alzola, que estaba apoyado en su bastón junto a la pared.

—¿A dónde han subido estos ingleses, Juan de Dios?

—A ver las cuevas del palacio de la Calzada, D. Fernando.

—¿Habrán visto muchas cosas, verdad?

—Pues, si señor. Me pidieron que les enseñara las cuevas, y yo no me hice rogar, por si caían algunos penny.

—¿Y cayeron?

—Pues, sí, gracias a Dios. Me dieron un chelín. Les gustaron mucho las galerías. Y me preguntaron quién las había construido. Yo les dije que los primeros canarios.

Que este era el palacio del guaire Tafir, que dio nombre a Tafira. Por cierto, que una de estas covachas estaba habitada por un burro, que, al vernos, nos saludó con un rebuzno.

—Gracias, muchas gracias —dijo la inglesa muerta de risa.

Y el inglés:

—¿Ese es el guaire Tafir?

Y celebraron la escena con carcajadas. Les gustaron mucho las plantas y helechos, que cuelgan desde algunos techos. En otra cueva había un gallinero y entonces él dijo:

—Las gallinas del guaire.

En otra había unas cabras y un carnero:

—Este es el guaire con cuernos —dijo él.

Y riéndose, riéndose bajaron de las cuevas con su perro y su buen humor.

Mientras Fernando marchaba a Siete Puertas, los ingleses siguieron por la carretera de la Angostura.

Según pudo enterarse Fernando, semanas más tarde, estos ingleses son de los que, año tras año, se alejan de su patria huyendo del frío. Se alojan con otros muchos compatriotas, en el Hotel Santa Brígida, del Monte, que, tan lleno está de ellos, que los vecinos ya le han calificado de «Asilo de Ancianos».

Y, en efecto, durante los meses de invierno es muy frecuente ver, carretera arriba y carretera abajo, parejas y grupos de ancianos ingleses que pasean su tedio y sus horas. Apenas se ve una pareja joven.

Fernando tanto le interesó esta pareja, con la cual se había tropezado ya dos veces, que indagó sus nombres, sus costumbres y hasta sus creencias religiosas.

Se trataba de Mr. John Delhite y de Mrs. Elisabeth Derby, naturales de Liverpool. Habían venido ya a Gran Canaria tres años seguidos, pues les gustaba mucho nuestro clima y les divertían nuestras costumbres. No paraban en el Hotel, sino que corrían de una parte a otra olisqueándolo todo.

Se notaba en sus reacciones que tenían un pensar muy criticón. Se advertía que se tenían por seres superiores y se compadecían de los canarios por su nivel inferior de vida, por sus costumbres morigeradas y, sobre todo, por nuestra católica religión. El día de la Cruz se divertían de lo lindo al contemplar a una joven canaria, muy bella por cierto, que caminaba de rodillas hasta llegar al pie de la Cruz. Se quedaron extasiados contemplando tanto fanatismo.

—¡Qué superstición! —decían.

No podían concebir que jóvenes y viejos se postraran ante el símbolo de la Redención y rezaran sus oraciones.

Cuando el público, junto a la Cruz, se fue aclarando, se acercaron ellos, y quedaron sorprendidos al leer en uno de los brazos la inscripción: COMO UNA NOVELA.

—Bien, muy bien —comentaron. Esto es como una novela. ¡Oh, espanioles, espanioles, sois de muy exaltada imaginación! Bien dice como una novela.

Y poco a poco se retiran muy risueños y muy divertidos.

Los que presenciamos la escena nos quedamos indignados. Alguno llegó a decir:

—¡Vaya con estos viejos verdes! ¿Por qué no se van a reir de sus estrafalarias costumbres?

Mientras, los ingleses tomaron el camino que a la Atalaya conduce, lomo abajo. Hacían comentarios burlescos de viva voz. Las risas eran muy notadas de los transeuntes. Al pasar por la ermita de la Concepción, la anciana, señalando a la Ermita y a lo que ella representa, dijo:

—Como una novela.

La expresión fué acompañada de una risotada.

Cuando llegaron al poblado de la Atalaya, pueblo muy humilde, cuyos habitantes viven, casi todos, en cuevas, repitieron:

—Como una novela.

La expresión se les había quedado muy grabada y la repetían siempre que tropezaban con algo canario que les extrañaba.

Por cierto que al pasar el Arco, pasó junto a ellos un sacerdote leyendo su Breviario. Miró el uno para el otro y dijeron casi a un tiempo:

—Como una novela.

Todos estos informes corrían por los oídos de los gran-canarios del Monte y de Tafira y de la Atalaya hasta hacer muy popular, y muy antipática esta pareja de ingleses.

Al volver, ya muy tarde, Fernando de Siete Puertas se quedó sorprendido al avistar la pareja en plena faena. Entre la Angostura y la Calzada hay un puente sobre el Guinguada. Y, al lado sur de la carretera, se levanta un risco arenoso y lleno de covachas, donde habitan algunas pobres gentes. Estas cuevas están adornadas con una entrada llena de cacharros con flores y arbustos. ¡Cómo desafían estas pobres gentes, día y noche, la catástrofe del hundimiento de una cueva! Hundimiento que no es la primera vez que ocurre, especialmente en los días de temporal. Pues bien, en una de estas cuevas y rodeados de sus vecinos se hallaba aquella tarde Mrs. Elisabeth y Mr. Jonh. ¡Cómo se complacían en oír las palabras de aquellos infelices! Grupos de chiquillos les pedían penny, y ellos, risueños, de vez en cuando, acallaban sus ansias con un poco de calderilla.

Fernando contempló un momento el espectáculo, y casi no podía contener el grito que de su alma joven salía: Como una novela.

Cuando llegó a su casa contó a sus padres lo que le pasaba con el matrimonio inglés. Entonces, su madre le dijo que ya este matrimonio es muy popular en toda Santa Brígida. Y añadió:

—El otro día me tropecé, a la salida de misa, en Santa Brígida, con Doña Clotilde Navarro, esa santa mujer que vive cerca de la Cruz de la Atalaya.

—¿La conoces? —le dijo Fernando.

—Mucho. Hemos estado en su casa alguna vez, cuando vamos de paseo a la Cruz.

—¿Es muy buena, verdad?

—Una santa. Así, una santa.

—Pues bien. D.^a Clotilde dice que esos dos ingleses, en uno de sus viajes a Gran Canaria, tienen que salir convertidos al catolicismo. Gentes de negocios. Protestantes, que, a lo mejor no cumplen, ni aun con los deberes de su religión.

—¿Quién va a convertir a esas piedras berroqueñas?

—Nosotros todos. Ya hace dos semanas, que todas las comuniones que hacemos las señoras de la parroquia, las ofrecemos por esta intención.

—De esta vez —dijo D. Fernando, el padre de Fernando— Dios no os va a oír.

—¿Cómo que no? Nuestras oraciones valen poco; pero las de D.^a Clotilde tienen que mover a Dios. ¿Sabes lo que hace aquel ángel? Se priva de parte de la comida. Se levanta a media noche a rezar el rosario. Viene en peregrinación, dos y tres veces a la semana a la parroquia, para oír misa y comulgar. Sube varias veces a la Cruz y reza ante ella por esa intención.

—Puede que lo consiga, madre; pero lo veo muy difícil.

15

Aquel día era un día de jolgorio y alegría en la casa de Fernando Lezcano y de Esperanza Amador. Estaban de muerte de cochino. Era costumbre en la Angostura que cada labrador, por mediano que fuese, sacrificara un cerdo al comenzar el invierno. Y, con tal motivo, se celebraba una fiesta doméstica.

Desde la víspera se iba preparando todo. Las tinajas y ollas para la carne, los ingredientes para el relleno de las morcillas, los bálagos para chamuscar la piel del cerdo, una vez muerto...

Se convidaba a los familiares y deudos muy allega-



dos a la casa. Era una reunión muy grata, que hacía época, y se recordaba todo el año. El ron, el coñac, la ginebra, se prodigaban, y, al final, a veces, se celebraba un baile íntimo. En la casa apenas se descansaba la víspera y la noche. Iban a la cama muy tarde y se levantaban de madrugada. Sin embargo, a muchos cogían en la cama los chillidos del cochino agonizante.

Fernando convidó a todos sus familiares, y a la familia de la novia de su hijo, Mary Carmen, y a los padres de ésta D. Pedro Alvarez y D.^a Lorenza, que se presentaron en su casa muy de mañana.

El cerdo era grande y muy grueso. No salió muy contento de su chiquero, como si se oliera la que le esperaba. Pero salió, al fin, dando algunos gruñidos. Apenas llegó al lugar adecuado, cuatro hombres de la vecindad, bien dispuestos ya por el alcohol ingerido, le cortan el paso, le atenazan el hocico, le traban las cuatro patas y el animal se desplomó en el suelo. Es arrastrado un poco hasta un altillo, donde la cabeza le queda colgando. A una puñalada en el corazón por un experto del lugar, el animal respondió con los estertores de la agonía. Una de las mujeres ya tenía preparado un cacharro con alguna sal, y se lo entrega al matador, quien lo colocó debajo de la herida llenándolo de sangre hirviente, coronada de algunas espumas. ¿Pará qué la sangre?

Para llenar las morcillas. Esta sangre se mezcla con los demás componentes del relleno: bizcocho, batatas, castañas, cebollas, y otros ingredientes. Se revuelve todo, y forma una masa roja.

Mientras, los hombres chamuzcan el cochino con bálagos de centeno o de trigo y queman todas las cerdas. Luego raspan la piel hasta dejarla blanca. Colocan el animal sobre unas grandes tablas y lo abren en canal, sacando con mucho cuidado los intestinos, que pronto se convertirán en sabrosas morcillas, después de haberlas lavado pulcramente, expulsando los restos de excrementos que en ellas pudiera haber.

El cuerpo del cerdo se divide en cuatro partes, llamadas *cuartos*. Dos traseros y dos delanteros. A veces, cuando el animal está muy gordo, un solo hombre no puede llevar un cuarto hacia la casa.

Las mujeres, en el interior de la casa, se afanan en preparar el desayuno para los que trabajan. La cabeza con las orejas es llevada aparte. Vienen luego los comentarios. Y la dueña D.^a Esperanza, se ve obligada a contar, durante el desayuno, la vida y milagros del animalito. Fue comprado a un vendedor ambulante del Ingenio, que pasó un día por allí con un cerón lleno de cochinitos, sobre un burro famélico. Habló de la nobleza del animal y de los últimos días de su engorde.

—Un animal noble, señores. Nunca dio mayor trabajo. Siempre tenía buen apetito. Nunca lo tuvimos enfermo.

Al terminar el desayuno, succulento y apetitoso, cada cual se despidió, quedando solamente los familiares y alguna que otra vecina que ayudaba en estas tareas extraordinarias.

A media mañana se presentó Angel, el amigo íntimo de Fernando.

—¡Hola, Angel! Hace rato que te esperábamos —le dice Fernando.

—¿Por qué no trajiste a Ana María? —le dice Mary Carmen.

—Ni sabe que yo he venido —le respondió Angel. Si hubiese sabido que tu estabas aquí...

—Esto, chico, no se puede perder.

—Desde luego.

Tanto D. Fernando, como D.^a Esperanza se hallaban muy complacidos. El día se presentaba muy bien. Y estos campesinos se sentían orgullosos al albergar y atender a huéspedes tan queridos.

Mary Carmen, la novia de Fernando, había caído muy bien en aquella casa. D.^a Esperanza se desvivía por atenderla. ¡Qué buen ojo había tenido su hijo!

Mary Carmen era muy sencilla. Nada de orgullo, a

pesar de su excelente formación cultural. Lo mismo barría que fregaba, que se ejercitaba en los más humildes menesteres de la cocina. Se ceñía un delantal de labor, como una sirvienta, y siempre estaba pronta a realizar la tarea que D.^a Esperanza le encomendara. Entraba y salía de una habitación a otra con naturalidad, sin afectación, como si siempre hubiese vivido en aquella casa.

La comida del mediodía fue la habitual comida canaria en estos casos. Todo a base de los despojos del cerdo, según costumbre. Plato obligado el hígado con salsa y papas sancochadas. Y no faltó quien hiciera los honores al gofio canario, en la Angostura más sabroso que en otras partes, porque el millo se tuesta mejor y se le da el punto adecuado en el tostador. Pero la sal de la comida fue la amena conversación. Cuando hay alegría y buen humor, la comida es más sabrosa.

Por la tarde solamente se quedaron en casa las mujeres, cumpliendo la tarea de llenar las morcillas. Y había que contemplar el espectáculo de cuatro o cinco señoras, brazos arremangados, las cabezas bien ceñidas de pañuelos, y sus manos muy diestras llenando con la masa rojiblanca, depositada en un lebrillo muy grande y muy redondo. Pero sin cesar de hablar y reír. Alguna de las jóvenes se encargaba de ahuyentar las moscas para que no se posaran en el lebrillo. Los hombres salieron, y unos marcharon a la cuadra de los animales para servirles el pienso de la tarde, y otros, Fernando y Angel, tomaron el camino de los cercados para cambiar impresiones sobre sus cosas.

Uno y otro guardaban en lo más profundo del pecho hondas preocupaciones, que no sabían cómo deshacerse de ellas. Tanto uno como otro se enfrentaban con una cruel realidad en la que hace años no pensaban. ¡Qué bien se vivía en los años de la adolescencia, mientras estudiaban Bachillerato, sin otros tropiezos que los habituales de todo estudiante. Algún que otro dolor de cabeza. Soportar el mal humor de algún profesor...

Ahora se encuentran estas dos vidas con un punto de partida común: ninguno podrá hacer carrera universitaria, porque la situación económica de sus padres no se lo consiente. ¿Qué hacer? ¿Cómo reaccionan estas dos vidas ante el porvenir? Hasta aquí pensaban sus padres por ellos. En adelante serán ellos mismos los que, en la dura brega de la vida, vayan formando su propia personalidad.

Por eso, cuando hace poco en la casa de Fernando Mary Carmen le preguntó a Angel por su novia Ana María, una nube de malos presagios pasó por su vista. Una tromba de pensamientos se agolpó en su mente. ¿Cómo salir de tan embrollada situación?

Y, al ausentarse con Fernando en medio del hermosísimo valle de la Angostura, no pudo menos de decir a su amigo:

—¡Oh tres y cuatro veces dichoso, mi querido Fernando!

—¿Dichoso? ¡Que te crees tu eso! ¿Se puede saber dónde está mi dicha?

—Sí, hombre, te lo diré. Te lo diré con sinceridad y facilidad. Tienes una casa y una familia que vive tranquila y feliz, aquí en este valle de ensueño. Con la heredad que Dios le ha dado. No debes a nadie ni una gorda. Estimado de todos. Sin preocupaciones por el porvenir. Con lo necesario para el cotidiano sustento. ¿Qué más quieres?

—¿Y mi carrera, Angel?

—Cierto, es un desengaño terrible; pero debes renunciar a esa ilusión.

—¡Ay, eso es muy gordo!

—Lo sé, hombre, pero no me explico cómo teniendo una familia tan buena, y una novia tan bella y tan dispuesta, no estás alegre y contento.

—Yo esperaba, Angel...

—¡Cómo desearia yo hoy hallarme en tu situación, con el risueño porvenir de tener una mujercita tan hacendosa como Mary Carmen! Yo, en cambio... La vanidad y

el boato de mis padres han perdido casi toda mi hacienda. Ahora tengo yo solo que resolver mi porvenir, preparándome para un empleo y así poder casarme —si me caso— con Ana María, porque aún está todo en el aire y...

—¿En el aire? ¿Qué me dices?

—Lo que tu oyes. Mi madre no quiere que me case con ella. Mi padre no me lo impide, no por mi bien, sino por los planes maquiavélicos que él se ha forjado sobre el comercio de Triana de mi futuro suegro, que le vendría a resolver la catastrófica situación de mi casa.

—¡Por Dios, Angel! Estás en una terrible encrucijada, pero, si tu quieres a Ana María...

—No te puedo responder categóricamente. Hay amores que comienzan por una simple amistad, y otros que terminan, precisamente, por una buena amistad. Tal vez, tal vez el mío está en esta última categoría.

—Es que no puedo concebir que tu, que eras novio de Ana María con pantalones cortos —ambos casi unos chiquillos—, le hayas ya perdido el afecto.

—No es que no la quiera. Es que yo creo que el amor tiene mucho de romanticismo y al deshacerse esta ilusión ante las miserias y hechos de la vida, el amor se diluye poco a poco.

—La verdad, no puedo hacerme a esa idea.

—Cuando esta mañana llegué a tu casa, saludé a tus padres y se presentó ante mí Mary Carmen tan bella, tan natural, tan sencilla, con aquellos colores y aires de extraordinaria salud... y la comparé con Ana María, tan encogida, tan gordeta e inexpresiva, créeme, el alma se me fue a los pies. Te consideré a tí el hombre más feliz de la tierra y a mí, el más desgraciado.

—Por Dios, Angel, hoy estás dominado por un humor negro. No te amilanes ante las dificultades. Sueña, sueña mucho con Ana María que te hará, de seguro, un hombre feliz. Es una chica educada, de buen temperamento y que te quiere, me consta, con gran pasión.

—Sí, Fernando, estoy muy pesimista; ¡pero con mu-

chas razones para ello. Hijo, como sabes, de una familia de la mejor aristocracia de la Isla, resulta que todo es falso. Falso el ambiente respirado en esa familia. Falsa la educación recibida en el mejor colegio de la Ciudad. Falso el ambiente respirado entre mis compañeros. Falso el ambiente social en que he vivido... Y, para colmo, enamorado desde mi niñez de una chica muy buena, es cierto; pero ¿tiene mi enamoramiento hondas y racionales raíces? ¿No será también un amor falso? En cambio, tu tienes una educación bien cimentada en la verdad y en la sinceridad, un ambiente familiar sencillo, que te ha calado hasta el tuétano. Vives en el campo, donde tienes a diario la mirada de Dios, que suele volver la espalda a las ciudades. Una novia simpática y guapa. Tu ambiente, al contrario del mío, es real y verdadero.

16

—Oye ¿te fijas en la figura de D. Atilano?

—Está más elegante.

—Mira, mira cómo da vueltas en el aire al bastón. No parece sino que su imaginación rejuvenecida, vuela con las alas de un chiquillo que persigue mariposas.

—Verdad.

D. Atilano se acerca a los interlocutores, erecto como un pino, con cara alegre y pícara de un Don Juan, sin mirar las baldosas que pisa, sino hacia horizontes ilimitados.

—Fíjate, fíjate, qué manera de pisar tan firme, de levantar las piernas, de ladear la cabeza...

—Por lo visto, la ruina económica hace volver a la juventud.

—¿Ha perdido todo? Algo le debe quedar, cuando se da tanto postín.

—Estos aristócratas, chico, aunque lo pierdan todo, siempre les queda el compás.

—Fuma puros legítimos de Vuelta Abajo, bebe excelentes licores, viste trajes impecables, convida a los amigos como siempre, asiste a teatros...

—Sí. Es verdad que no se le nota la ruina.

—¿Entonces?

—Será una ruina fingida... pero me han dicho que ya le queda muy poco.

—Y su mujer dice que no le resta menos.

—Eso dicen.

Tal era la conversación que sostenían debajo de un árbol de la Plazuela dos señores criticones: D. Serapio Arencibia y D. Filomeno García. Se trata de dos comerciantes de Triana, que todos los días, después de comer, y antes de reintegrarse a su trabajo, tomaban el café en este lugar. Era entonces la Plazuela, llamada un tiempo también Plaza de los Patos, por los patitos que adornaban las fuentes que en ella había, y aun Plaza de Hurtado de Mendoza, por el monumento que la Ciudad levantó en ella a su antiguo alcalde D. Ambrosio Hurtado de Mendoza. Es esta plaza una de las más simpáticas de la ciudad. Es paso casi obligado para ir de Vegueta a Triana o viceversa. Está adornada de corpulentos árboles, cuya sombra suaviza el ambiente en verano. Se halla siempre invadida por niños y ancianos, y desocupados que se deleitan en ver pasar a los transeuntes. A su lado corre el barranco Guiniguada, y, por él, penetra el aire del mar en la ciudad. Desde la Plazuela se ven los picos de la cumbre y tras ellos el azul finísimo del cielo canario.

También D. Atilano se dirigía a pasos acompasados hacia la Plazuela, pero no se detuvo allí, sino que se dirigió a su tertulia habitual del Gabinete Literario, en donde le esperaban. Ya bien entrado en la Plaza de Cairasco, es avistado por sus compañeros:

—¿Te enteras, Agapito?

—¿De qué?

—Ahí viene Atilano y su puro.

—Vamos a gastarle alguna broma.

D. Atilano llega muy pimpante, meciéndose como un cisne. Saluda con una inclinación de cabeza, arrastra una butaca y se empareja con sus compañeros, frente al busto de Don Bartolomé Cairasco.

—Oye, Atilano, nos vas a decir ahora mismo un secreto.

—¿Yo?

—Sí, hombre, porque tu solo eres el que lo posees.

—¿Qué quieres saber?

—Le estaba diciendo aquí, al compañero, que tu de algún tiempo a esta parte estás más joven y muy rejuvenecido. ¿No es eso?

—Gracias a Dios.

—Y gracias a tu secreto. ¿Qué es lo que haces tu para rejuvenecer así?

—Muy sencillo. Dormir tranquilo, sin preocupaciones, comer con apetito, pensar poco en el futuro, conversar con ustedes...

—¿Nada más?

—¿Es verdad —dijo otro contertulio— que no tienes preocupaciones? Porque...

—Ya sé a lo que te refieres. A mi situación económica. Chico, ¿qué quieres que haga? ¿Que me dé cabezazos contra la pared? Como no me falte el pan diario...

—Decía nuestro amigo Alfredo que la ruina tuya no ha sido tan real, como se ha ponderado.

—Real. Real. Apenas me queda una finca y ¡qué se yo!

—La verdad, no nos lo podemos explicar.

La conversación se dilató bastante, y nada se pudo poner en claro acerca del rejuvenecimiento de D. Atilano. Pero, poco tiempo después, se notó que D. Atilano cuidaba mucho el físico. Su traje padecía mucho cepillo. Los cabellos, aunque canosos, siempre estaban peinados. En el bolsillo de la chaqueta lucía un pañuelito rojo, muy co-

quetón. Casi siempre adornaba su solapa un clavelito rojo. Su cuerpo, antes algo encorvado, se entiesó. Los ojillos antes mortecinos se avivaron como dos chispas. De su lengua fluía constantemente la gracia y la ironía. Y todos exclamaban: ¿Qué le pasa a D. Atilano?

Uno de los compañeros en el Gabinete dio un día en el blanco:

—D. Atilano debe estar enamorado.

—Pero, hombre, —dijeron casi a coro todos— ¡D. Atilano enamorado! ¡A sus años!

Y, en efecto, se supo más tarde que la situación en su domicilio era insostenible. D.^a Elisa cayó en la cuenta, o la hicieron caer. Hasta que un día se plantó ante su esposo y le disparó a boca de jarro:

—Oye, D. Atila o D. Sinvergüenza, ¿por qué te acicalas tanto y te rocías de aguas perfumadas y llevas ese clavel en la solapa?

—No te entiendo, Elisa.

—¿Que no me entiendes, cuco?

—No. No puedo entenderte.

—Te lo diré yo también. ¿A que estás enamorado, vejete?

—Elisa, por Dios ¿estás de broma o de veras?

—¡Ojalá fuera en broma. Bien sabes tu que no lo es!

—¿En qué te fundas?

—En que te veo muy tenorio. ¿Sabes? Y un tenorio a los sesenta años hace el ridículo. Atilano, ¿no te das cuenta cómo estamos en casa? Aparentando de la mañana a la noche, para que no se vea nuestra ruina. Haciendo de tripas corazón. Y tu tenoriando, sinvergüenza. ¿Con quién? Dimelo, porque yo tengo que saberlo muy pronto.

—Otra vez no te entiendo.

—Te lo diré yo. Ya esta mañana he despedido a Concha, la sirvienta, para que te enteres.

—¿Qué? ¿Qué?... ¿Que echaste a Concha?

—Tu lo ves, mentecato. Hubo una persona que me dio el soplo.

—¡Mentiral ¡Eso es mentira!

—¡Verdad! ¡Eso es verdad! viejo verde. Ahora nos hemos quedado sin sirvienta. Y lo que siento es que la gente diga que la hemos echado porque no podemos pagarle. Y ha sido por tí, D. Atila.

—Habla bien, Elisa.

—Sí, eres un Atila, que has destruído nuestra casa. Has derrochado nuestra hacienda. Y ahora pretendes que perdamos el honor. ¿No te da vergüenza de estar por ahí presumiendo de Tenorio. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

A esta escena sucedieron otras en días sucesivos, pero no tan violentas como ésta.

La casa de D. Atilano había llegado a una situación muy precaria. Cada día D.^a Elisa tenía que ir al mercado. Coger la escoba para barrer, preparar la comida y servir a la mesa. Así pasan los lujos, las ostentaciones de una casa tan encopetada como la de D. Atilano.

Con frecuencia la pobre D.^a Elisa se sentaba a la mesa y no podía comer. El llanto acudía incontenible a sus ojos, considerando su triste situación. Y, para colmo —solía decir ella— este marido mío, este hombre, Dios mío, enamorarse de la única sirvienta que me quedaba. ¡Un hombre de sesenta años! Que fue rico y ahora es más pobre que las ratas. ¡Ay!, ofreceré a Dios, todos los días, mi desgracia y mis sacrificios.

De vez en cuando surgían las viejas querellas del fondo del alma de D.^a Elisa.

—Tu, Atila —le decía a su marido— tu tienes la culpa de todo. No te hagas el sordo. No. Tu dilapidaste toda nuestra hacienda. Has sido un verdadero Atila.

—Y tu ¿qué eres? Una furia. Una mujer llena de orgullo y de vanidad, que después de dilapidar todo en reuniones y recepciones inútiles, te haces ahora una santita. ¡Angel mío!...

—Es que yo creía...

—Que yo era un Creso, de recursos inagotables.

—Y ahora, Atilano, ¿cuál es nuestro porvenir?

—El más sombrío posible, querida Juno.

—Así, hombre, así, ironía y todo. Dios mío ¿por qué me habré yo casado con este monstruo?

—¿Cómo me enamoraría yo de esta mujer? No es rica, ni guapa, ni simpática siquiera.

—Calla, imbécil, que estamos delante de tu hijo, que no merece ser tratado así.

—Sí. Eso es cierto. En eso tienes mucha razón.

—Angel, hijo mío, somos pobres, muy pobres, y, en otro tiempo, muy ricos. Pero tu eres joven, y tienes que abrirte paso por tus propios esfuerzos. ¿Lo entiendes, querido? ¿Te das cuenta a donde nos ha llevado la buena administración de tu padre?

—Sí, mamá. Pero yo os pido, por favor, que no mencionéis más tan triste situación.

—Tu ¿qué piensas, hijo?

—Hace algún tiempo que vengo pensando en ello. De estudios no hay que hablar. Mi carrera ha terminado. Y ha terminado al pie del abismo. Ahora hay que ganar el pan de cada día. Para mi y para vosotros.

—Gracias, hijo. Esta salida —dijo D.^a Elisa— me llena de emoción.

—Hay que afrontar el porvenir con entereza y con confianza. ¿No os parece a vosotros que debo emplearme cuanto antes?

—Sí, Angel, comparto tu opinión —dijo D. Atilano. Hay que seguir el mismo camino de los hijos de familias aristocráticas, que han venido a menos. Un empleo. Bajar de categoría, refugiándose en la burocracia.

—¿Es que te da vergüenza, Atilano, de que tu hijo trabaje en una oficina?

—No digo eso. Lo que afirmo es un hecho muy frecuente en nuestra buena sociedad. Burocracia, *refugium peccatorum*.

—¿Tu también sabes latín, papá?

—Y letanías.

—Fuera bromas, Atilano, que el horno no está pa-

ra bollos. Piensa a ver dónde podemos colocar al chico.

—¿Quién, yo?

—Sí, tu. ¿No tienes en ese Gabinete de mis desgracias muchos amigotes? Consulta con ellos. ¿Dónde hay algún empleo vacante? ¿En Hacienda, en Correos, en el Ayuntamiento, en el Cabildo, en...?

—A mí, papá, me gustaría ir al Cabildo Insular. Es un organismo canario.

—Y debe proteger a los canarios arruinados y que...

—Con tu padre, Angel, no se puede. Todo lo toma a broma. Sí, hombre ¿por qué no ha de proteger a los arruinados?

—El Cabildo Insular no es ningún asilo —dijo Angel.

—No se trata de asilo, sino que como es un organismo recién creado debe tener su equipo de empleados incompleto todavía, y preferiría yo estar con los canarios antes que con los peninsulares. Todos los ingresos del Cabildo son de la Isla, ¿no es eso, papá?

—Mira, Angel, no te puedo decir exactamente de qué se nutre el Cabildo. Ni me importa. Lo interesante es que nosotros aliviemos nuestra situación con los ingresos del Cabildo, sean peninsulares o canarios. ¿Quieres que le hable yo al Presidente D. Santiago Piernavieja y Guisasola? Es buen amigo mío; pero me han dicho que está haciendo muchas economías.

—Bueno, eso de economías es un decir, porque el otro día me dijo Patrocinio de Zárate que el Cabildo tiene una Hacienda muy saneada. Hace presas para recoger las aguas de riego, abre carreteras para comunicar los pueblos, construye casas para sus funcionarios... Y ¿cuánto más meritorio no es aliviar situaciones tan apuradas como la nuestra!

—¡Claro! —dijo D. Atilano— las obras de misericordia son primero que las presas y las carreteras.

—Tu, siempre de chungá.

—Bueno, mujer, haré lo posible por ver esta tarde misma a Piernavieja. Creo que me atenderá.



—Si se lo pides con arte y habilidad.

—Piensa, Angel, también —dijo D. Atilano— en tu matrimonio con Ana María.

—Eso no, Angel. Prefiero que pasemos hambre todos. A esa muchacha no la quiero por hija. Vamos, que no la puedo pasar.

—Y tu sigue siempre en tus trece, mujer. ¿No te das cuenta cómo estamos? De seguir así, en efecto, pasaremos hambre. Y, emparentando con D. Clemente López...

—¡D. Clemente López! Quítale el *Don* y algo más. Déjalo en Clementillo, el aventurero del Juncalillo.

—¿No te das cuenta, Elisa, que la sociedad va evolucionando? Hoy no cuenta ni la sangre, ni el abolengo, sino los grandes comercios y las cuentas corrientes en los bancos.

—Ni uno ni otro tiene razón —dijo Angel. En el matrimonio no debe entrar ni el dinero ni la sangre azul, sino el amor.

—¡Contigo pan y cebollas! —dijo D. Atilano. ¡Bendito romanticismo! Sí, hijo, pero el amor casado con D.^a Conveniencia es la fórmula mejor. ¿Sabes lo que me decía mi madre cuando yo era como tú? Hijo, ve todos los domingos a Arucas, en busca de la riqueza, la abundancia. Búscate una platanera y cástate con ella, que el amor viene después.

—Y, claro, no le hiciste caso.

—En lugar de buscar la sombra de una platanera, me arrimé a la sombra de un vil almendro. Y así me luce el pelo. ¡Ay, querida Juno!

—¡Por Dios, papá, es mi madre!

—Es tu madre. Lo sé; pero ha sido mi ruina.

—¿Yo? La ruina la has traído tu, remándote en las butacas del Casino.

—No. No empecemos otra vez. Haré cuanto pueda, Angel, para colocarte bien.

—¿Y de los almacenes de Triana, qué? —dijo Don Atilano.

—Esos almacenes son de D. Clemente y que Dios le de vida para disfrutarlos y aumentarlos —dijo Angel.

—Y para compartirlos, haciendo la felicidad de su hija —dijo D. Atilano.

—Eso es otro cantar. Me han dicho que D. Clemente es como una peña. Ni dándole en el codo, suelta una peseta —dijo Angel.

—Hace bien, Angel. De manirrotos. como tu padre, está el infierno lleno.

17

—¿Sabes la noticia, Ana María? —le dijo su padre.

—¿Qué noticia? —le respondió Ana.

—Aunque no es muy agradable para ti, te la diré. Algún día tendrás que enterarte y más vale pronto que tarde.

—No le des más rodeos, dímelo.

—Que tu novio, Angel, o, mejor, sus padres han perdido toda su hacienda y dicen que lo que les queda lo tienen hipotecado.

—¿Todo eso lo has pescado hoy en ese mentidero del Gabinete? Pues mira, para mí no es noticia. Angel me lo ha contado ya. Así que...

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¿Que qué pienso hacer? Nada. Lo que estaba haciendo. Yo no quiero a Angel por sus fincas y por su riqueza. Le quiero a él, pobre o rico. Eso es todo.

—No te conocía en ese aspecto, Ana. ¡Qué romanticismo más ingenuo! Te casas con un «pelao» y, después, a vivir del viento... Muy bien.

—No sé si Angel es un «pelao». Lo que sí sé es que es un corazón de oro, un muchacho excelente, un hombre a quien le tengo entregado mi corazón.

—Según parece, su madre despilfarraba mucho dine-

ro. Su padre, D. Atilano, un Juan Lanas, que no se ocupaba de su hacienda, y no sale nunca del Casino... y la casa en manos de mercenarios a los que nada les dolía. En fin...

—No me negarás que se trata de una familia muy honorable, de la más rancia aristocracia de la Isla.

—Todo lo que tu quieras. Pero los pergaminos sin dinero son papeles mojados. ¿Quieres que diga y te aconseje una cosa?

—Ya sé lo que me vas a decir. Que me busque otro novio.

—¿Te parece mal, hija?

—Claro que sí. Tu crees que los novios son algo así como los vestidos. Se rompe uno y se compra otro. ¡Cómo se ve que tienes alma de comerciante!

—Y me va muy bien con ella. Hoy, en la sociedad que vivimos, niñita, tanto vales cuanto tienes.

—Esa, papá, es una mentalidad muy mezquina, impropia de un caballero como tu. Pero ya me explico cómo la has adquirido.

—Tienes razón, Anita. Una mentalidad forjada, día a día, en las laderas del Juncalillo y en las campiñas de Venezuela, regando con mi sudor la tierra que trabajaba.

—Desde luego.

—Y por eso me hubiera gustado que no se frustrara tu noviazgo con esa tragedia de tu novio. Al fin, como buen comerciante que soy, yo estaría dispuesto a aportar una buena dote, y tu novio aportaría esa alcurnia que ha heredado. Parte y parte. ¿No te parece?

—De perlas, pero...

—¿Pero qué? ¿No te gustaría que tu marido fuera un parásito de mis negocios?

—¿Parásito? De ninguna manera... Angel es un joven digno, de honor, que no se arrastraría jamás como un parásito a tu alrededor. El tendrá su trabajo y se ganará con su solicitud el pan de cada día.

—La teoría parece buena.

Ana María era una señorita seria y de buen criterio. Alta. De ojos negros. Rostro de color algo revuelto, como hija de blanco y de india meztiza. Algo indolente. Cuerpo algo grueso. Facciones no muy delicadas. Pero de un alma noble, sincera, alegre. Bien educada en los principios de la moral cristiana. Falta de educación materna, su padre procuró tenerla interna en colegios religiosos. Flor lozana, pero inexperta en las cosas de la vida. Y, mucho menos, en los hechos y peripecias que ofrece el quehacer diario. Apenas salida del colegio, a los 16 años, su padre le encuentra una mujer, que hacía en la casa lo mismo de sirvienta que de ama de llaves. Basilisa, que así se llamaba, era de Lanzarote y por eso más adelante se le llamaba familiarmente la «conejera». Alta, fuerte, dispuesta. Pasaba de los 50. Pronto se hizo con la casa, y conoció muy bien el carácter de D. Clemente y de la señorita Ana. Basilisa era viuda y sin hijos. Fue recomendada a D. Clemente por un comerciante de Haría. Mujer honrada. De buenas costumbres y de carácter. Pronto se hizo la dueña del hogar de D. Clemente. Congeniaba admirablemente con la señorita Ana y atendía maternalmente todas sus debilidades y caprichos. Llegó a ser su confidente y consejera.

—Señorita Ana —le dijo un día— perdone, pero me han dicho que el señorito Angel se ha quedado sin nada. ¿Es cierto?

—Eso dicen, Basilisa.

—Pero usted por eso no lo deja, ¿verdad?

—Claro que no.

—Hace bien. Si lo quiere, y él la quiere a usted... ¿Desde cuándo son novios?

—Desde que teníamos casi diez años.

—¡Jesús María! ¡A los diez años! ¡Unos críos! Esos amores ya están muy profundos.

—Y que lo digas, Basilisa.

—Ello lo que es que su padre es muy rico, y usted solita su única heredera.

—Pero eso, Basilisa, tiene sus inconvenientes.

—¿Cuales?

—Que él no quiere vivir de mi hacienda. Es un muchacho con mucha dignidad y no puede oír que le digan que se casa conmigo porque soy rica.

—¡Ah!, esas son habladurías, de las que no hay que hacer caso.

Era el mes de Agosto. Y un día D. Clemente, entre plato y plato, servidos por Basilisa, propuso a su hija que se marchara unos días a Juncalillo. Juncalillo iba a celebrar, por aquellos días, las fiestas de Santo Domingo. Así verás —le decía— los campos de tus abuelos, cogearás rosados colores en esa cara tan pálida que tienes, y te divertirás unos días con las primitas. Yo estoy seguro que tendrás buena acogida. Irás con Basilisa.

—Señor —dijo Basilisa que se oyó nombrar.

—Decía, Basilisa, que Anita debe irse al Juncalillo unos días contigo y pasarse allí la fiesta del próximo domingo.

—Yo, encantada, señor. Si ella quiere dir... Pero, y a usted ¿quién le hace la comida?

—Yo voy a una fonda. Son dos o tres días nada más. Y, el sábado por la tarde, subiré yo también con ustedes. Yo tengo también muchas ganas de ver aquello y conversar con aquellas gentes.

Y Ana María comenzó a hacer los preparativos del viaje. Le ayudaba Basilisa.

—No sé, amita, le decía Basilisa, por qué su papá se ha empeñado en este viaje.

—Muy sencillo. Mi padre me mira veinte veces al día, a ver cómo estoy, y se ha empeñado en que estoy muy desmejorada. Se le ha metido en la cabeza que mis amores con Angel no van bien. Que cada día —dice— me encuentra más pálida y que voy a enfermar. Por eso me ha propuesto este viaje.

—¡Será el mal de amores, mi niña!

—¿Qué es eso de mal de amores?

—Hija, no se lo puedo decir. Yo no he tenido novio en mi vida; pero dicen que se sufre mucho, mucho,.. Y que uno se va quedando en los huesos, sin saber la causa.

—Mira, Basilisa, con esos síntomas...

—Esos y otros que yo me sé, y que no te los puedo decir a ti ahora. ¿Tu sabes quién te los podía decir uno a uno?

—¿Quién?

—Una zahorina que yo conozco.

—Por Dios, Basilisa, ¿quién piensas tu que soy? Hechiceras y zahorinas, ni nombrarlas. Soy cristiana y frecuento los Sacramentos.

—Pero, mira. Eso no es pecado.

—No quiero oírte eso. Y se acabó. ¿Cuándo dijo mi padre que saldremos para el campo?

—Para primeros de agosto.

—¡Ah, cuánto me voy a alegrar! Estaré unos días con mis primitas. Beberé sol y aire, correré por aquellas laderas y saldré de esta ciudad que ya me está asfixiando.

—¿Y el novio?

—Al novio le damos vacaciones unos días. Creo que no le vendrán mal, porque le traigo yo muy preocupado. Así descansa.

—Niña ¿qué dices? ¿Preocupado? Eso no me huele a bueno.

—Es que tu no sabes, que Angel ahora está en busca de un empleo, y el hombre está muy preocupado, estudiando y buscando recomendaciones para conseguirlo.

—Pero lo primero es lo primero: el amor.

—Nuestro amor, Basilisa, es ya algo rutinario. Ha perdido el aroma de los primeros ímpetus. Fíjate que somos novios desde los 10 ó 12 años.

—¡Malo! ¡Malo! A lo mejor el amito se cansa un buen día, y se marcha con viento fresco. ¡Cándida palomita!

Y salieron para el Juncalillo una mañana muy fresca del mes julio. Viaje accidentado por lo largo y por los malos augurios. Angel no vino a despedir a Ana María,

según había convenido. A Anita le dio en las narices que este desvío se debía a una causa muy honda, que ella venía notando hacía tiempo. ¿Es que Angel ya no la quería? ¿Sería posible que se hubiese echado otra novia? ¿O es que se hallaba muy preocupado con lo de la colocación? ¿O era la excesiva confianza de un amor ya convertido en rutinario?

Ana recordaba la escena del último día que se vieron.

—¿Cuándo sales, Ana?

—El viernes.

—¿Tan pronto?

—Sí. Mi padre quiere que aproveche las fiestas para tonificarme un poco.

—Te iré a despedir.

—No te molestes; pero, créeme que me gustaría.

—A las ocho estaré en la estación.

—Pues, entonces, hasta el viernes.

Y llegaron las siete y media, y las ocho, y las ocho y cuarto, y Angel no apareció por ninguna parte.

—Se habrá quedado dormido —dijo Basilisa.

—Sí. Seguramente —respondió de mal humor Anita.

Con lo bello que estaba el campo. Con la diversidad de paisajes que iban contemplando desde el autobús, ellas, Anita y Basilisa no podían salir de su mutismo y seriedad. Eran inútiles los esfuerzos de Basilisa para distraer a Anita. Al fin a la vista del pueblo del Juncalillo, Ana exclamó:

—¡Paz de aldea!

—¿Qué dice, mi amita?

—Que estamos ya en el pueblo. ¿Vendrán mis primas a recibirnos?

—Creo que sí —le dijo Basilisa no muy segura.

Y vinieron. ¡Vaya si vinieron! Alegres como castañuelas, coloraditas como manzanas, y acogedoras como angelitos. Risas, besuqueos, y palabras a borbotones. En la casa les esperaba la tía Antonia, El ladrido de los perros, el balido de las cabras, el rebuzno del burrito, el

canto de los gallos y el cacareo de las gallinas. El panorama de Ana María ha cambiado repentinamente, y así pudo desarrugar el entrecejo. Se abrieron las nubes de su espíritu, el cielo lucía un purísimo azul y su alma le invitaba a disfrutar una tranquilidad anhelada. A ello contribuían sus primas y su tía con la alegre acogida dispensada; pero Anita, allá en su interior, deseaba no oír nada, sumergirse en el sordo silencio para saborear mejor sus melancolías.

Al día siguiente, la despertaron sus primas alegres y dicharacheras, porque se acercaba la hora de ir a la procesión de las ramas. La fiesta de las ramas es algo típico en el Juncalillo. A media mañana se forma una caravana, especialmente de jóvenes y niños hacia un montañón de arenas que está en la carretera que conduce a Artenara. Allí les aguardan a todos unos montones de ramas que previamente han traído en camiones de los montes, en el día anterior. Cuando llega la caravana al frente de la cual marcha el párroco del lugar, se forma un especie de procesión, amenizada por músicas y cohetes, hasta llegar a la plaza del pueblo. Nubes de polvo señalan el avance procesional. También se oyen cantos típicos y muchas voces. Y comienza el adorno de plazas y calles.

Al llegar a casa, Anita se encontraba en otro mundo, que no le dejaba de agradar.

—Esto es terrible, Basilisa. Estoy completamente llena de polvo.

—Está usted muy guapa, querida. ¿Quiere verse al espejo? ¡Tiene unos colores...!

—¡Por Dios, qué asombro! Estoy muy negra. ¡Qué sucia! Y muy cansada. Mira, mira mis vestidos... ¡Y mis pobres zapatitos de charol! Es mucho camino, hasta ese Montañón... ¡Ay, qué bien me vendría ahora un baño!

—Ni pensarlo. Le daría una enfermedad. Además creo que no se dispone aquí de baño ni bañera. A ver si mañana caliente yo agua y se baña la niña.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque es imposible. No estamos en Las Palmas. Hágase cargo.

—¿Y podré yo dormir esta noche llena de tierra?

—Como la niña está cansadita...

Al día siguiente una inquietud atormentaba a Ana María. Su padre no llegaba, como se lo había prometido. Se hicieron las diez y las once. Se marcharon las niñas a la iglesia, y D. Clemente no parecía. ¿Qué le pasaba a D. Clemente? ¿Se habría enfermado? ¿Le habría pasado algo por el camino? ¿O serán los negocios? ¡Dios mío, esos negocios!

—No te preocupes —le dijo su prima Solita. Seguramente alguno de sus muchos quehaceres le han impedido venir.

—Tu no conoces a tu padre —le dijo Irene, su otra primita. A él le gusta poco el campo. Y menos estas distracciones campestres.

—Es que me dijo que venía.

—Sí; pero los hombres son así.

La tía Antonia había preparado aquel día un verdadero banquete. Es lo que ella decía:

—¿A quién le falta para una vez al año? Si fuera todos los días. ¡Qué lástima que no haya venido tu padre, Anita! ¡Lo que se ha perdido! ¡Con lo que le gusta a él esta carne de cerdo estofada! ¡Estos bollos de cuajada! ¡Este cordero asado! ¡Este pollo tan delicado!

—Tía, por Dios. ¿Para qué tanto plato? —dijo Anita.

—Un día es un día, querida. Me había hecho la ilusión de que nos acompañara tu padre. ¡Qué lástima! Sin duda que a estas horas se estará él comiendo unos huevos fritos. Pero tu, Anita, no comes nada.

—He comido mucho, tía. No puedo más. Son platos muy substanciosos y pueden producirme una indigestión.

—Estás muy fina —le dijo Irene.

—No son finesas, sino que no suelo comer mucho.

Y se hicieron las cuatro de la tarde, levantándose todos muy satisfechos. Las niñas comenzaron a prepararse

para el paseo de la tarde. Como en todos los campos de la Isla, el paseo era en la plaza de la iglesia, donde chicos y chicas llegaban, por fin, al cumplimiento de las ilusiones que durante todo el año habían alimentado. Anita se retiró muy pronto. Estaba muy cansada. Casi no podía mantenerse en pie. Además, ¿qué se le perdía a Anita en aquel paseo?

Cuando sus primas la dejaron en casa, la recibió, solícita, Basilisa.

—¿Estás enferma, mi niña?

—No. Enferma, no. Agotada. Este es mucho jaleo para mi.

—Ah, ya se por qué se ha venido! ¡Si D. Angel lo sabe!

—No, Basilisa. Ni de Angel me acordaba yo esta tarde. Como lo oyes. Es que no puedo más.

—Ya lo se. Es una broma.

—Me siento aquí. Y tal vez estaré mejor acostada.

—No. Eso no. Yo le haré compañía hasta que regrese su familia.

Y así pasó aquel año la fiesta de Santo Domingo en el pueblo de Juncalillo, patria de D. Clemente.

18

D. Atilano visita al Presidente del Cabildo, D. Santiago Piernavieja y Guisasola, en su despacho oficial.

—Perdona, Atilano —le dice al ser recibido— que te haya hecho esperar.

—Nunca es tarde, chico, si la dicha es buena.

—Es que la firma lleva mucho tiempo. Luego tuve que recibir a un ingeniero de Madrid, y a otro señor a quien tuve que oír toda la historia de sus hijos, de su hija, de sus yernos y parientes. Ya tu sabes que una de las buenas cualidades del gobernante es saber oír. ¿Y qué te trae por aquí?

—Soy un hombre arruinado. Mi casa está a la deriva. Mi hijo no ha podido seguir carrera por falta de recursos.

—¿Y quieres para él una beca?

—No. Es un chico sin formación. No ha podido aprobar la reválida.

—¿Entonces?

—Busco para él un empleo. Es un buen chico, inteligente, trabajador; pero con la tara de los hijos de buenas familias. El mimo. La falta de carácter. Los amigos.

—¿Qué quieres para él?

—En dos palabras. Que me lo coloques en el Cabildo. Aquí hay buenos empleos. Y en uno de ellos ya puede afrontar el porvenir.

—Desde luego. Pero en este momento las escalas están todas cubiertas. Además, los empleos, de ahora en adelante, se darán todos por oposición.

—¿Qué me dices? Yo conozco muchos que han entrado por recomendaciones.

—No te lo niego. Pero hace quince días que la Corporación acordó que los nuevos empleados entren por oposición.

—Vaya, hombre. Tenía yo que llegar tarde.

—¿No puede tu hijo afrontar una oposición? Me has dicho antes que es un joven inteligente y trabajador.

—Sí, pero no es lo mismo. Acudirán para una plaza veinte opositores. Estas plazas en un organismo canario deben ser para los canarios.

—No se puede cerrar la puerta a nadie, canario o peninsular.

—O «godos».

—No, Atilano. No llevemos las cosas al extremo. Entre esos godos hay jóvenes muy sensatos y muy diligentes. ¿Qué dirías tu si una Corporación cualquiera de la Península le pusiera el veto a un joven canario, nada más que por ser canario?

D. Santiago Piernavieja era un hombre alto, de ojos vivos. Mirada penetrante. Blanca barba que le llegaba has-

ta el pecho. Andares lentos. De inteligencia clara. Rectitud insobornable. Buen administrador de los fondos insulares. De gran prestigio en la Ciudad y fuera de ella. Muy amable y acogedor. Y cuando D. Atilano comenzó a desbarrar, hizo ademán de levantarse, y se levantó, diciendo al visitante, que también se puso en pie:

—Bueno, Atilano, a ver si andando los días, y aprovechando ocasiones, te puedo complacer.

—Te lo agradeceré infinito, Santiago. No se trata de un lujo. Es una necesidad.

D. Atilano salió del Cabildo Insular con mal sabor de boca. ¿Instinto? No se sabe; pero, a veces, las buenas palabras equivalen a un *no* rotundo.

Por eso, al pasar por el Puente de Piedra, y al tropezarse con D. Eustaquio, su amigo de la infancia, apenas cambió con él unas palabras, notó que el ánimo de su amigo se hallaba un poco amargado.

—¿Qué te pasa, Atilano? —le dijo.

—Pues mira, que acabo de hablar con Santiago Piernavieja, para que admitan al chico en el Cabildo y me ha dado un *no* rotundo.

—¿Cómo? ¡Un *no* rotundo! No puede ser. Santiago es muy diplomático para tirarle a un amigo las puertas a la cara. No lo puedo creer, Atilano. Te diría que vería a ver, que hablaría con los compañeros...

—¿Y eso qué quiere decir en buena plata? Me dio buenas palabras, pero...

—Eso es otra cosa. Puede que reflexione y te atienda. No puedes pretender tu que te tuviera el empleo preparado en el cajón de la mesa para cuando tu llegaras.

—Es que dice que ahora todas las plazas del Cabildo se darán por oposición y...

—Bueno. A Angel que se prepare y que vaya a la oposición. Ya sabes tu que dentro de la oposición los buenos amigos pueden echarle una mano.

—Pero es un azar.

—Tu chico es listo, y yo creo que en las oposiciones

quedará bastante airoso. Así que, Atilano, no hay que ser pesimista.

D. Atilano continuó su camino hacia el Gabinete dando zancadas y haciendo dar vueltas y vueltas en el aire a su bastón. Estaba bastante nervioso. De vez en cuando levanta la cabeza y otea horizontes. Cuando deja atrás la Plazuela, contempla el busto de Cairasco, imperturbable, sobre su fuente y dando la espalda a los del Gabinete, enojado, según dicen, por haberle puesto a esta casa el apellido de Literaria. No quiere compartir las responsabilidades de sus tertulias y conversaciones.

—Ahí viene Atilano —dice D. Servando del Castillo, mientras se balancea en su mecedora.

—Y viene nerviosillo —responde D. Antonio Arencibia. ¿No ves cómo maneja el bastón?

—¿Qué se apuestan ustedes a que éste ha recibido hoy unas calabazas como una catedral? —dijo D. Aurelio Quevedo.

Y, cuando D. Atilano estaba ya en presencia de sus contertulios, le dijo D. Eusebio García:

—¿Qué te pasa hoy, Atilano? ¿Qué mosca te ha picado?

—Una mosca, no. Un moscón, de los grandes.

—¿Dónde te metiste esta mañana? —le dijo D. Antonio Arencibia.

—Pues nada más y nada menos que en el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria.

—¿Qué? ¿Fuiste a ver a D. Santiago Piernavieja y Guisasola?

—A verlo y a pedirle un pequeño favor.

—Y te salió con dos piedras en lo mano.

—No tanto. Saben ustedes que los políticos saben dorar la píldora y envolver su *no* rotundo en buena cantidad de miel.

—No está mal la figura, Atilano.

—A mi, no, recontra. Eso para los palurdos del campo. Pero ¿a mí...?

—¿Y qué le pedías?

—Hombre, una futesa. Que le diera a Angel un pequeño hueco entre los empleados del Cabildo.

—Y ¿qué te dijo?

—Que ahora todas las plazas se cubren por oposición. Que él no podía pisotear la Ley. Que Angel hiciera oposiciones, y después vería.

—Es decir que Angel tiene que pasar por el aro como los demás mortales. ¿No es eso?

—D. Santiago Piernavieja es gran amigo mío —dijo D. Eusebio.

—Y fantasmal y empalagoso y gran farol —dijo Don Servando del Castillo.

—Espacio, señores, espacio —dijo D. Atilano.

—¿Cómo espacio? —dijo D. Eusebio Quevedo. Y entonces, ¿por qué ha admitido sin oposición a Felipe Reyes, a Antonio Salgado, a Eliodoro Ferrera, a...

—Es que habrá llegado ahora una nueva ley, o lo habrá acordado así la Corporación.

—Sí —dijo D. Atilano— es un acuerdo del Cabildo de hace unos quince días.

* * *

Y D. Santiago Piernavieja ¿cómo recibió el impacto de D. Atilano? Con la filosofía propia de un canario cazurro que sabe calibrar las exigencias y pretensiones de sus coterráneos isleños.

A eso de la una de la tarde D. Santiago recibió la visita del Vice-presidente del Cabildo D. Antonio Izquierdo, con quien sostuvo la siguiente conversación:

—¿A que no sabes quién acaba de salir de aquí esta mañana? —le dijo D. Santiago.

—¿Quién?

—El inefable Don Atilano Lorenzo Santiago.

—¿Qué pretende? ¿Que el Cabildo le levante las hipotecas de sus fincas?

—No. No tanto.

—Pues él es capaz de eso, invocando su rancia canariedad y aristocracia. Y también su ortodoxia y estirpe inmaculada.

—Me vino a pedir un empleo para su hijo Angel.

—Es decir, después que dilapidó su hacienda en lucimientos de nobleza, cuando no en otras tareas inconfesables, quiere que el Cabildo decida el porvenir del hijo, para él seguir alardeando de nobleza y tranquilidad en su digestión. ¡Muy bonito!

—Así son estos aristócratas.

—Pues los tiempos van cambiando. De ahora en adelante el que quiere una canogia en este Cabildo tiene que sudarla. Se las tiene que ver con todos los ciudadanos libres y competentes en refidas oposiciones. Deben ser excluidos esos niños góticos, que no han sabido conservar su hacienda. Puede que Angel no tenga culpa del mal gobierno de sus padres; pero que mida sus fuerzas y sus talentos con las fuerzas y los talentos de otros ciudadanos, que nada han heredado.

—Me parece bien esa teoría, D. Santiago. Vivimos otros tiempos. El Cabildo no puede convertirse en un asilo de inválidos.

Y en su casa ¿cómo fue recibido D. Atilano? Su esposa, D.^a Elisa Sotomayor y su hijo Angel le aguardaban algo nerviosos. D. Atilano llegó, sombrero en mano, ojos vidriosos, limpiándose el sudor, dando bastonazos en las escaleras, sofocado.

—¿Qué te pasa, Atilano? —le dijo D.^a Elisa.

—Nada. Lo que yo me esperaba. ¡Dios mío, cuántos quebraderos de cabeza dan estos hijos!

—¿Qué ha hecho Angel?

—Angel no ha hecho nada. Sino que me ha hecho representar un papel desairado.

—¿Qué te dijo el presidente del Cabildo?

—Lo de siempre, chica. De los políticos ¿qué se puede esperar, sino buenas palabras y nada más?

—A lo mejor...

—¿Qué?

—No pretenderías tu que tuviera la credencial de Angel en el cajón de la mesa. Te daría promesas...

—Sí, sí. Promesas y calabazas envueltas en papel celofán.

—Pero dínos ya lo que dijo, papá.

—Sencillamente. Que, si quieres empleo en el Cabildo, tiene que sudarlo en unas oposiciones con otros jóvenes de la Isla y de la Península.

—¡Oposiciones! ¡Dios mío! ¿Cómo puedo opositar yo con la formación tan deficiente que me habeis dado en ese Colegio que Dios confunda? No. A oposiciones yo no me presento, porque el fracaso sería ruidoso.

—¿Es que tú, Angel, pretendes una canogia de gracia? —le dijo D. Atilano.

—No, papá. ¿Qué más quisiera yo que una canogia? pero yo no nací para eso. Ya entiendo lo que quieres decir. Regalos, regalitos son los que a mí me convienen, porque soy hijo de D. Atilano Lorenzo y de D.^a Elisa de Sotomayor, familia noble, aristócrata y de la más pura ortodoxia. No, papá. No quiero regalos. De hoy en adelante —dijo irguiéndose Angel— te prometo que trabajaré con ahinco por abrirme camino, sin ayuda de nadie a través de esta sociedad falsa y egoísta en que me ha tocado vivir. Lo oyen ustedes. Saldré adelante, como sea.

—¿Sabes, Angel, que ahora me gustas más que nunca? El trabajo personal es el que redime al hombre. Las herencias lo envilecen y le pueden llenar de vicios.

—¡Pobre hijo mío! —decía D.^a Elisa. ¿Es que no quieres agradecer a tus padres, ni aún la educación que te han dado?

—Os la agradezco, mamá; pero de poco me va a servir en la vida. Esa educación puede que me haya dado una tara que más bien me servirá de obstáculo en la vida. ¿No comprendes que el mundo va entrando en una nueva edad, donde el hombre tiene que hacerse por sí mismo?

—Ese fantasmón de Santiago Piernavieja creo que nos ha producido un gran bien —dijo D. Atilano.

—Dios le confunda —dijo D.^a Elisa. Carece de humanidad y misericordia. ¿Qué culpa tiene Angel de nuestra tragedia familiar?

19

—¿Queda muy lejos, Angel? —dijo Ana María.

—¿Qué? ¿Estás muy cansada?

—Sí. Es mucha cuesta esta.

—Una hija del Juncalillo no puede decir eso.

—¿Yo del Juncalillo? No lo pienses. Soy venezolana y a mucha honra.

—¿Y tu papá, D. Clemente?

—Ese, sí. De modo que yo apenas tengo raíces del Juncalillo.

—¿Qué dices, Ana María? ¿Estás ya cansada? —le dijo Fernando.

—Sí, hijo, muy cansada. ¿Queda mucho?

—De cuesta muy poco. Al llegar junto a la Cruz, el camino es casi llano.

—¡Dichosa Cueva del Gato! ¿Cómo se os ha ocurrido paseo tan largo y tan penoso?

—La falta de costumbre, chica. No es tan penoso. Luego os gustará mucho.

—Mira. Ya llegamos. ¿No te acuerdas de otras veces que hemos estado aquí?

—Me acuerdo; pero vagamente. ¡Cómo hace ya años!

—¡Qué pronto os olvidáis! ¿No te acuerdas de aquella romería tan entretenida a esta Cruz de la Atalaya?

—Sí, sí.

—Pero, mujer. ¡Qué olvidadiza! Y de aquella señora, D.^a Clotilde y de su hermana enferma en una cueva, que

parecía oro de Dios, y de aquel D. Clodoveo que comía bizcocho, como un ratón, detrás de un biombo?

—¡Ah, sí!

—Pues, mira, ahí debajo viven, o, al menos, vivían hace años.

—Ya recuerdo aquella Ermita de la Concepción tan bonita, tapizada de tumbas.

—Y también debes acordarte —dijo Mary Carmen— del matrimonio inglés que se desternillaba de risa leyendo la inscripción de la Cruz: «*Como una novela*».

—¿Qué se ha hecho de ese matrimonio? —dijo Angel.

—Tengo entendido —respondió Fernando— que viene todos los años al hotel Santa Brígida.

—Pero ¿no sabéis una cosa? D.^a Clotilde, que es una santa, se ha empeñado en la conversión al catolicismo de este matrimonio, que todos los años pasa por su casa. Y ha formado un coro de oraciones y comuniones entre las señoras de la parroquia, para obtener su conversión —dijo Mary Carmen.

—Esa D.^a Clotilde es un apóstol —dijo Ana María.

—¡Cómo me place recordar aquellos buenos tiempos! —dijo Angel.

—Por eso os he invitado hoy a este paseo. Saldreis de él muy complacidos —dijo Fernando.

En esto las dos parejas de novios se iban acercando al lugar del cerro de la montaña que mira a Santa Brígida, llamado «Las tres piedras». Eran en efecto tres grandes piedras, que están al mismo borde de la ladera que da al valle de las Vegas. Se asoma uno, y queda sorprendido ante un valle espacioso y bellissimo, que tiene por cabecera las empinadas cumbres de la Isla. El valle está lleno de árboles, de casas y chalets, de hondonadas cubiertas de verdura. Serpentea por en medio de él la carretera, por la que circulan, haciendo oír sus bocinas, cientos de automóviles. El asfalto brilla, al ser alumbrado por el sol poniente de esta encantadora tarde de verano.

Las horas corrían y tenían que llegar a la Cueva del Gato.

—¡Qué maravilla! —decía Ana María. Fijaos en aquel hermoso chalet. ¡Quién viviera allí. Rodeada de jardines. Oyendo al amanecer y al anochecer el canto de los pájaros. A la sombra de árboles gigantescos. Deleitando el oído cada hora con el balido de los animales y el susurro del viento entre la hojarasca y con una servidumbre fiel.

—Y con un buen jamón dulce en la despensa —añadió Angel.

—Por cierto, Ana María, ese ideal para ti no tiene nada de inaccesible. ¿No es eso, Angel?

—Bromeas, Fernando. Hoy más que nunca ese ideal es imposible para nosotros. Estoy ahora, en estos días, empezando a buscar algunos medios para resolver mi penosa situación —dijo Angel.

—Pero ¿no os casais pronto? —dijo Mary Carmen, algo ansiosa.

—No es posible. Las cosas han venido muy mal. Mis padres han perdido su hacienda y yo tengo que buscarme un empleo para poder vivir.

—Lo siento, Angel. Me había formado la idea de que nos casaríamos en el mismo día los dos —dijo Fernando.

—No puede ser. Tu si que puedes casarte desde el día. Vuestros padres están bien y pueden ayudaros. ¡Qué felicidad! Yo, en cambio, tengo que buscármelo todo yo mismo.

—¿Y el padre de Ana María? —replicó Fernando.

—No. No sigas por ahí. El padre de Ana María creo que nos ayudaría; pero yo no lo consentiré. Mi carácter y mi dignidad no me lo permiten. Al casarme, quiero vivir de mis propios medios. ¿Soberbia? Creo que no. Sé muy bien lo que me digo. Nadie sabe mejor sus propias cosas que uno mismo.

—Ya vamos llegando a la Cueva del Gato.

—¡Qué rocas más voluminosas! Este monte —dijo Ana

María— parece más bien una Sierra erizada de residuos volcánicos.

—Y no es otra cosa —dijo Fernando. Fijense en esas rocas que dan hacia el barranco de las Goteras. ¡Qué enormes! ¡qué escarpadas y llenas de agujeros!

—¿Y esas plantas?]

—Son tuneras, escobones y otros matorrales.

—Las tuneras tienen un fruto maravilloso. ¡Qué amarillos y qué apetitosos esos tunos! Yo me comería ahora algunos.

Subieron un poquito, y, al contemplar la otra vertiente se encontraron con un paisaje casi lunar. Barrancos, barranquillos, laderas, sin vegetación alguna. Piedras, siempre piedras. Es el barranco que empieza en la Bodeguilla. Corre hondo y tapizado de duros basaltos, al pie de la Atalaya, tomando el nombre de Las Goteras más abajo, discurre por sobre las piedras volcánicas de Ginámar, para luego, desembocar en el mar.

Cuando estaban admirando tan duro panorama, vuelven la vista y se dan cuenta de que, a sus espaldas, se levanta una roca imponente y, en medio de ella, una cueva de escarpadas arenas, cuyo acceso es bastante posible.

—¿Será esta la Cueva del Gato? —dice uno.

—Puede ser.

—Y ¿qué le pasó a ese gato? Debió ser una gran hazaña para dar nombre a todo este paraje.

—No lo sabemos.

Y en medio de una animada charla, comenzaron a merendar con muy buen apetito. Las risas y el buen humor se sucedieron ininterrumpidamente, hasta llamar la atención de unos vecinos que en una casita, cerca de allí vivían. De un grupo de mujeres y niños, se desplazó hacia ellos un hombre, de mediana edad, acompañado de un niño. Caminaba con pasos lentos y tímidos. El hombre quería pegar la hebra y participar del buen humor de los jóvenes.

—Oiga, amigo —le dijo Fernando— ¿son suyos estos tunos?

—Sí, señor. ¿Por qué lo dice?

—Porque tienen un color que se nos está metiendo por los ojos, y deseáramos que nos vendiera unos pocos, para matar la golosina.

—Perico —dijo el hombre al niño que le acompañaba— ve a casa y trae un cesto.

Llegó el chico, y el hombre con mucha destreza colmó el cesto de tunos.

—No queremos tantos —dijo Angel— unos cuantos nada más.

Preparados los tunos, el hombre sacó una navaja y empezó a abrirlos, y a ofrecerlos atentamente a los jóvenes. Estaban riquísimos y muy frescos. Mientras comía tunos le dice Fernando:

—Este lugar se llama la Cueva del Gato ¿por qué?

—Vaya usted a saber, cristiano. Nosotros, hace pocos años que vivimos aquí.

—¿Y no le han dicho a usted qué cueva es, y qué gato ha vivido en ella?

—Mire, a mi no me crea. Mi abuelo, que en gloria esté, nos hizo una vez un cuento que no sé si es cierto.

—Cuéntenoslo —dijo Ana María.

—Dicen que una vez una familia que vive por ese poblado de atrás, que se llama Gamonal, tenía dos gatos muy grandes y muy hermosos. El padre de familia se llamaba D. Gaspar. D. Gaspar y su familia eran de la Ciudad, y compraron aquí unos trozos. Hicieron una casa y se vinieron a vivir aquí. Vivían bien; pero siempre llenos de magua y dolor por haber dejado la Ciudad. D. Gaspar se recreaba en los gatos. Con ellos tomaba el sol y de noche los dejaba junto a su cama. El macho era negro, de ojos centelleantes, que brillaban en la noche como dos linternas. Tenía unos bigotes, Dios mío... La gata era blanca, y tan grande como el gato. Apenas cazaban. Vivían de los mimos de D. Gaspar y de Bibianita, su hija,

que era muy guapa. Los gatos eran la alegría de la casa. Una noche del mes de Febrero oyeron unos maullidos muy agudos. D. Gaspar encendió la vela de su cabecera y se dió cuenta de que el gato ya no estaba a su lado. Se levanta. Recorre la casa. Llama a Micifú; pero Micifú no le responde. Ya no pudo dormir en toda la noche. Al día siguiente buscaron el gato por todas partes; pero inutilmente. Ni nadie se acercaba para darles cuenta del paradero del gato.

—Es que los gatos se alzan durante el mes de Febrero —le dijo uno de los vecinos a D. Gaspar. Pero él vuelve.

Pasaron los meses y el gato no volvía, a pesar de haber dejado en casa a la gatita Blanquerna. Hasta que un día un pastorcillo que guardaba su ganado en lo alto de esta Sierra se presentó en casa de D. Gaspar y le dijo:

—D. Gaspar, he visto su gato en una cueva que está en medio del risco.

—¿Dónde?

—Allá arriba.

D. Gaspar cogió su bastón y, ayudado por su hija, subió penosamente la ladera, y penetró en la cueva, y llamó mimosamente al gato Micifú, el cual comenzó a maullar lastimosamente, al reconocer a su dueño. D. Gaspar se atrevió a penetrar en lo alto de la cueva, y, al verlo, Micifú encrespó los lomos, enseñó los dientes, lanzó miradas de furor y furibundos aullidos que obligaron a Don Gaspar a retirarse de miedo. En vano se le llevó a Blanquerna. Micifú no le hacía caso. Por allí destiló todo el barrio del Gamonal. Micifú siguió encastillado en su caverna, hasta que un día un vecino le quitó la vida de un escopétazo. D. Gaspar recogió el animal y le dio una sepultura digna.

¿Será esta la razón porque este lugar se le llamó en adelante la Cueva del Gato? Yo así lo creo señores, terminó el campesino.

A los jóvenes gustó mucho la explicación del campe-

sino, y le dieron las gracias. Pero, entonces, éste reaccionó de una manera inesperada.

—Señores: esto dice el cuentecito de mi abuelo, pero yo creo otra cosa. No sé si ustedes sabrán que los gatos en ciertas épocas del año se salen de las casas y desaparecen, sin saber por qué. Aquí, en el Gamonal ocurre lo mismo. Los gatos en número crecido se vienen a estos riscos y a estas cuevas, y por la noche forman terribles algarabías. Maullan, corren de un lado para otro. Se lamentan. Lloran a coro, llegando a infundir miedo a los transeuntes que pasan por estos caminos. A más de uno he oído decir yo que no volvían a pasar por aquí. Hay quien diga que estas reuniones de gatos son organizadas por las brujas, que a eso de media noche revolotean sobre estos picachos, y, al clarear, montan sobre escobas y se marchan a sus escondites.

¿No le vendrá a este lugar el nombre de Cueva del Gato por estas reuniones de gatos, celebradas en el silencio de la noche?

—Puede ser —dijo Fernando— que esta versión sea más verídica que la otra.

—Bueno, amigo, le dejamos en sus alturas, y cuidado con los gatos y las brujas. Es tarde y queremos regresar pronto.

Y comenzó el viaje de regreso.

—Nos queda —dijo Fernando— el último punto del programa.

—¿Cuál?

—Saludar a D.^a Clotilde y ver qué noticias nos da.

Al pasar frente a la Cruz de la Atalaya, Ana María comenzó a rezar algo entre dientes.

—¿Rezas, Ana María? —dijo Mary Carmen.

—Recuerdo la plegara de mi libro de devociones: Ave Crux, spes única.

—¿Es que te acuerdas del latín?

—Muy sencillo. ¡Salve oh Cruz, esperanza única!

—Muy bien. La cruz es la única esperanza de los hombres.

—Y hasta de las mujeres —dijo Angel.

Ya iban entrando por el patio de D.^a Clotilde, orlado de grandes hortensias, de claveles y rosales, que era una gloria. D.^a Clotilde los había visto subir y esperaba la visita.

—¿Tanto bueno por aquí? —dijo acercándose a ellos con pasitos cortos.

Vestía de negro, cabeza cubierta con un pañuelo del mismo color. Sobre los hombros una pañoleta. Sonrisa y aspecto de ángel. Rostro sonrosado. Aspecto saludable.

—¿Cómo nos podíamos ir sin venir a verla? —dijo Mary Carmen.

—Pasen, pasen.

—¡Qué hermosura de patios! —Mire —le dijo Fernando— no podemos entrar, porque es ya muy tarde.

—¡Cuánto tiempo esperándolos!

—Es que hemos llegado hasta la Cueva del Gato. Allí merendamos, y nos detuvimos bastante. ¿Cómo están sus hermanos?

—¡Los pobres! Se los llevó Dios.

—Vaya por Dios. No sabíamos nada. ¿Hace mucho tiempo?

—Pasa ya del año.

—¡Cuánto lo sentimos!

—Gracias.

D.^a Clotilde estaba ya tan sensible que le brotaron lágrimas de los ojos.

—Pero, entren, por favor.

—No, no nos podemos detener. Otro día vendremos despacio, y charlaremos un buen rato. Ahora díganos cómo va ese coro de oraciones por la conversión de los ingleses Mr. John y Mrs. Elisabet. ¿Han vuelto por aquí?

—Todos los años vienen dos y tres veces.

—¿No se han convertido?

—Todavía no. Pero les noto muy buenas disposiciones hacia nuestra Religión. Ya no se ríen ni se burlan de la Cruz. Ni me dicen que la cruz es una novela. Pregun-

tan mucho. Y lo hacen seriamente. Yo creo que, al fin, conseguiremos la conversión. Llevamos ofrecidas muchas misas, muchas comuniones, muchos rosarios y muchos sacrificios. Dios nos oirá.

—Ese día, D.^a Clotilde, —le dijo Mary Carmen— celebraremos una fiesta en la ermita de la Concepción.

—¡Ah, claro que sí. Los convidaremos, y les recordaremos el episodio de la Cruz de la Atalaya.

—Bueno. Nos vamos.

—Esperen. Esperen.

Y D.^a Clotilde trajo un cuchillo y comenzó a cortar hortensias, claveles y rosas, formando dos ramos que entregó a Mary Carmen y a Ana María.

—¿Y nosotros, D.^a Clotilde?

—¡Es verdad!

Cortó dos grandes clavellinas rojas, y las colocó en las solapas de Angel y Fernando.

—Adiós, D.^a Clotilde.

—Adiós, mis niños. Espero que volverán pronto y sin prisas.

20

—¡Qué cosas ocurren en Las Palmas! —decía D.^a Elisa. No creo que esto pase en ninguna otra parte. Las personas decentes y trabajadoras no tienen otra solución que subirse a su azotea, tenderse al sol y al aire, y prepararse a morir. ¡Mi pobre Angel! Hay que ver lo que ha trabajado este pobre chico durante dos años. Se levantaba de madrugada, y se acostaba muy tarde. Siempre estudiando. Y venga a tomar café... Pero todo ha sido inútil. El que no tiene padrinos... Vienen unos arribistas y se llevan las plazas, y a mi hijo lo dejan fuera. Y eso a pesar de las cartas de recomendación presentadas por Atilano. Pero el que se tuvo la culpa fue el gran Piernavieja. Ese

Presidentote del Cabildo. Como si no lo conociéramos. ¿Cómo llegó de Mogán? Un mozalbete roto y descosido. Pero desde que se le fue cayendo el pelo de la dehesa y se metió en política... Adulando y quebrándose el espinazo, fue mi hombre para arriba, y casi llega ya a los cuernos de la luna. Así son los políticos. Hoy unos pollitos inocentes, y, en poco tiempo, orgullosos pavos reales.

—A nuestro hijo, Elisa —decía D. Atilano— todos le miran con antipatía. ¿Por qué será? Será porque es mi hijo. Yo tengo buenos amigos; pero ahora de nada me han servido. Ya lo dije bien claramente el otro día en pleno Gabinete: los amigos son para las ocasiones. A mí, ahora, nadie me ha ayudado. Vayan ustedes a la

—¿Y qué te contestaron, Atila?

—Soltaron todos una carcajada general.

—Muy bien. Encima se ríen y se burlan.

—Marineros somos y en la mar estamos. Nuestro hijo saldrá adelante. Es serio, es trabajador... Si no ha salido ahora a causa de los tiros de los isleños, ya veremos en otras plazas de la península. Hay convocadas cien plazas de Hacienda. Veremos.

—Irá. Me enteraré en la Academia cómo está preparado, y veremos.

—¿Y el dinero, Atilano?

—Ya parecerá. Me queda en Firgas una finquita. La venderé y le pagaré el viaje. Hay que salir adelante para dar de rabiarse a ese fantasmón de Piernavieja.

—¡Ay, cuánto me alegro!

—Pues ¿qué te crees tú? ¿Que me voy yo achicar por este fracaso?

En efecto, Angel asistió durante dos años más a la Academia Canaria que está situada en la Plaza de San Bernardo, n.º 19. La calle o plaza de San Bernardo es uno de los lugares más típicos de la Ciudad. Calle ancha. Sombreada por frondosos laureles de Indias. Buenos edificios. Aceras anchas, a una de las cuales abre sus puertas el Círculo Mercantil. En la acera de enfrente está la

Academia Canaria. Está instalada en un edificio vetusto, de puro estilo canario. Así que se entra, se tropieza uno con patio amplísimo, con una fuente al centro. A ambos lados del patio, habitaciones que rezuman humedad. En estas habitaciones se daban las clases de la Academia.

Era director de la Academia D. Estanislao Martínez, persona de rancio abolengo canario, y de ideas insulares muy cerradas. No se la caía nunca de la boca su Isla, su Isla de Gran Canaria, la nobleza de sus habitantes, sus costumbres sencillas y cristianas, que los forasteros iban poco a poco echando a perder con sus modernismos y excentricidades. Tenía una aversión ancestral a los peninsulares a quienes llamaba «godos».

—Mucho bien hace a la Isla el Puerto de la Luz —decía. Sin él no hubiéramos progresado, pero por ese puerto ha entrado y entra toda corrupción y decadencia moral.

D. Estanislao tenía tertulia frente a su casa, en la acera del Círculo Mercantil. Allí era muy considerado. D. Estanislao imponía por su barba blanca de patriarca, por su estatura canaria de gigante, por su atuendo serio y grave, por sus andares lentos, por su decir acompasado, que reservaba siempre su opinión hasta última hora. Sus sentencias no se discutían sino que se comentaban y se reían a su espalda.

A veces D. Estanislao frecuentaba la Plazuela, sobre todo, a la hora del café. Allí se formaba otra tertulia, especialmente de ancianos. Aquí D. Estanislao no tenía tanto predicamento. Estos ancianos, en su mayoría hombres del campo que se venían a la ciudad, para descansar en el ambiente de su magnífico clima, no se doblegaban a las opiniones y prosopopeya de D. Estanislao. Se armaban cada rato violentas discusiones. En cierta ocasión tuvo que intervenir el guardia de servicio, porque D. Serafio del Valle se sintió herido y comenzó a dar palos a D. Estanislao, rompiéndole la solapa de la chaqueta, y haciéndole un estropicio en sus luengas barbas que llegaron a chorrear sangre. Las gafas cayeron hechas añicos.

¿Por qué? Se dice que D. Estanislao no se hallaba conforme con la estatua de Don Ambrosio. Y, sobre todo, con las ninfas que a sus pies le ofrecen homenaje y veneración.

—Esas —exclamó, lleno de indignación D. Estanislao— son unas fulanas de Fuera de la Portada.

—Eso es mentira. Eso no lo repite usted —le dijo Don Serapio.

—Lo repito y lo repetiré siempre. Son unas fulanas.

D. Serapio enarboló su bastón con tal denuedo sobre D. Estanislao, que si los asistentes a la discusión no intervienen, D. Estanislao hubiera dejado aquel día la dirección de la Academia Canaria. No obstante alcanzó algunos bastonazos que le estropearon el vestido, le hirieron en la quijada y le rompieron las gafas.

Cuando el fracaso de Angel en las oposiciones del Cabildo Insular, D. Estanislao lo sintió mucho.

—He seguido muy de cerca estas oposiciones —dijo a D. Atilano. Y lamento muy de veras lo de Angelito.

—Tuvo mala suerte —le respondió D. Atilano.

—Nosotros presentamos diez opositores, y aprobaron ocho. Según parece, Angel iba muy bien; pero perdió mucha puntuación en mecanografía. Por lo visto estaba muy nervioso y no llegó a las pulsaciones exigidas. Lo lamento por el chico y por ustedes que se que lo necesitan.

—No, D. Estanislao. No necesitamos de la ayuda de Angel. Es que piensa casarse y no quiere depender de nadie.

—¡Ahl, ya lo comprendo. Pues ahora hay que buscar por ahí otro empleo.

—Lo estoy buscando; pero mis influencias valen poco. Todos me dicen que un aristócrata, como yo, no necesita emplear a su hijo.

—Ahora hay que esperar, aunque me han dicho que se van a convocar cien plazas en Hacienda.

—A eso precisamente obedece mi visita. ¿Cree usted D. Estanislao que mi hijo se puede presentar a las mismas?

—¡Hombre, tanto como presentarse, claro que sí!

—He dicho mal. Presentarse, todo el mundo puede. Pero ¿hay posibilidades en Angel para traerse una plaza?

—Claro que sí. Angel estudia mucho. Es un chico serio y en tres meses más puede alcanzar el triunfo.

—¿Entonces?

—Creo que debe intentar la aventura. Lo malo es que tiene que pasar el charco y llegar hasta Madrid, y todo esto supone molestias, gastos, etc. etc.

—De manera...

—Dígale que se vea conmigo y haremos un buen trabajo para prepararlo.

Pasan los meses. Angel firmó las oposiciones. D. Atilano vendió un trozo de terreno en Firgas, y costeó el viaje de Angel a Madrid. Angel había trabajado de firme aquellos meses preparando los cuestionarios. Iba muy confiado.

Un día estaba D. Atilano en el Gabinete Literario fumándose un veguero y deleitándose con los sorbos de una buena taza de café con varios amigos, cuando se le acerca, pedaleando en su bicicleta, un chico de telégrafos que le ofrece un papelito azul para que se lo firme. El corazón le dió un vuelco.

—Un telegrama de Madrid, D. Atilano —le dice el de telégrafos.

—De Angel. Venga.

Lo abre tembloroso y lee: «Pasado primer ejercicio con excelente puntuación. Angel».

A D. Atilano casi se le caen las gafas, y el puro se tambaleaba.

—Enhorabuena, Atilano —le dijeron todos.

—Gracias, amigos. Pero esto no es más que el principio.

—Ahora traerá plaza. Me han dicho que el chico iba bien preparado y con mucho coraje, —dijo uno.

—Sobre todo que es hombre de punto, y quiere salvar el fracaso del Cabildo.

—Veremos, señores.

D. Atilano se emocionó con la noticia y, echando el papelito azul en el bolsillo, salió inmediatamente para su casa para dar la noticia a su señora. Por el camino, sobre el mismo Puente de Piedra, se tropezó con el canónigo D. Eliodoro Sánchez, y parándolo, le dio a leer el telegrama de Angel.

—Enhorabuena, D. Atilano, Vamos a ver si ahora triunfa, aunque lejos de su tierra.

—Así lo espero, D. Eliodoro. Lo del Cabildo fue un atropello. Le suspendieron nada más que por ser hijo mío.

—¿Cree usted que el fracaso se debió a la política?

—Sí, señor. A la maldita y odiosa política.

—Bueno, D. Atilano, espero las noticias finales del triunfo.

—Gracias.

Y dándole mil vueltas al bastón, y con paso lento, aunque nervioso, D. Atilano abrió la cancela de su casa.

—Elisa, Elisa... —le gritó desde la cancela.

—¿Qué dices, Atilano?

—Mira, para que te convenzas. Angel aprobó el primer ejercicio con muy buena puntuación.

—¡Hijo mío de mi alma! ¡Qué alegría, Dios mío!

—Tu ves. Tiene que salir de su tierra para triunfar.

—Oye. Mira que te digo, hasta el final no echemos las campanas a vuelo. Esperemos. Es el primer ejercicio. ¿Y quedan?... No se...

Pero D.^a Elisa de Sotomayor y del Castillo Olivares tenía aquella tarde una reunión de señoras en el Ropero de Santa Victoria y, por consiguiente, disponía de un público muy granadito para difundir la noticia.

En efecto, ya por el camino encontró a varias señoras y les dio la gran noticia, ponderándoles las grandes dotes de su hijo. Al llegar ante el edificio del Ropero había que contemplar a D.^a Elisa rodeada de más de veinte señoras que comentaban el gran suceso.

—¡Qué dicha —decía una— tener un hijo así!

—Angel ha sido siempre un chico bueno y estudioso. Se llevó varios años el gran premio del Colegio de Santo Tomás.

—Yo me lo tropecé un día —decía otra— cargado de medallas y bandas, que parecía un capitán general.

—Es de la más pura aristocracia y llegará muy alto —decía otra.

—¿Es para Hacienda? Lo verás llegar a Delegado. ¿Por qué no?

—Oye, Elisa, ¿todavía habla con la mulatita venezolana? —dijo otra, con muy mala intención.

—Sí, pero me parece que está ya cansado de ella. Cuando venga con la plaza de Hacienda ya se buscará otra de su clase.

—Enhorabuena, hija, y que esos triunfos sigan —le dijo la Presidenta del Roperero, D.^a Zapaquilda Llarena y del Castillo.

—Y muy ufana D.^a Elisa entró en el Salón rodeada de señoras que le homenajeban con sus dichos y parabienes, como si fuera la madre del Conquistador del Gran Caribe.

Pasan los días, las semanas y aún los meses en que apenas se sabía nada de Angel. Los padres se hallaban desolados. ¿Qué ha pasado? —decían. ¿Es que lo han suspendido en los otros ejercicios? Al mes exacto del primer ejercicio se recibió una carta bastante ambigua.

—No se lo que le pasará a Angel. Esta carta no es muy optimista.

—Hombre, ten confianza en Dios —le dijo Elisa. Yo creo que traerá la plaza. Me lo dice el corazón. Lo que pasa es que son muchos opositores y se tardan meses.

—Dios te oiga, pero...

Al fin de muchas esperanzas y no menos desasosiegos, una noche se hallaba el matrimonio cenando y suena el timbre del zaguán. Los dos esposos se levantaron automáticamente de sus asientos. D.^a Elisa baja las escaleras y abre la cancela.

—Un telegrama de Madrid, señora.

—¡Ay, es de mi hijo!

Sube corriendo y se encuentra con D. Atilano que temblaba de emoción.

—Abrelo, ábrelo, hombre.

—Espera que me ponga las gafas.

—¿Qué será, Dios mío!

D. Atilano abre el papel azul que dice así: OBTENIDA PLAZA DELEGACIÓN HACIENDA LAS PALMAS ANGEL.

D.^a Elisa cayó de rodillas ante el cuadro de la Cena que presidía su comedor.

—Gracias, Dios mío. Se le ha hecho justicia.

—¿No te lo decía yo? Ya nuestro Angel tiene el porvenir asegurado. No pensaba salir esta noche, porque está algo fría; pero iré al Gabinete para decírcelo a los amigos.

—Sí, ve y si tropiezas con el fantasmón de Santiago, el presidente del Cabildo, le sobas por los besos ese telegramita.

21

¿Cómo era la vida de Angel en Madrid? Retirada, recoleta; pero activa, sin descanso, sin domingos ni días de fiesta. Había venido por una plaza de Hacienda y tenía que llevársela, como fuera, para Las Palmas. No salía en todo el día de la pensión. Siempre sobre los libros.

Por otra parte, las pesetas no eran muchas, y había que ahorrar lo más posible. Unos paseos por el Retiro y a casita a estudiar.

Angel estaba dominado constantemente por una angustia nostálgica de su Isla. ¿Cuándo volvería a regresar a su hogar y a su ciudad?

Si caminaba por el Retiro o por Rosales, miraba en

lontananza y se imaginaba ver el mar. Aún los paisajes más agrestes y desprovistos, allá en su Isla, de toda belleza, ahora aquí, al recordarlos, le parecían bellísimos, contemplados en su imaginación. De aquí que soñara mucho, muchísimo todás las noches con Gran Canaria, sintiéndose defraudado al despertar, y darse cuenta de que eran vanas imaginaciones.

¿Y no se acordaba también de su novia, Ana María? Sí, se acordaba; pero no con la vehemencia de otros enamorados. No ansiaba acabar sus asuntos y regresar, para casarse. O, al menos, estar cerca de ella. ¿Es que Angel ya no quería a su novia? En los tres meses que pasó en Madrid, solamente le escribió dos veces, y esto, por las cartas que frecuentemente le escribía ella. Se ve que el amor de Angel a Ana María había disminuído muchísimo.

Cuando obtuvo plaza, fue tan desbordante su alegría que no sólo telegrafió a sus padres, sino también a Ana María, añadiéndole que en la semana entrante regresaba.

Y, en efecto, Angel, sin perder tiempo, hizo sus maletas y tomó con mucha alegría, el tren de Cádiz.

Cuando llevaba ya casi tres días en el «Poeta Espronceda», avista, muy de madrugada, las luces de su Gran Canaria querida, dormida tranquilamente y arrullada por las olas del Atlántico. ¡Qué hermosura de Riscos, apenas alumbrados por los faroles mortecinos de sus empinadas calles!

¡La Isleta! ¡Qué bella parece a los que regresan a su hogar, después de algún tiempo de ausencia! ¿Y el Puerto de la Luz? ¿Habrá en el mundo un puerto más elegante que el nuestro? ¡El Puerto de la Luz al amanecer! Filas de luces, aire suave, rumor de olas, gaviotas madrugadoras, falúas que se mueven en todas direcciones, un barco que se dispone a zarpar... todo alumbrado por una luz vacilante auroral. Los cargadores de muelle se despojan de sus mantas y se disponen, desperezándose, a sus tareas diarias. El agua verdosa y negruzca choca contra los muelles.

El «Poeta Espronceda» acorta su marcha, haciendo versos cortitos, en espera de práctico para atracar. Sus chimeneas lanzan mucho humo, que se espesa sobre la amplia bahía por falta de viento. Camina lento, muy lento. Sube el práctico y comienza la maniobra de atraque. Sube sobre cubierta todo el pasaje, acompañado de bulbos y maletas.

Cuando el barco se acerca al muelle de Santa Catalina, Angel observa la cantidad de gente que espera, a pesar de la hora tan intempestiva. Mira, pero no ve a sus padres, porque su retina se hallaba impresionada por otras imágenes. También la luz mañanera ayudaba poco. Al fin, ve una mano agitando un pañuelo. Se fija y ve que era su madre. Saca su pañuelo y le corresponde. Pronto divisa a su padre junto a ella. Y, por último, a Ana María y a su padre D. Clemente.

Uno de los primeros en bajar fue Angel, que se abrazó a su madre y luego a su padre.

—¿Cómo has llegado, hijo mío?

—Muy bien, mamá, con mucho deseo de abrazarlos.

D.^a Elisa lloraba de emoción. Y D. Atilano, muy sereno, dijo:

—No tanto, Elisa, no tanto. Subamos al coche.

—Esperad un poco —dijo Angel. He de saludar a Ana María y a su padre.

—Esos no podían faltar—dijo D.^a Elisa con ironía, y cogida del brazo de D. Atilano mientras se dirigía al coche.

Del Puerto a Las Palmas se habló mucho, y se hicieron muchos comentarios, aunque todos ensombrecidos por el matrimonio de Angel. Sin embargo de eso nada se habló por no turbar aquellos momentos de felicidad.

* * *

De los primeros en llegar a la casa de D. Atilano fué el director de la "Academia Canaria", Don Estanislao

Martínez, quien saludó a Angel con los brazos abiertos.

—Enhorabuena, muchacho —le dijo. Te mereces el triunfo.

—Gracias, D. Estanislao.

—Has triunfado fuera de tu Ciudad. En Madrid no hay prejuicios ni componendas, ni caciques. Muy bien. ¿Eran los ejercicios más difíciles que los del Cabildo?

—Mucho más. Y los opositores más numerosos.

—Estuviste bien, y se te hizo justicia. Allí no eras el hijo de D. Atilano Santiago. Ya lo he dicho por todas partes. En el Círculo Mercantil, en el Gabinete Literario, en la Plazuela. ¡Lástima que otros muchachos no hubieran ido también a esas oposiciones! La Academia hubiera sacado muchas plazas.

—Eso creo yo también, D. Estanislao.

—¿Verdad, muchacho?

—¡Claro!

—Oye, Estanislao —dijo D. Atilano— ¿verdad que aquí se estudia más que en la Península?

—Ya lo creo, Atilano. Ya lo creo, el joven canario tiene fama de indolente; pero eso es una gran mentira. Puede que no sea tan vivaracho y tan afarolado como el peninsular. Pero piensa mucho y razona mucho. Cuando se dice a estudiar, es difícil superarlo. Lo que pasa es que carece de medios, se halla muy lejos del palenque donde podría triunfar. Se mueve en un ambiente muy distinto, donde el comercio y los negocios y el afán de lucro y de bienestar embotan los sentidos, y ofrecen bastantes dificultades para la formación humana de la personalidad.

—¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Te casarás pronto? ¿No es eso?

—No sé D. Estanislao. Eso del matrimonio hay que pensarlo mucho.

—Desde luego; pero tu tienes novia desde los tiempos del Bachillerato y has debido pensarlo bien.

—Si... pero...

—Ya tienes resuelto el porvenir, y, casado, ya estás

más tranquilo, y creo que serás feliz. Ana María es buena chica.

—Oye, Estanislao —dijo D. Atilano— no parece sino que tienes comisión. Atente a tu Academia, y no te metas en líos de matrimonios.

—Sí, es verdad. El matrimonio es un asunto personalísimo, por lo mismo que implica una enorme responsabilidad. Y si uno lo piensa mucho, mucho... no sé lo que te diga.

D. Estanislao se levantó, abrazó de nuevo a Angel, estrechó lo mano de D. Atilano y, muy ceremonioso, se puso a los pies de D.^a Elisa, y dando chupadas a su puro salió a pasos lentos.

Y, apenas hubo salido, D.^a Elisa entró como una tromba en el recibidor:

—¿Qué se ha creído ese mercachifle de Estanislao, que le debes a él la plaza? ¡Cuidado que es tonto ese hombre! ¡Claro, sus luengas barbas, sus ojos de buitres, su rancia canariedad le autorizan para dar consejos a un hijo de familia. ¡Ahora a casarse! ¡Cómo a él le ha ido tan bien en el matrimonio! ¿Por qué no se lo dijiste, Atilano? Estanislao, y tu mujer ¿dónde está? ¡Vaya autoridad que tiene esa barba de chivo para aconsejar a un joven el matrimonio!

—Vaya, mujer, ya es bastante. Acaba de llegar nuestro Angel y ya le estás amargando la existencia.

—Es que me da rabia que este espantapájaros se dedique a dar consejos a quien no se los pide, y sin la menor autoridad para ello.

—Oye, Angel, ¿te acordabas en Madrid de los sermones de tu madre?

—La madre está siempre presente, y más cuando se está lejos de ella.

En esto se oyeron unas palmadas en la galería. Sale D.^a Elisa, y se encuentra con Fernando.

—Entra, Fernandito. Hace poco te estaba nombrando Angel.

—¿Cómo está D.^a Elisa?

—Bien. ¿Y tú?

—Muy bien. ¿Y Angel?

—Entra, entra, para que le preguntes a él en persona.

—¡Angel querido!

—¡Fernando de mi alma!

—Enhorabuena, chico, por tus triunfos en Madrid.

—Gracias, ¿y Mary Carmen?

—Muy bien. Esto, Atilano, para que hablen y comenten nuestros pontificios de la canariedad.

—¡La canariedad! Qué gran mentira en boca de nuestros prohombres. Nuestra juventud, para triunfar, tiene que salir de aquí. De esta tierra tan querida.

—Tu no sabes, Atilano, cuanto me he alegrado. Has sufrido mucho. Has pasado muchas privaciones, pero puedes estar orgulloso. Tu mérito, sin ayuda de nadie, te has conquistado tu porvenir. No de tener que agradecer toda la vida una canogía a D. Fulano o a D. Mengano...

—Eso lo he dicho yo, Fernandito. No hay mayor satisfacción que crearse uno su porvenir.

Sale D. Atilano, Quedan los dos amigos en coloquio íntimo bastante rato. Al fin, Fernando se despidió, no sin antes convidar a su amigo a pasarse un día en la Angostura, porque tenían que cambiar impresiones sobre muchas cosas, y no hay lugar más apropiado que aquel hermoso valle, testigo de muchas confidencias de los dos amigos.

Por la tarde de aquel fausto día, D.^a Elisa se echó a la calle rebotando de entusiasmo y orgullo, que no le cabía en el pecho. Marchó a casa de una de sus mejores amigas, segura de que allí encontraría también a otras. Se trataba de la casa de Serapia del Castillo. D.^a Elisa ansiaba comunicar sus alegrías. La recibió, en efecto, D.^a Serapia bastante perifollada, aunque con la sencillez y la naturalidad que le infundían su alto rango en la sociedad canaria.

—¡Oh! Elisa, pasa, pasa... No te esperaba esta tarde,

pues me han dicho que llegó tu indiano, arrogante y triunfador.

—No te burles, mujer, que el caso no es para tanto. Se ha conquistado un puestito en Hacienda. Nada mas. Los que estamos decadentes, con poco nos conformamos.

—¿Un puestito dices tu? Un puestazo, porque ya tiene la vida asegurada. A ver qué finca se puede comparar con eso.

D.^a Elisa entra en la sala de la reunión pavoneándose. Ya se hallaban dentro D.^a Carmen del Olmo, D.^a Amparo del Río, D.^a Carlota de Baungarte y otras. Al asomar D.^a Elisa, todas se pusieron en pie, propinándose sendos besuqueos, al mismo tiempo que le apretaban las manos, y le expresaban sus felicitaciones. Era lo que había movido a D.^a Elisa para salir aquel día de su casa. Recoger el humo de los saludos y parabienes. Hay personas que se alimentan de humo y una de ellas era D.^a Elisa.

Se habló mucho, muchísimo de todo. De los vestidos de Fulana, de los chistes políticos del día, de los aciertos y desaciertos de las autoridades, de las modas imperantes y de los matrimonios en ciernes.

Y fué entonces cuando D.^a Amparo del Río, que le gustaba picar un poco, le dijo a D.^a Elisa, como quien no dice nada:

—Usted, D.^a Elisa, es la que está también de boda. Como Angel tiene ya el porvenir asegurado...

—Ya hoy una visita de casa preguntó a Angel importunamente cuándo se casaba. Y no quiera usted saber la que se armó. Hay personas que gozan con gobernar las casas de los demás...

—No. No, D.^a Elisa. Yo no pretendo eso. Líbreme Dios. Sino que es público que Angel tiene una novia de toda la vida, y...

—Y eso ¿qué? También puede dejarla. Cosas de niños.

—Bien. Cuando no salió en las oposiciones del Cabildo, se dijo que era una lástima, porque pensaba casarse.

—Chismes y murmuraciones.

—Si. No lo niego. Pero ahora que tiene plaza en Hacienda...

—¿Qué?

—Que tiene el camino abierto para formar un hogar.

—¿Con la venezolana?

—¡Ah!, yo no sé. Es natural que después de tener una novia tantos años se case con ella. Es más, parecería mal que no lo hiciera, porque esa muchacha casi tiene derecho a ello.

—¡También derecho! Usted está loca D.^a Amparo. Claro. El hábito, la paciencia, la constancia, y la... No, señora, mi hijo no se casará con esa niña. Mi hijo merece mucho más, y está colocado en otro mundo social. ¿Estamos?

—Bueno, Elisa —dijo la dueña de la casa D.^a Serapia, cortando una discusión tan enojosa e insubstancial— creo que ni tu ni Amparo tienen razón. Angelito se casará con la mujer que él quiera y que ella lo quiera a él. Los demás, ni aun los padres tienen en ello voz y voto decisivo, aunque a veces tengan voz, frecuentemente inútil. Y a propósito, ¿no han oído ustedes decir que han destituido a Piernavieja de presidente del Cabildo Insular?

—Esos rumores han corrido —dijo D.^a Carlota— pero no creo que un señor tan apegado como él al cargo presente la dimisión.

—Es que D. Eliseo del Monte se ha hecho muy amigo del Gobernador. No le deja ni de día ni de noche. Los regalos llueven. Y todo, porque desea ser presidente del Cabildo. Si éste presiona mucho, puede que Piernavieja salga volando por las azoteas.

Esto mismo, es decir, este tema de política provincial se comentaba en todas las tertulias locales, especialmente en el Gabinete Literario.

Oigamos lo que dicen en el corro de D. Atilano:

—Y tu ¿qué dices, Atilano? —le espetó una tarde uno de sus amigos, con la mala intención de tirarle de la lengua.

—Te veo venir, Afrodisio. Pero no me importa expresarte mi opinión. Yo creo que a Piernavieja le está bien empleado. Piernavieja es un cobarde. Es un llevadizo. Obra según sopla el viento. Te lo diré en una palabra: Piernavieja es del último que llega, con tal que espere algo de él.

—Y, además, es injusto —picó otro contertulio. Sí, al menos, debería tener más cuidado con los candidatos canarios.

—Oye, entonces crees tu que entre un godo y un canario...

—¿No es el Cabildo Insular una entidad canaria, dirigida y regentada por canarios?

—No sé si hay algún precepto legal; pero es de equidad.

—Bueno. Dejemos ya eso. No hay mal que por bien no venga. Dentro de pocos años, tu hijo será Delegado de Hacienda.

—¿Delegado? Ministro.

—No os burleis. El chico ha trabajado mucho y ha conseguido que le hagan justicia.

—Desde luego. Y, lo que es más digno de alabanza en este joven es su punto de honor, el gran deseo de salir adelante con sus propósitos, el no hacer caso de derrotas más aparentes que reales. Eso merece todas las alabanzas y todos los aplausos. Puedes estar orgulloso, Atilano —terminó D. Martín Duque de Olivares.

—Gracias, Martín.

Y se levantó D. Atilano, colocando el bastón sobre los hombros. Los demás permanecieron sentados en sus mecedoras. D. Atilano pasó muy ufano delante de Cairasco, camino de su casa. Mientras los contertulios, muy eufóricos exclamaron entre benévolas risas:

—Adiós, Aníbal. Dale memorias al senado cartaginés.

22

Angel aceptó la invitación de su gran amigo, Fernando. Los padres de Fernando le recibieron con todos los honores. Y ambos amigos se dispusieron a celebrar el triunfo.

El día estaba espléndido en la Angostura. Ni una nube empañaba el cielo purísimo. En lontananza lucía el azul del mar. Las cordilleras de la Cumbre, con su color azulesco, servían de telón de fondo al hermosísimo valle de las Vegas. El barranco Guiniguada respiraba lozanía con su alfombra de flores y verduras. Un aire primaveral, tibio y suave, llevaba de una parte a otra el perfume de las flores. El canto de mirlos y capirotos ofrecía una sinfonía de sonidos, matizada por el zumbido incesante de los insectos. No parecía sino que la naturaleza toda se había puesto de acuerdo para dar la bienvenida al joven amigo de Fernando.

—¿No ha venido hoy Mary Carmen? —dijo Angel.

—No, —le respondió Fernando. Hoy dedicamos el día completo a tu persona.

—Gracias, querido amigo. No merezco tanto.

—¿Que nó? Tu te lo mereces todo.

—Es que no te he escrito desde Madrid ni dos letras.

—No importa. Yo sabía que no me olvidabas. Estabas todo concentrado en tu negocio.

Después de comer, opíparamente, y de saborear una taza de café, con su correspondiente habano, y de departir un rato con los padres de Fernando, éste invitó a su amigo a dar un paseo. Angel también ardía en deseos de confidenciar con el más fiel de sus amigos.

Y salieron hacia el barranco por una senda cubierta de árboles, y flanqueada de arbustos llenos de flores. Los

cercados formados en la misma vertiente del barranco lucían espléndidos plantíos de papas y maíz.

—Bien, Fernando, ¿cuándo te casas? —dijo Angel.

—Esperaba tu pregunta. Ya sabes que cuando estudiábamos Bachillerato nos prometimos mutuamente casarnos el mismo día. ¿No es eso?

—Es —respondió Angel.

—Pues bien, creo que ha llegado el momento de cumplir el compromiso. No esperaba sino que tu regresaras de la Península para plantearte el problema. Así que...

—¡Ay, Fernando, cuánto daría yo para que te asomaras al interior de mi alma y vieras cuántas corrientes opuestas transitan por mi mente!

—¿Pero es que ahora vacilas en tus relaciones con Ana María?

—Sí y nó.

—¿Es posible?

—Mi casa es un campo de Agramante. Mi madre una implacable Juno que se altera, apenas le nombran a Ana María. Ha dicho que prefiere verme muerto antes que casado con la india venezolana.

—¿Y tu padre?

—A mi padre tampoco le satisface; pero es más comprensivo.

—¿Has pensado, Angel, que tu noviazgo con Ana María es ya algo imposible de volver atrás? ¿Qué ocurriría si a estas alturas dejara yo a Mary Carmen? Una catástrofe. Y esas razones que aduces no me convencen. Creo sinceramente que la jurisdicción paterna no tiene tales profundidades. Los padres, a veces, no miran sino las conveniencias sociales, la riqueza, el rango social. Y muchas veces el mero capricho. Cosas todas externas al matrimonio. Lo esencial, creo yo, es el amor de un novio a otro.

—Comprendido, Fernando, pero no te admito la comparación de Ana María con Mary Carmen. Os moveis en otro ambiente social. ¿Cómo quieres comparar esta tranquilidad del campo con el ajetreo de la Ciudad?

—¡Por Dios, Angel! Cuando se quiere a una chica no se miran estas cosas. El amor no sabe de ambientes sociales. Los hace y los crea. No distingue entre campo y ciudad.

—¿Quieres que te diga una sola palabra? Ana María ya no me llena. La considero ya como algo extraño a mí.

—¡Dios mío, qué tragedia!

—Más vale tarde que nunca. ¿Qué quieres? ¿Que me case y que, luego, con el tiempo, me separe de ella?

—La verdad, que no me explico esta actitud tuya ahora con Ana María. Os queríais como dos tórtolos. No dábais un paso el uno sin el otro, y, ahora, te sales con estos desvíos. Convéncete, Angel, Ana María es una chica que te adora. Que conoce tu interior y piensa al unísono contigo. ¿Qué otra mujer te puede ofrecer un amor más intenso?

—Lo sé. Pero siento dentro de mí algo que me desvía de ella.

—¿La raza, tal vez?

—No, por Dios. Su color, al contrario, me atrae.

—¿Su humildad y buen carácter?

—Eso es lo que me ha hecho estar junto a ella tantos años.

—¿Entonces?

—No te lo puedo definir.

—Tal vez, tal vez que ahora durante tu viaje has tropezado con otra que te ha hecho gran impresión...

—Durante todas las oposiciones me acordaba algo de Ana María, por aquello de que la consideraba ya como algo mío, como una hermana; pero no me ocupaba de otras mujeres. Todas ellas desfilaban delante de mí, como los árboles, como los bancos, como todos los demás seres. Paseaba por la Puerta del Sol, no para ver chicas, como dicen otros, sino para distraerme, tomar un poco de aire. No. No pienses que el puesto de Ana María en mi alma lo ocupa otra mujer. Ella sigue allá dentro en su trono, pero...

—¿Te fué a recibir al Puerto de la Luz?

—Sí, y le acompañaba su padre. Cuando la ví con su rostro pálido y su sonrisa de niña en los labios, lo natural era que me diera un vuelco el corazón. Pero, no. Me alegré. Le correspondí a la sonrisa, me acerqué a ellos y les saludé, pero sin emoción.

—Es algo inexplicable.

—Es que tu, Fernando, no lo puedes comprender. Eres hombre de una pieza, como esas peñas que nos rodean. Amas con pasión a Mary Carmen. Tienes un alma sin doblez, sin dudas ni vacilaciones. No puedes hacerte cargo de que uno que es hecho de otra madera, que vive en un ambiente de falsedad y de hipocrecía, se haya contaminado de apatía y de indiferencia.

—Ya voy comprendiendo. Al fin los desdenes y sermones de tu madre han abierto brecha en tu alma. Pero esas son nubes de verano. Ya verás. Ahora, cuando te cures del «sourmenage» de las oposiciones, reanudarás normalmente tus relaciones con ella.

—Fernando, sé que tus consejos y augurios son sinceros. Dios te oiga.

—¿Lo deseas tu?

—¡Claro, hombre! ¿No voy a desear mi felicidad que es la que tu también ansías?

—Bien, ¿Quieres que hagamos un voto?

—¿Crees que en estas circunstancias, en que me hallo, son válidos los votos? ¿De qué se trata?

—Algo muy sencillito. Que nos casemos el mismo día. Ante el mismo altar y ante la misma imagen de la Virgen.

—Eso, Fernando, me parece demasiado. ¿Me casaré yo?

—Te casarás tu. ¿Tu no sabes que los monjes no pueden ser empleados de Hacienda?

—Bueno, dime. ¿En qué Iglesia y ante qué imagen?

—¿Te acuerdas de aquellas excursiones tan divertidas, que hacíamos a la Cruz de la Atalaya?

—Oye, si. ¡Qué ratos más felices! ¡Qué recuerdos más sabrosos!

—¿Y de la inscripción en los brazos de la Cruz: COMO UNA NOVELA?

—Ah, sí.

—Pues bien, tenemos nosotros que escribir un capítulo lo más de esa novela casándonos en la ermita de la Concepción.

—El plan tiene mucho de poesía. Pero me parece irrealizable. Cásate tu, Fernando. No esperes por mí. ¿Cuándo me puedo yo casar, si es que me caso?

—No digas disparates. Piensa en ello y verás que pronto te decides.

En esto iban ya llegando a la casa de Fernando, y hubo que suspender la conversación sobre el matrimonio. En el jardín les esperaban los padres de Fernando.

—Qué casa más bonita tienes.

—Que es la tuya también —dijo D. Fernando.

—Gracias.

—¿Por qué no te pasas aquí una temporada?

—Ahora menos que nunca. Ya tengo obligaciones.

El coloquio se prolongó unos minutos más, hasta que Angel vio venir el autobús y se despidió de sus huéspedes.

23

Angel cayó en Hacienda muy bien. No obstante, como era de ilustre familia fué recibido por algunos, con un poquito de prevención.

—Seguramente no está acostumbrado a trabajar —decían unos.

El tiempo les demostró todo lo contrario. Era un joven laborioso, cumplidor y muy buen compañero. Si el jefe de su oficina le encomendaba algún trabajo, lo realizaba con toda puntualidad. Cuando no entendía algo lo consultaba con compañeros más enterados y de más práctica.

—Muy bien, es el mejor elemento de mi oficina.

—Pues nos ha engañado a todos. Se ve que tiene buenos principios y que se ha ganado la plaza a pulso.

—Cierto. Son los mejores y los más eficaces aquellos hombres que se hacen a si mismos.

Y así un mes y otro mes, sin que se oyeran decir de Angel sino elogios a su honradéz y laboriosidad.

Un día se tropieza a su buen amigo Fernando, quien a quemarropa le dice:

—Angel, ¿cuándo nos casamos?

—Pero hombre, ¡que preguntas tienes!

—Ya no tienes que esperar por el empleo. Sé que has caído muy bien en tus oficinas. Que tus compañeros te aprecian mucho. No te falta sino fundar un hogar. ¿Por qué no te decides?

—¿Te ha enviado acaso Ana María, o su padre Don Clemente?

—Te engañas. Hace mucho tiempo que no veo a Ana María. Y a su padre apenas le conozco. No. ¿Tu sabes quien me manda? Mis padres que advierten la necesidad de que yo me case cuanto antes. Y ni que decir tiene que Mary Carmen quiere terminar con su largo noviazgo.

—Pero, ¿es que yo te impido que tu te cases?

—Sí. Hay un compromiso de ambos, según el cual, los dos tenemos que casarnos en el mismo día.

—¿Te lo prometí yo?

—Así lo entendí yo. Y nuestra vieja amistad así lo exige.

—Ya te dije las dificultades con que tropiezo.

—Bueno. Dentro de un mes espero que me des una fecha fija para nuestros matrimonios. ¿Estamos?

Angel desde aquel día comenzó a meditar, día y noche, en el asunto. Sus padres notaron sus preocupaciones. Apenas comía. Dormía muy poco. Contestaba a las preguntas con monosílabos.

—¿Sabes lo que pasa a Angel? —dijo un día D. Atilano a su señora.

—No sé. Si sigue así va a caer enfermo. Debe ser esa venezolana que le tiene embrujado.

—Mujer, ¿todavía tienes entre ceja y ceja a esa pobre muchacha?

—¿Pobre muchacha? Rica muchacha. Y, como es rica, que busque otro hombre.

—Elisa, ¡qué poco sabes tú de amores! Si el chico está enamorado de ella, ni tu ni yo se lo podremos quitar de la cabeza.

—Es que ahora es todo un funcionario de Hacienda, y podría encontrar otra mujer de mejor familia, más guapa y más simpática.

—¿Eres tu la que se va a casar con ella? ¿No? Pues allá él. A mi tampoco me hace mucha gracia para nuera, pero si esa es la causa de contraer una enfermedad, que se case desde mañana mismo.

—Según mis noticias, Angel ya no habla con ella. Dicen que está muy sentida.

—Sí, eso me han dicho a mi también.

—A Dios y a la Virgen les estoy pidiendo que se la quiten de la cabeza.

—No metas, Elisa, a Dios y a la Virgen en estos trotes de novios.

—Puede que me oigan, Angel es muy bueno.

—¿Sabes lo que te digo? Que con tal de ver alegre a nuestro hijo, que se case con ella mañana mismo.

—Si, hombre. Porque tu no tienes que alternar con las personas de la buena sociedad de Las Palmas.

—Padeces empacho de aristocracia. Yo también tengo que alternar con esa misma sociedad. La mejor aristocracia es la del honor, de la virtud y del trabajo. El mundo no se mueve hoy en pos de pergaminos y de escudos más o menos vacíos de contenido. La mejor aristocracia es la que uno se conquista con sus puños, sus estudios y sus desvelos. Como dice no sé que autor, cada hombre es hijo de sus obras.

Mientras, ¡cómo sufría el pobre Angel! No es que

quisiera desechar a Ana María por india, o por ser hija de D. Clemente el de Triana. No. Es que ya no sentía por ella el amor que, en un principio, no le permitía separarse de su lado. ¿Qué había pasado? ¿Su nueva situación social? De ninguna manera. El cargo no se le había subido a Angel a la cabeza. Seguía siendo el mismo joven sencillo. Sin alardes aristocráticos. Más bien era apatía y retraimiento inexplicable.

Un domingo sale con Ana María, como todos los domingos; pero sin fervor, desgano, casi por rutina. Por no faltarle. Casi, casi por compasión. Se dirigen al Parque de Santa Catalina, lugar favorito, en aquel tiempo, de los novios por su amenidad y soledad. El Parque se hallaba muy concurrido de turistas. Las mesas del Pueblo Canario se hallaban ocupadas. Grupos de turistas se entretenían en los bailes y canciones típicas. Al fin, encontraron una mesa y se sentaron. Pidieron un refresco, y mientras lo tomaban, les parecía estar inmersos como en un Nirvana. La capilla de Santa Catalina era constantemente visitada, así como el museo de Néstor. La música del folklore era, a veces, anulada por los incesantes cantos de los pájaros allí enjaulados.

—Se está bien aquí, ¿no es eso, Ana?

—Sí; pero aún podía estarse mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes tu tan bien como yo.

—Oye, pero ¡qué enigmática estás esta tarde.

—No hay nada de enigma. Cuando uno no lleva la alegría dentro del corazón, ya le pueden tocar las pande-retas que quieran.

—¡Ah! ya entiendo. Que tu no estás contenta y nada puede alegrarte.

—Exacto.

—Y ¿por qué?

—Tu me lo preguntas, Angel?

—¿Cómo lo puedo saber?

—Lo sabes, lo sabes, y...

—¿Y...? Termina la frase.

—Sí, la termino. Tu eres la causa de mi angustia y de mis preocupaciones.

—Es que, la verdad, estoy pasando por una crisis de ánimo terrible. Me siento muy deprimido. No puedo, aunque quiera, demostrar alegría y satisfacción.

—¿Causa?

—No la sé.

—Pues yo casi la adivino. Ya no me quieres, y de-seas alejarte de mí.

—Te equivocas. Te sigo queriendo, pero no puedo saltar de gozo, cada vez que te veo.

—Háblame con el corazón en la mano. ¿No estarás tu inventando una historia para entretener el tiempo?

—Es decir ¿que estoy ante ti representando una co-media?

—Algo así, Angel...

—Tu sabes muy bien que eso no va conmigo.

—Por eso, porque lo haces tan mal, se te nota inmediatamente que no pisas terreno firme. ¿Por qué no me dices de una vez que ya no me quieres?

—Porque no es cierto. Te sigo queriendo; pero dado mi estado de ánimo no te lo puedo demostrar cada momento.

—Permíteme que no te crea. ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

—Exageras, Anita, exageras.

—Es muy triste pasar años y años en relaciones con un hombre, al que se le cree fiel y sincero, y, de la noche a la mañana, perderlo, sin más ni más. Sin causa real que lo justifique. Porque, ¿qué te he hecho yo, Angel, para que me trates así?

Ana María tenía una cara de angustia y no podía seguir sentada. Se levantó de pronto. Angel quedó anonadado, y temía una escena en pleno Pueblo Canario. Emprendieron el regreso a media tarde y, por el camino, entre otras preguntas, le dijo Ana María:

—Pero dime, ingrato ¿cuál es mi substituta?

—No hay substituta. Lo sabes; pero quieres estropear-me la tarde.

Angel cogió un taxi, y llevó a Ana María a su domicilio. ¿Ruptura? Así lo parecía; pero aún quedaban anudados muchos lazos entre los dos jóvenes.

24

—¿Dónde está la señorita? —preguntó aquella noche D. Clemente, al entrar en el comedor.

—La señorita —dijo Basilisa— esta noche está cansada del paseo y tiene un poco de dolor de cabeza.

—¿Dices que le duele la cabeza?

—Sí, señor?

—¿No sabes la causa?

—¿Qué puedo saber yo?

—Tu nunca sabes nada y lo sabes todo —replicó Don Clemente. ¿Llegó muy tarde?

—No. No, señor, cuando más temprano ha llegado.

—Sí, ya me hago cargo. Riña con el novio y nosotros pagamos las consecuencias.

—¡La pobre! Bien apenada que llegó. Usted me dispense, D. Clemente, pero ese D. Angel se está poniendo imposible.

—Dime, ¿que sabes tu?

—La pobre niña se desahoga conmigo, y no quiero yo que usted se entere por mi. ¡Pobrecilla! No cesa de llorar. Ahora, según me dice, no ha sido una riña, sino una ruptura completa de relaciones. ¡Figúrese usted! ¡Después de tantos años! ¡Dios mío! ¿qué hace ahora esta niña? Menos mal que, como ustedes son ricos, se encontrará pronto otro novio.

—¿Otro novio? Veremos.

D. Clemente no cenó aquella noche. Se levantó de la mesa todo sofocado y echando lumbre por los ojos. Se le oía hablar solo. ¡Granuja, sinvergüenza, asesino! Eso no puede ser. Se quedó un rato pensando y penetró en la galería, como asediado por un pensamiento que se le ocurría. Luego se contuvo. Seguramente la mamá. D.^a Elisa, el paquidermo de D.^a Elisa. ¡Vaya aristocracia! Y su padre vendía cebollas hasta el otro día en la Plaza. Ella, ella ha caído, como una losa de plomo, sobre Angel para que no se case con mi hija. Veremos, víbora. Creo que te equivocas. Don Clemente se echa las manos a la cintura como acariciando un revólver.

Y D. Atilano ¿qué dirá D. Atilano? Claro, después de haber dilapidado toda su hacienda quiere ahora seguir repantingado en las butacas del Casino, fumando habanos, a costa del sueldo de su hijo.

Claro, un hijo de Juncalillo no puede emparentar con la "buena" aristocracia de Las Palmas. Es decir, con unos muertos de hambre. Veremos, Angel, veremos. Así como así no te zafarás de las relaciones de esta india venezolana, como la llama tu honorable mamá.

Al fin de su soliloquio, se da cuenta de que le estaba escuchando Basilisa, su sirvienta, al final del pasillo.

—¿Qué haces ahí, sierva infiel? —le dijo D. Clemente.

—Es que iba a entrar en el cuarto de la señorita; pero como su señoría estaba ahí... hasta que usted se marchase...

—¡A que yo me marchase, Celestina! A que yo me marchase. Está bien. Sigue tu camino y no te pares a oírme. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, señor.

D. Clemente apoyó ambas manos en la baranda. A veces levantaba la cabeza y miraba al cielo estrellado y la luna llena, que irradiaba raudales de blanca luz sobre las azoteas de toda la Ciudad. Algun gallo, desorientado, lanzaba al aire sus guirigay. Basilisa salió rápida hacia las habitaciones de Ana María.

Entonces, D. Clemente se acercó y abrió quedamente la puerta, diciendo:

—¿Se puede, Ana María?

—Pase, padre.

—Dime ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

—No es mas que un simple dolor de cabeza. Acabo de tomarme una aspirina y creo que se me pasará.

—¿Crees tu? ¿No sabes la causa de ese malestar?

—No sé si será el aire frío de ese Parque de Santa Catalina...

—No sé; pero yo creo que otros aires son los que te están haciendo daño a ti.

—No, padre.

—Sí, padre.

—¿A que la Basilisa te ha ido con el cuento? Apuesto a que sí?

—No es la Basilisa. Es mi experiencia, mi edad, mi gran poder de observación. Los que vamos para viejos y hemos nacido en el Juncalillo, somos muy perpicaces para ciertos detalles. Ese noviazgo tuyo tan largo tenía que parar en esto.

—¿En qué, padre?

—En que ya Angel te está haciendo ascos, y te está perdiendo cariño. No puede ser. No puede ser. Un noviazgo a la vez que pasa de uno o dos años...

—Es que Angel en eso de las oposiciones ha sufrido una crisis nerviosa muy profunda. Se enfada con todos...

—¿Incluso con su aristocrática mamá?

—Creo que sí.

—Y ¿qué ha sido lo de hoy?

—No le vuelvo a decir nada a Basilisa.

—Te repito que Basilisa no me ha dicho nada. Todo me lo imagino.

—Es que se hallaba Angel en uno de esos momentos malos y hemos roto las relaciones.

—¿Para siempre?

—Creo que no. Cosas de novios. Ya verás que dentro de unos días me escribe pidiéndome perdón.

—Eso era antes. Ahora está envanecido con sus triunfos, y querrá romper amarras y picar más alto... pero...

—Creo que no me podrá olvidar.

—¿Que nó? Ya verás. Tal vez no te olvidará, porque yo estaré detrás de ti para que se acuerde.

—¿Qué piensas?

—Mis planes me los reservo. Tu, estate tranquila. Haz tu vida ordinaria. Yo me encargaré de todo.

—Por Dios, padre, no vayas a hacer disparates. Pien-
sa en la felicidad de tu única hija.

—Siempre, noche y día, estoy pensando en ella.

D. Clemente salió de la entrevista con Ana María, tranquilo; pero meditando su plan de violencia, muy tenazmente. Las cosas habían llegado ya a un extremo en que se hacía necesaria su intervención. Si este asunto se quedara así, sin que nadie se ocupara de él, Ana María no se casaría nunca, y sería una infeliz.

Estuvo cavilando su plan, muchos días. Se sentía agobiado. Ana María entorpecía su éxitos comerciales.

—Bendito sea Dios —exclamaba el excampesino del Juncalillo. Tengo buen comercio. Tengo buen ascendiente entre mis colegas de Triana. Mi firma se extiende a un crédito de millones; pero mi casa no marcha. Esa hija mía me tiene muy preocupado. ¿No estaré yo pagando mis excesos y mis pecados de Venezuela? ¿Para qué me sirve la riqueza, si no tengo tranquilidad? En fin, no hay que desesperar. No cabe duda. Yo que he salido bien de otros trances ¿por qué no he de salir también de este conflicto familiar?

¡Qué lástima me da la chica! Ana María es buena, hacendosa, cariñosa, para mi. Merece que yo me sacrifique por ella.

¿No dicen las gentes que el dinero lo vence todo? ¡Si, si! Aquí quisiera yo ver a los acaudalados millonarios. ¡Qué mentira más grande! En fin, no meditemos más por

hoy, y charlemos un rato con los amigos, con mis buenos amigos del Círculo Mercantil. Tal vez, tal vez allí encontraré una luz que me guíe en mis tinieblas.

Y hacia el Círculo Mercantil se encaminó D. Clemente, para distraer lo mejor posible esta tarde tan sombría. Allí fue recibido con risas y buenas palabras por los socios de su peña.

—¡Hola, Clemente, qué buenos cigarros te gastas! —dijo D. Federico Milán.

—No hay nada como tener en Triana un buen comercio —dijo D. Antonio Peña.

—Y haber hecho pella en Venezuela. A Triana se va con mucho dinero en los Bancos —dijo D. Luis Castaños.

—Les agradezco esas bromas —respondió D. Clemente— pero conste que yo he llegado a Triana, después de trabajar y sufrir mucho.

—¡Ah, lo que ha sudado ese hombre! —dijo uno.

—Y lo que han maniobrado esos brazos —dijo otro.

—Y las noches sin dormir —dijo un tercero.

—Y los golpes dados a tiempo —añadió otro.

—Pero, hijos míos, ¿por qué me acosais de esa manera? No esperaba yo este recibimiento. Y menos hoy, en que me hallo preocupadísimo.

—Lo siento, Clemente.

—Dispensa, hombre.

—¿Te podemos ayudar?

—Les hablaré con toda claridad, usando de la confianza que me dispensais. Es un asunto muy serio. De índole familiar.

—Algo hemos oído también nosotros.

—¿Lo sabeis?

—Perdona, si te digo que se trata de tu hija Ana María.

—Entonces, ¿esto es del dominio público?

—No tanto; pero algo se sabe.

—Se ve que el último que lo sabe es su propio padre.

—No te apures, Clemente. Los noviazgos tan prolon-

gados tienen estas consecuencias; pero yo creo que Angel quiere a tu hija y se casará con ella.

—Yo no estoy tan seguro.

—¿Quieres que te aconsejemos algo?

—Se agradece hombre.

—Pues, mira. Mi consejo es que no te precipites. El tiempo resolverá el problema.

—Si, y mientras, Ana María tendrá que ir a un sanatorio.

—No lo creas. Angel la quiere. ¿Cuánto tiempo hace del rompimiento?

—Casi un mes.

—El caso es algo grave.

—Eso creo yo —dijo D. Clemente.

—Pues, mira. Creo que debes emplear algún remedio contundente.

—¿Cuál?

—El de provocar con él una reunión, y, mientras las lenguas hablan, te llevas la mano al sitio del revólver.

—Coincidimos, Federico, —dijo D. Clemente— coincidimos. Llevo varias noches dándole vueltas al caso, y creo que es el remedio más eficaz.

—Procura hablar con mucha sangre fría y hacerle saber con la mayor diplomacia que, si al término de un mes no se casa, tu tienes que emplear los medios más eficaces.

—Entonces se acuerda por unanimidad —dijo uno— aconsejar a Clemente el empleo de medios violentos.

—Sí; pero con mucha precaución.

—Claro. Más bien amenazas que infundan en el pillastre el temor.

—Eso.

A todo esto se hallaba presente otro de los amigos, D. Luis Salazar, que no hacía sino dar chupadas a su puro, y sonreír de vez en cuando. D. Clemente se dio cuenta de esta abstención y le dijo:

—¿Y tu no dices una palabra, Luis?

—Mi opinión no tiene importancia. Cuando te aconsejan tan buenos amigos, yo no debo abrir la boca.

—Lo que te pasa a ti es que no eres de la opinión de ellos, y por eso te callas.

—¿Quieres que te de mi consejo?

—Tu sabes que te lo agradezco mucho.

—Pues bien. Vamos a suponer que el procedimiento que todos vosotros aconsejais tenga el resultado apetecido. Que Angel, amedrentado, cae a tus pies y te pide la mano de Ana. Se casa y, al año o a los dos años, la abandona, porque no la quiere, porque ha perdido su amor. ¿Qué harías tu entonces, Clemente?

—Le daría dos tiros.

—Eso se dice facilmente, pero es más difícil hacerlo por las consecuencias fatales que ocasionaría. Si Angel no quiere a Ana Maria no es solución hacerlo casar. Los padres no quieren otra cosa, sino que sus hijos se casen, y no ven las fatales consecuencias de un matrimonio que no se ha hecho por amor.

—Así que tu crees, Luis, que este asunto debe dejarse hasta que se resuelva por sí solo?

—No. Puedes hacer algunas gestiones con los amigos de Angel, puedes pedirle a él mismo una entrevista. ¿Tu llevas amistad con él?

—Sí. Ha venido a casa alguna vez y...

—Pues abórdale un día, como quien no quiere la cosa, y, poco a poco, le sacas la conversación del matrimonio; pero nada de amenazas ni violencias, ni ademanes bruscos. Un matrimonio por coacción no puede ser feliz. Sería una desgracia para la pobre Ana Maria.

—Este consejo de Luis me parece el más acertado —dijeron uno tras otro. No cabe duda. Es el mejor.



25

Todo era alegría en la Ciudad aquel primero de abril. Día primaveral. El ambiente era suave y templado. El sol madrugaba más, besando con sus dorados rayos la plateada superficie del mar y las azoteas de las casas. Los pájaros parlotaban por los agujeros de las paredes. Un airecillo suave acariciaba los rostros.

Los hombres y las mujeres caminaban afanosos a sus quehaceres diarios. Parecían más ágiles, más activos, más eufóricos que otros días.

En cambio, el pobre Angel se movía cansino y de mala gana hacia su oficina. No siempre el hombre se siente a tono con el ambiente que respira. Aquellos días apenas comía. No hablaba sino lo indispensable. Respondía siempre con monosílabos.

—¿No comes, Angel? —le decía su madre.

—Ya he comido.

—Hijo, vas a enfermar.

—No te preocupes. Ya pasará todo.

Algunos días después le llamó su padre, y le habló claramente.

—Angel —le dijo— así no puedes seguir. Estás pálido, ojeroso. Siempre malhumorado. ¿Qué tienes?

—Nada.

—No, algo te pasa. Ese matrimonio te va a enfermar. Procura distraerte. Si no quieres casarte no te cases.

—Es que...

—Sí, comprendo. Las cosas han llegado a punto que no parece bien que vuelvas atrás. Pero ya sabes tu que el matrimonio es para toda la vida. Es preferible cortar a tiempo que vivir mal hasta que uno se muera. Tienes que tomar una decisión. Así no puedes seguir. Enfermarás.

Claro, que dejar hoy a esa chica sería para tí y para toda la familia una vergüenza. Pero...

—Eso es lo que yo pienso. Me casaré.

Lo mismo le ocurría en la oficina. Apenas charlaba con sus compañeros. Estos miraban unos para otros, y se guiñaban el ojo. A veces alguno, de los que con él más confianza tenía, se aventuraba a decirle:

—¿Qué, Angel? No lo pienses más. Cásate de una vez para que te veamos reír de nuevo.

—Qué fácil es dar consejos, Jerónimo.

—Comprendo, chico, tu situación; pero tampoco creo que es para que pongas esa cara tan trágica.

Un día sus amigos le encontraron más deprimido y le convidaron, al salir de la oficina, a tomar un aperitivo. Angel se negó en redondo, pretextando que aquel día tenía que salir temprano para el campo.

Y, en efecto, Angel toma la resolución de ir aquella tarde a la Angostura. Le planteará por última vez a Fernando su desesperada situación, y Fernando, como siempre, le dirá la verdad. Fernando le hablaba siempre con el corazón en la mano. Así creyó que le desaparecería estado de ánimo tan angustioso.

Al llegar a la casa de Fernando, éste no estaba en casa. ¡Mala suerte!

—Mira, Angel —le dijo la madre— vete a las Meleguinas que Fernando está allí regando.

Y en las Meleguinas, y azada al hombro, encuentra a Fernando.

—¡Dichoso tu, buen agricultor, que no piensas en otra cosa que en que las papas queden bien regadas para que den buena cosecha.

—¡Ah, mi querido Angel! ¿Quién te esperaba hoy por aquí? Lo podías haber dicho y no me hubieses encontrado en esta tarea.

—¡Por Dios, no te preocupes! Aquí podemos hablar, mientras riegas. En plena naturaleza se pueden disipar mejor las penas.

—¿Tienes muchas, Angel? Vamos. Hay que ser hombre. El matrimonio es un estado muy natural y puede traernos la felicidad.

—¡La felicidad! ¡La felicidad! Vaya palabra, amigo querido.

—¡Huy, cómo vienes hoy! Te lo conocí desde que llegaste.

—Estoy pasando, Fernando, por los días más amargos de mi vida. Más de una vez he pensado marcharme para América, y perder de vista esta tierra.

—Por Dios, no es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Tu sabes lo que he bregado yo para resolver el porvenir, y cuando lo he conseguido, se me presenta este gran embrollo del matrimonio.

—¿Embrollo? Yo no pienso así. Yo creo que es una solución natural y satisfactoria.

—¡Qué dichoso eres Fernando! Tu y Mary Carmen sereis felices; pero yo...

—Y tu y Ana María sereis muy felices, si quereis serlo. ¿No sientes ninguna ilusión en el matrimonio?

—Eso es lo que vengo a consultar contigo hoy, y quiero que me hables con la sinceridad del amigo de siempre. Yo, Fernando, no siento ninguna ilusión. ¿Qué crees tu que debo hacer?

—Me pones en un grave aprieto. Porque, de verdad, no puedo creerte. Eres víctima de un gran nerviosismo que debes disipar. Tu quieres a Ana María y ella te quiere a ti. Lo que pasa que este amor ha degenerado en rutina, y te ha engendrado este pesimismo y desgana.

—¿Pero tu has pensado en las consecuencias de un matrimonio hecho a la fuerza?

—Pero el tuyo no lo es. Dime una cosa. ¿Es que has visto ahora otra mujer y la prefieres a Ana María?

—No. No hay ninguna chica por medio.

—Pues no me lo explico. Antes de casarse suelen acometer a algunos unos temores y pesadumbres especiales.

—Puede que sea eso. Parece que me llevan encadenado.

—Pues, mira, yo te aconsejo que te llenes de hombría y de carácter, y echés por la borda todos esos pesimismo. Ana María te adora. Será una buena compañera. Ninguna otra te querrá jamás tanto. Yo creo que serás muy feliz.

—¿Tu lo crees de verdad?

—Sí. Si lo creo.

—Fernando, dime, ¿cuál es tu última palabra? Te lo pide tu mejor amigo. El mismo amigo que te acompañaba en la alameda de Colón, cuando esperábamos a la salida del Colegio de las Ursulinas, tú a Mary Carmen y yo a Ana María.

—¡Qué recuerdos! Pues bien, te lo diré: cástate y verás.

—Fuera bromas, Fernando.

—Sin broma. Nos casaremos el día de la Cruz en la Ermita de la Concepción de la Atalaya. Levanta la vista, hombre. Deja de mirar al suelo. Allí. ¿Ves aquella montaña? Desde allí bajaremos, tú de manos de Ana María y yo de manos de Mary Carmen, muy contentos y muy felices.

Pero estaba de Dios que Angel aquel día fuera la víctima de la fatalidad. De nada le valió la inyección de optimismo de su amigo Fernando. Hay días terribles. Días en que todo le sale mal a uno sin saber por qué.

Al regresar de la Angostura, siente que le llama alguien, al pasar por la Plazuela.

Se vuelve y observa, no muy lejos, la figura gigante de D. Clemente que se acerca dando zancadas y haciendo girar en el aire su bastón.

—D. Angel, D. Angel. Por favor, una palabra.

—Aunque sean diez, D. Clemente.

—¿Quiere usted que nos sentemos unos minutos bajo este árbol?

—Con mucho gusto.

—Gracias.

—Pues, mire, quiero hablarle de un asunto muy serio.

¿Sabe usted? Se trata de sus relaciones con la chica. En estos días se muestra inconsolable. No come. No duerme. Llora inconsolable. Yo no he podido sacarle la causa; pero Basilisa, que lo sabe todo, me dijo que la causa no es otra que usted.

—¿Yo?

—Parece que usted hace un tiempo que no habla con ella. Que se muestra muy reservado, y presiente que usted la va a dejar.

—Pero ¿cómo se pueden decir estas cosas? ¿Ana María no me conoce a mí todavía? Yo soy bastante retraído y...

—Pues no es eso sólo D. Angel. Hay una persona que me aseguró que usted no se casará con Ana María, a pesar de los propósitos hechos.

—¿Se puede saber quién es esa persona?

—No. No se lo puedo decir, porque me ha dicho que no la descubra.

—Esa persona me calumnia.

—Porque yo, D. Angel, soy más bueno que el pan; pero si me pinchan salta. Salta como un león, ¿sabe usted?

—Pues no se deje pinchar, D. Clemente.

—¿Qué dice?

—Que no debe usted creer a cualquier correveidile que invente fábulas.

—¿Fábulas, dice?

—Sí, señor.

—Me alegro, porque yo, sabe usted, aunque soy del Juncalillo, he vivido en países tan libres como las Américas, y estoy dispuesto a que nadie se burle de mi hija. Es la única que tengo y la defenderé con dientes y muelas.

—Y yo también.

—¿Usted? ¿De veras?

—Sí, señor, porque Ana María es mi prometida.

—Entonces todas esas cosas que se dicen ¿son patrañas y murmuraciones de gentes desocupadas?

—Puede estar seguro de ello.

—Me voy tranquilo. ¿Se lo puedo decir a Ana María?

—Dígaselo de mi parte.

—Choque esos cinco, D. Angel.

—Adiós, D. Clemente, y que usted lo pase bien.

Aquel encuentro en la Plazuela cayó sobre el espíritu de Angel, como una losa de plomo.

¿Coacciones también? —comentaba Angel para sí. Es lo que me faltaba. ¿Qué hacer?

26

Aquel día había transcurrido en Las Palmas como otro día cualquiera. El mismo amanecer. El mismo amanecer saludado con insistente guirigay por los gallos desde las azoteas. La misma aurora coloreando los riscos, las laderas que bordean la Ciudad. La misma brisa marina, suave y fresca. El mismo balancear de las hojas de las palmeras. El mismo regocijo de los gorriones en las palmeras y en los copudos laureles de Indias. El mismo taconeo de éste o aquel transeunte, por las calles silenciosas. El chirriar de algún carro sobre los adoquines.

Pero, el palpitar del corazón en el pecho de Angel no era el mismo de otros días. No había dormido en gran parte de la noche, pensando en el paso decisivo que tenía que dar.

—¿Qué haré, Dios mío? —meditaba. Los rumores del público me coaccionan. Fernando, mi mejor amigo, me impulsa. Hasta mi mismo padre cree que llegadas las cosas a este punto, debo decidirme de una vez. Por otra parte, se observa en el ambiente cierto furor contra mi, que no me deja vivir. Pero, ¿es que acaso es el matrimonio un acto fatal, al cual se ve uno empujado desde la infancia? ¿No puede uno casarse con quien le de la gana? Comienza uno a hablar con una chica casi de juego y en-

tretenimiento, y cuando se da cuenta, se halla cogido en las mallas de una red de donde ya no puede salir. En fin, hoy debo decidirme, y acabar con esta lucha interior. Y debo de una vez pedir la mano de Ana María y sentar cabeza. Pues Ana María sé que me quiere, y me querrá más que cualquier otra ch́ica. Me conoce a fondo. Sabe mis defectos, y creo que haré con ella un buen matrimonio. ¿Puedo a estas alturas improvisar un acto tan trascendental para la vida? No. Habrá otras mujeres más guapas, que se acercarán a mí como de aluvión; pero estoy seguro que no me harán feliz. En cambio ésta... ¿Y mi madre? ¡Ay, D.^a Elisa, D.^a Elisa! Dios no te lo pida en cuenta. Tus humos aristocráticos tienen un límite, madre mía. Ese límite es mi matrimonio con Ana María. Sea.

Y se levantó de la cama completamente resuelto. Se vistió su mejor traje. Su mejor camisa. Sus mejores calcetines.

—Este es para mí —dijo— un día histórico.

Bromeó con su madre durante el desayuno sobre asuntos triviales.

—Pero, Angel, parece que vas hoy de pontifical a la oficina. ¿Quién viene hoy a Hacienda?

—Hoy es un día grande, madre.

—¿Por qué?

—Porque nos visita el Archipámpano de las Indias.

—¿Quién es ese señor?

—Eso. El Archipámpano de las Indias.

—Tú siempre con tus bromas.

—Es que después de la oficina, vamos a casa de un amigo para felicitarle la onomástica.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—D. Propercio.

—¡Jesús! ¡San Propercio! En mi vida he oído hablar de ese santo.

—Es un señor peninsular. Allá por lo visto se da este santo.

—Un santo godo, debe ser.

—¡Cuidado con los godos!, que son mis jefes, y, por cierto, muy buenas personas.

—Unos, si, y otros no.

—Lo mismito que los isleños. Hay cada isleño por esas calles, y por esos campos. Bueno, hasta las dos. Me tendrás hoy preparado un buen almuerzo.

—¿Para celebrar también nosotros el día de San Propercio?

—Pobre madre mía —dijo ya solo Angel, al emprender viaje a su oficina. ¡Si supiera! ¡Si supiera ella la granizada que se le viene encima! Cuando el hombre se case, se unirá a su esposa, y se separará del padre y de la madre, por mucho que los quiera. Tengo que formar un hogar. Así lo exige la naturaleza, la sociedad y la religión.

Aquel día, en la oficina, Angel se hallaba bastante eufórico. Hablaba y reía con los compañeros, quienes extrañaban ciertamente esta actitud tan inhabitual. Alguno llegó a preguntarle:

—Pero, Angel, ¿qué te pasa hoy? Chico, qué alegre estás.

—Hoy es día de San Propercio. ¿No lo sabías?

—¿Es tu segundo nombre?

—No, por Dios, pero suelo celebrarlo.

—Me parece, me parece... Me está dando en las narices que se trata de algo más serio.

—¿De qué?

—Estás ya decidido al matrimonio. ¿No es eso?

—Has dado en el clavo.

—¡Si tengo un instinto! Es lo mejor que debes hacer. Así, casado, se vive más tranquilo y más feliz.

—¿Más feliz? ¿Crees tú?

—¿Por qué no?

—Cuando te casas, es porque has elegido una buena compañera, cuyos afanes y deseos se sintetizan en adorarle y desvivirse para hacerte feliz,

—Eso, en teoría.

—Y en la práctica, chico. Creo que tienes relaciones

con tu novia desde que erais unos críos. Así os conocéis mutuamente y congeniareis el uno con el otro.

—Teoría, repito. Porque has de saber que últimamente he pasado unos ratos terribles, hasta el punto de hallarme arrepentido del matrimonio.

—Nada. La historia de siempre. Cuando se acerca la hora...

—Entonces, tu me aconsejas que vaya al matrimonio tranquilo. Sin titubeos y...

—Desde luego. Bueno, el jefe viene por allí, y nuestra plática ha sido larga. Hasta luego.

Al salir de la oficina, Angel marchaba hacia su casa como atontado. Sin quitar los ojos de la acera. A paso lento, como presa de una honda preocupación. Lo que demostraba que la procesión de pesimismo aún seguía discurriendo por su alma, con un cortejo de imágenes más o menos pavorosas. Cuando más ensimismado estaba, le toca por la espalda su padre que le vio pasar por la Plaza de Cairasco. D. Atilano estaba sentado en las butacas del Gabinete, y, al ver a su hijo, le dio un vuelco el corazón.

—Este hijo mío —se dijo— va a enfermar, si sigue así.

Angel se alegró, al ver a su padre. El encuentro le pareció muy oportuno.

—Se lo diré —se dijo. Claro que se lo diré. Le contaré todo, y él no puede, como padre, aconsejarme mal.

—Te vi, Angel, y salí para ir juntos a casa.

—Muy bien, papá, ¿qué se dice por esos mentideros?

—Nada, hijo, calma chicha. Nada para sacudir la modorra y el aburrimiento.

—Y que lo digas. Yo sigo muerto de preocupaciones.

—Tienes que casarte, Angel, para que puedas estar tranquilo.

—¿Crees que casándome viviré tranquilo?

—Creo que sí, con tal que lo hagas a gusto.

—Ahí está el punto crítico.

—¿Por qué? ¿No lo haces tu a gusto?

—Con sinceridad, padre, tengo miedo. Ana María es buena chica; pero ultimamente me parece que no estoy tan enamorado de ella.

—Eso nos pasa a todos o casi todos, cuando se acerca la hora.

—Tú, cástate. Y todo pasará.

—Esa actitud tuya me viene hoy como anillo al dedo. Yo... Yo... Yo he pensado...

—¿Qué has pensado? Habla. Dilo sin rubor.

—Que tú te veas con D. Clemente, hoy mismo, para pedir la mano de Ana María.

—Por ti hago yo todo. Pero ¿has pensado en tu madre? Me da miedo, Angel. Los humos aristocráticos de tu madre son una losa que pesa sobre mi. No se, hijo... No...

—Pues entonces no sé cómo resolver este problema.

—Me echa de la casa, Angel. ¿No puedes ir tu mismo y darle la excusa a D. Clemente de que yo estoy delicado de salud?

—El caso es que el protocolo no es ese.

—Sí, ya lo sé. Pero tu madre es un rompeprotocolos muy contundente. ¿Tu has pensado lo que sucedería cuando vaya al Roperero, y se siente en medio de aquel areópago de señoras aristócratas y oiga decir a una de ellas:

—Enhorabuena, Elisa, ya se que tu esposo ha pedido para tu hijo la mano de la hija de D. Clemente López.

—No, Angel. No puedo. Le daría a ella un ataque al corazón y sabe Dios lo que sucedería. Rompe el protocolo, y sé tu mismo el que se lo dices a D. Clemente, excusando mi presencia.

—Oye, padre ¿por qué no hacemos una cosa?

—Dime.

—Durante la charla de sobremesa, como quien no quiere la cosa, abórdale el asunto a madre.

—Por Dios, Angel. Ya sabes cómo piensa, y te expones a una rociada de impropiedades.

—No importa. Un sacrificio más.

Aquel día la comida gustó mucho. A la hora del ca-

fé, D. Atilano encendió uno de sus mejores habanos. Le brindó otro a Angel, cosa poco acostumbrada. Y, entre sorbo y sorbo de licor, y chupadas al puro, a una señal de su padre, Angel creyó que había llegado el momento oportuno.

—No se lo que pasa hoy. Todos estais eufóricos. ¿Qué ocurre? —dijo D.^a Elisa.

—Es que Angel celebra hoy una fiesta.

—¿Una fiesta? Y yo sin enterarme. La madre aquí no cuenta nada.

—No es eso, mamá. Es que...

—Estás temblando, hijo. Dime ¿qué te ocurre?

—Es que no quisiera disgustarte. Pero no hay más remedio.

—¿De qué?

—Estoy persuadiendo a D. Atilano, mi señor padre, para que vaya esta tarde a pedir la mano de Ana María.

—¡Ah, vamos! Y lo teníais tan callado.

—Como a ti te disgusta.

—Te lo digo con toda sinceridad, hijo. Es algo que no puedo pasar. Pero lo recibiré con toda resignación, como un castigo de Dios por mis pecados de orgullo. Nada, ya está. Haz lo que quieras. Tu eres el que va a vivir con ella.

—Si es un ángel —dijo D. Atilano.

—Si, me han dicho que es muy buena chica, pero...

—Pero, el origen, la familia...

—Son prejuicios, mamá. Lo importante es que sea buena esposa y buena ama de casa.

—¡Ay, Dios mío! Siento las burlas de mis amigas; pero si se trata de tu felicidad, cástate, hijo. Yo no quiero sino que tu estés bien.

—Entonces, mamá ¿no te importa que padre vaya esta tarde a la casa de D. Clemente?

—Que vaya. Son exigencias del protocolo social.

D.^a Elisa se levantó perezosamente de la tertulia. Dio un gran suspiro. Se pasó la mano por la frente y se diri-

gió a la galería. Allí, acodada sobre la baranda, estuvo un rato tapándose el rostro con las manos, y, después, pasó ante ellos con los ojos llenos de lágrimas.

Mientras, Angel se puso al teléfono y llamó a la casa de D. Clemente. Respondió Basilisa:

—El señor no ha llegado todavía.

—¿Está la señorita Ana María?

—Sí, señor. ¿De parte de quién?

—De parte de D. Angel.

—¡Ah!, si señor. En seguida.

—¿Eres tu Ana María?

—Sí. ¿Cómo ha sido eso hoy?

—Para oír tu voz, mujer, que se percibe estupendamente a través de los hilos.

—¿Necesitas a papá?

—Sí.

—Pues no ha llegado.

—Oye, dime. ¿A qué hora estará esta noche en casa?

—A eso de las ocho u ocho y media.

—Es que mi padre quiere hablar con el tuyo sobre un asunto muy serio.

—¿Para qué, Angel?

—Ya lo sabrás. ¿Lo recibirán ustedes o no?

—Claro que sí. Pero mientras me tienes con el alma en la boca.

—Se trata... en fin, ya lo sabrás esta noche. Yo acompañaré a mi padre y charlaremos un rato.

A la hora convenida sonó el timbre en la casa de Don Clemente. Basilisa les abrió muy sonriente y les introdujo en el recibidor lleno de luz y esplendor. A poco entró D. Clemente con ambas manos extendidas, la boca abierta resplandeciente de orgullo y las palabras saliendo a borbotones, y peleándose con las interjecciones de alegría y de sorpresa. ¡Qué visita tan inesperada —diría para sus adentros D. Clemente— cuando hace unos días me estaba yo armando caballero de todas las armas para defender la inocencia y la justicia! Así son las cosas del mundo.

En un momento cambian y a veces sin haber razones para que justifiquen el cambio.

—¡Tanto bueno por mi casa! —exclamó D. Clemente por decir algo.

—Ya usted puede ver —le respondió D. Atilano, sonriente y a tono con las circunstancias; pero más dueño de sí mismo que D. Clemente, y con más naturalidad. Al fin D. Atilano era hombre de principios y supo darle tono al protocolo.

—Qué —dijo D. Atilano— ¿cómo vamos de negocios?

—Bien. No me puedo quejar. A pesar de la crisis que padecemos, mis asuntos marchan bien. ¿Y por su casa?

—Bien. Se vive, se vive.

Y mientras, Angel y Ana María, cohibidos y temblorosos contemplaban la escena desde un ángulo del recibidor. ¿Cómo terminaría aquello? —decía para sí Angel. A ver qué propósito trae esta gente —decía Ana María.

Fue D. Atilano, después de algunos lugares comunes, pálidos e imprecisos; quien orientó la visita con decisión y naturalidad.

—Bien. Bien. ¿Con que Ana María dicen que vas a ser mi nuera muy pronto?

—Si Angel quiere...

—Vaya si quiere. Como que me ha traído hoy por delante, para pedir tu blanca mano.

—Más claro el agua, hija mía —dijo D. Clemente.

—Ahora, D. Clemente, usted tiene la palabra.

—A mucho gusto mío, D. Atilano. Son muchos años de noviazgo, y conviene dar efectividad matrimonial a esas relaciones.

—Angel no ha podido hacerlo antes, porque no había resuelto su situación. Ahora es un empleado de Hacienda, con buen sueldo y buena residencia, y puede fundar un hogar.

—Eso creo yo. ¿Han pensado en la fecha de la boda?

—Dentro de un par de meses. Hay que buscar casa y amueblarla, y resolver algunos problemas más.

—Bien. Bien. Y a todo esto no le he ofrecido un habano de los auténticos de Cuba que guardo yo para ocasiones como ésta.

D. Clemente se levantó y trajo de su despacho una flamante caja de puros.

—Este para ahora, y este otro para esta noche, después de la cena. Lo mismo para ti, Angel.

—Gracias.

—Muchas gracias.

Y mientras D. Atilano le cortaba la punta al habano, Angel metiendo en el bolsillo los suyos, dijo:

—Creo que debo decirles que mi gran amigo Fernando y yo tenemos pensado y prometido casarnos el mismo día, y en una Ermita que, por muchas vueltas que le den ustedes, no atinarán con ella.

Ana María dejó asomar a su rostro una sonrisa de satisfacción. Se agolpaban a su imaginación los días más felices de su vida.

—Concretaré. Ya saben ustedes que Fernando Lozano y Mary Carmen Alvarez, y nosotros dos, hemos sido parejas de novios desde nuestra primera juventud. Hicimos algunas excursiones a la Cruz de la Atalaya, en Santa Brígida, y allí, pasamos unas tardes deliciosas. Nos sucedieron allí cosas muy peregrinas y prometimos ante la Virgen de la Concepción, que se venera en una Ermita muy antigua y muy mona, que nos casaríamos juntos allí, y pensamos cumplir esta promesa.

—Muy bien, hijos míos —dijo D. Atilano.

—Yo, encantado también —dijo D. Clemente.

—Bueno, Angel, —dijo D. Atilano— creo que ahora tu no me acompañas. Yo me iré un ratito al Gabinete, con algunos amigos que ya me estarán esperando. Hagamos votos por la felicidad de nuestros hijos.

—Adiós, D. Atilano, y que todo sea con felicidad.

--D. Clemente despidió en la puerta a su huésped, y Angel continuó un buen rato más en el recibidor con Ana María.

27

Una espléndida primavera estaba a punto de estallar en todo el Centro de la Isla. Los pájaros la anunciaban con sus madrugadores cantos. Los insectos con el ir y venir de sus sonoros vuelos sobre la policromía de las flores. El aire, cada vez más suave y tranquilo.

Los Olivos. ¡Qué maravilloso el inmenso anfiteatro de las Vegas! ¡Qué exuberante, al terminar en el bellissimo valle de los Olivos!

En los Olivos se levanta la hermosa casa, de construcción canaria, de D. Pedro Alvarez, casa que está ahora recibiendo una amplia reforma, con motivo del matrimonio de su hija Mary Carmen. Hubo que ampliar corredores, que levantar tabiques y formar más habitaciones, para que la hija, dentro de la casa, tuviera cierta autonomía de movimientos e iniciativas.

Era domingo. D.^a Lorenza, al salir de Misa, se tropieza con una vecina.

—¿Qué, D.^a Lorenza, por fin, se casa Mary Carmen?

—Sí, señora. Se casa. Tanto la familia de Fernando como nosotros así lo deseábamos.

—¡Claro, tanto tiempo de relaciones!

—Esto se podía haber realizado hace tiempo; pero Fernando tuvo que esperar por su amigo Angel. Habían prometido casarse el mismo día.

—Está muy bien. Son amigos de la infancia y se quieren mucho.

—¿Y D. Angel celebra también la boda en su casa?

—Sí, también.

—¿Cómo le va a caber tanta gente?

—Sí caben. Angel trae poco acompañamiento, y nosotros no invitamos sino a personas de nuestra intimidad.

—¿Dicen que se casan en la ermita de la Concepción?

—En eso están. Parece que hay ciertas dificultades, como allí no se celebra culto; pero el canónigo, que viene a bendecir su unión, espera conseguir el permiso.

—¡Ah, viene un señor canónigo a casarlos!

—Sí, D. Ernesto Quevedo, que es el capellán del Colegio donde se educó Angel.

—Bien, pues será una boda de rumbo.

—No. Nada de rumbo, ni de lujo, sino una boda especial, como conviene a dos amigos íntimos.

—Lo importante es que sean felices.

—Así lo quiera Dios.

Al llegar D.^a Lorenza Ruano a su casa se encontró a Mary Carmen muy atareada, pero sonriente. Mary Carmen sentía una gran alegría. Y, mientras se dedicaba a ayudar a su sirvienta, a las tareas de limpieza, preparación del desayuno, etc., entonaba algún canto canario, de los que era muy entusiasta.

—Estás muy contenta, Mary Carmen —le dijo su madre al llegar de la Iglesia.

—Sí, madre, muy contenta.

—¿Has preparado la sala de visitas?

—¿Qué? ¿Espera a alguna señora?

—¿Alguna? Muchas. Toda la plana mayor de Santa Brígida. La señora del Alcalde, del Secretario, del Farmacéutico... y otras de lo más granadito del pueblo.

—¿Anunció el señor Cura mi matrimonio?

—Sí, y cuando leía las amonestaciones más de cien ojos se fijaron en mí.

—¡Qué curiosos!

—Las cosas son así, hija. En estos pueblos un matrimonio es un acontecimiento.

—Vamos a ver esos regalos...

—Sí, desde esta tarde, vendrán una a una o de dos en dos, para llenarnos la casa de cachivaches.

—Prepararemos el almuerzo cuanto antes, pues me

han dicho que este pueblo es muy novelero. Yo he dado parte de boda a muchísima gente.

—Por cierto, Mary, que D.^a Eulalia, la señora del Secretario, la primera visita que yo tuve al llegar a este pueblo, me alabó mucho tus tarjetas. Me dijo que rompen con el estilo que aquí en este pueblo se usa. Y que están muy bien. Y que ha oído decir a otras chicas que las imitarán cuando llegue la ocasión.

—¡Pobre D.^a Eulalia! Ya chochea. Siempre le ha gustado hablar demasiado; pero, ahora, parece una cotorra.

—El día que caiga por aquí...

Se acercaba el mediodía. El nerviosismo iba en aumento en la casa de Mary Carmen. Mientras madre e hija se ocupan afanosamente en las tareas domésticas, Don Pedro, el padre, llega a casa después de haber inspeccionado las cuadras de los animales, y de haber recorrido por segunda vez toda su finca, recreándose en la lozanía de los frutos, en los brotes de los árboles... Aquel año había injertado más de un ciento de perales, que tan sabrosos frutos dan en Santa Brígida. El se complacía en ir viendo uno a uno los injertos. Algunos rompían en hojas, pero algunos en hojas y flores. Pocos no habían brotado. Tal era la mano del injertador Chanito, muy popular en este pueblo por su pericia.

Al llegar a su casa preguntó:

—¿Ya está la comida, Lorenza?

—¿Tantas ganas traes?

—Pues, así, así. El día está espléndido, nuestros campos alegres y llenos de sol, nuestras cuadras muy tranquilas, y creo que en casa todo marcha bien. ¿Quién no tiene apetito en día así?

Y toda la familia se sentó a la mesa y comió con gran apetito y sana alegría.

* * *

Apenas se habían levantado de la mesa, oyen en el patio unas palmadas muy finas. Asoma Mary Carmen a la galería:

—Una visita Mary Carmen —le responde Ana María que venía acompañada de Angel.

—¡Cómol! ¿Sois vosotros?

Ana María y Angel habían llegado para pasar junto a sus amigos el último domingo de solteros.

Inmediatamente se improvisa en el corredor un servicio de café. El corredor ofrecía unas vistas maravillosas. El valle en pleno de las Vegas. Allá en la cabecera del mismo, la Cumbre recortada en el azul purísimo del cielo, con sus crestas grises y claras. Y, frente a la casa de Mary Carmen, un bellissimo jardín de árboles y flores. Más lejos, huertos de papas sobre los que volaban juguetonas enjambres de mariposas. Una espléndida tarde de abril.

—Se vive muy bien aquí, D. Pedro —le dice Angel al padre de Mary Carmen.

—Sí, pero, a veces, nada más que regular. ¿Lo dices por el día? Desde luego, hoy está un día magnífico. Pero esto no es siempre.

—Hace dos días —dijo D.^a Lorenza— el viento y el agua no permitían asomar las narices por ninguna parte.

—Así es el campo —añadió Ana María.

—Un día bueno y otro peor —dijo Mary Carmen.

—¿Qué? ¿Vienen ustedes hoy a despedirse de la soltería? —dijo D. Pedro.

—Y pasar el día entre tan buenos amigos —dijo Angel.

—Y a ponernos de acuerdo en muchos detalles del día tres de mayo —dijo Ana María.

—Ahora no se piensa en otra cosa —dijo D.^a Lorenza.

—Dios quiera que todo sea con felicidad —dijo Don Pedro.

Se sirvió el café y una copita de licor. En esto hace su aparición Fernando en un extremo del jardín.

—Pasa, hombre —le dijo Mary Carmen. Nunca es tarde si la dicha es buena.

—¿Llego tarde? —dijo Fernando.

—Eso parece —dijo D. Pedro.

—Es que me cogió un amigo del pueblo, y casi no me separo de él.

Mary Carmen se levantó, trajo una silla y un servicio de café, para su prometido.

—¿Qué se cuenta, Fernando? —dijo Angel.

—Que cada vez nos queda menos.

—¿De qué?

—De libertad.

—¿De libertad? —dijo D. Pedro. Aunque os caseis sois siempre libres.

—No es lo mismo, D. Pedro. El hombre casado se ata a su casa y a su mujer, y a los hijos que Dios le quiera dar.

—Pero esas ataduras —dijo D.^a Lorenza— son muy dulces, y cuando se vive honestamente, como vosotros, siempre el hombre se siente más responsable y más libre.

—Usted lo ha dicho, D.^a Lorenza. Más responsable. Es decir, con más peso sobre su alma —dice Fernando.

—Pero el amor suaviza mucho esa carga, hijos míos —dijo D. Pedro.

—Dejemos esas meditaciones para otro día. Ni el día, ni el ambiente, ni las circunstancias, permiten hoy tanta seriedad.

—¿Qué, Mary Carmen, has recibido muchos regalos? —dijo Ana María.

—Pocos, muy pocos. ¿Y tu?

—Yo, menos que tu.

—¿Por qué?

—En la Ciudad se hace necesario frecuentar mucho la sociedad, y yo no salgo de casa. Tengo algunas amistades, pero pocas.

—Si, eso es cierto. Pues aquí la gente es menos generosa que en Las Palmas. Un platito, unas jarras, unos vasos, y para tu de contar.

Y a los contertulios le cogió la noche en estas charlas insubstanciales.

27

El paisaje en torno a la Ermita estaba bellissimo. Era primavera; pero una primavera fulgurante. Las laderas ofrecían vivísimos verdes de todos los matices. Las sementeras eran alfombras hermosísimas, resaltando el tono rojo vivo de las amapolas. En este concierto de colores no faltaba el cantar cadencioso de los pastores, armonizado por el trino de los pájaros y el zumbido de los insectos. Himno grandioso de la naturaleza, respirando vida y amor. Amarillo de retamas y rosado de mayos.

Y en medio de tan exuberante naturaleza la Ermita, que corona las lomas, tranquila y estática, como esperando la escena que estaba preparándose días antes.

D.^a Clotilde y algunas jóvenes de la localidad vestían de fiesta la Ermita. Era una fiesta grande y desusada.

El tres de mayo amanece esplendoroso. Desde las primeras horas acuden al monte de la Atalaya gentes de Santa Brígida, que no quieren perderse el espectáculo. Otros suben hasta la Cruz para inundarla de flores. Se oyen cohetes y se ven romeros arrodillados para besar la Cruz.

Es un día movido. ¿Cuándo se ha visto en esta montaña el espectáculo de dos bodas, en el silencio de tan apartada Ermita?

Es la primera vez y esto por privilegio especial a D. Eliodoro Sánchez Silva, amigo las familias de los novios.

Era D. Eliodoro un señor alto, fornido, bonachón,

campechano. Para todos tenía miradas de benevolencia y una broma a flor de labios.

—Me han sacado ustedes hoy de mis casillas —dijo a los novios al llegar.

—¿De sus casillas? De sus palacios, D. Eliodoro —dijo Angel.

—Y le hemos hecho venir a nuestras casillas —dijo Fernando.

—El día está muy bueno —dijo D. Atilano.

—Espléndido. Y desde aquí se ve un panorama maravilloso. Estamos aquí, como dioses en medio de flores. ¡Esas amapolas! ¡Esos árboles! Alfombras naturales maravillosas.

—¿Se fija, D. Eliodoro? Vea usted todo el caserío y los viñedos del Monte Lentiscal. Más acá la Caldera de Bandama. Por el otro lado el Puerto de la Luz, y, aquí, junto a nosotros, el caserío de la Atalaya.

—¿El caserío dices, Angel? Será el cueverío. Es un barrio troglodita. De lo más típico de la Isla.

—Por este lado el Barranco de la Atalaya, y ahí, debajo de nosotros una pendiente, mejor, un risco muy pronunciado.

—Magnífico, magnífico.

—Y ahora le falta a usted, D. Eliodoro, el paisaje humano —dijo Fernando.

—¿El paisaje humano? Este que nos rodea. ¿No es eso?

—Hombres, mujeres y niños de todas condiciones y clases —le dijo Fernando. Pero ahora quiero yo presentarle el alma de estos parajes. A D.^a Clotilde, el ama y patrona de la Ermita, y de toda esta Capellanía.

—Ya la conocía. ¿Quién no conoce a D.^a Clotilde la de la Atalaya?

—Por Dios, señores, me abruman ustedes con sus elogios —dijo D.^a Clotilde. Soy una humilde mujer, que cuida esta casa del Señor. Nada más.

—Y, además, una santa.

—Sí, una santa.

—¡Jesús! ¡Jesús! Ustedes deliran. Pecadora, muy pecadora.

—Bueno, —dijo D. Eliodoro— creo que basta ya de prólogo a esta ceremonia que vamos a celebrar en plena naturaleza.

Y D. Eliodoro, con ademán resuelto, penetró en la Ermita y se arrodilla ante el rústico altar. Le siguen los novios, sin atenerse a la etiqueta que se usa en estos casos.

La imagen de la Concepción, en talla, estaba bellísima. Parece que sonríe a todos. Profusión de flores, vivas y alegres, en su derredor. Algunos velones chisporrotean. D. Eliodoro, vestido con los ornamentos del caso, sale con un libro en la mano y hace señas a los contrayentes para que se acerquen. Comienza la ceremonia pidiendo el mutuo consentimiento de los novios, y alza sus manos sagradas diciendo:

—Y yo, en nombre de Dios todopoderoso, bendigo vuestra unión.

A continuación comienza la Santa Misa, en la cual comulgan los contrayentes y se realizan las velaciones. Al terminar el Evangelio, D. Eliodoro se vuelve al público, y explica el significado del sacramento del matrimonio. Su palabra es fácil, persuasiva y llena de unción. Dado el sitio y la emoción del momento, todos los que en la Ermita estaban, unieron con fervor sus preces para que los nuevos esposos recibieran la abundancia de gracias que el Sacramento confiere.

Espectáculo maravilloso, nunca visto en estas montañas, coronadas por la Cruz de la Atalaya.

Terminada la ceremonia en la Ermita, el canónigo D. Eliodoro y los nuevos esposos se trasladaron a la montaña de la Cruz. Les seguía una gran multitud. Cientos y cientos de personas, que, al llegar a la explanada del Roque de la Cruz, la contemplan erguida, alta, triunfante e invitando a los fieles a su adoración.

—Salve o Crux, spes nostra —exclamó el canónigo.

La Cruz estaba toda cubierta de flores, levantando sus brazos al cielo en medio de un coro de adoradores.

Tanto el sacerdote como los nuevos esposos, con traje de boda, caen de rodillas ante ella. El sacerdote comienza un Padre Nuestro, que es respondido por todos los fieles. Luego, junto a la Cruz, pronuncia unas palabras alusivas al acto que se acaba de celebrar en la Ermita. Mirad, hijos, —les dice— Vosotros, los que acabais de recibir el Sacramento del Matrimonio. Mirad esa Cruz. Toda ella está llena de flores. Flores que en este momento ocultan el sagrado madero, donde murió el Señor. No veis los clavos, que perforaron su cuerpo. No veis las manchas de sangre. No veis el madero desnudo, simbolo de los sacrificios del cristiano en todos los actos de su vida. No. No veis ni la sangre ni los ayes del dolor. No veis ahora sino flores por todas partes.

Pues bien, esa Cruz enramada y florecida es vuestro simbolo, nuevos esposos. Hoy para vosotros es todo alegría, todo júbilo. Pero dentro de unos días, dentro de unos meses, dentro de unos años, esas flores y esas alegrías, ese ropaje exterior de vuestra cruz se irá marchitando y secando, y el viento y el agua se llevará las hojas secas y los pétalos de las flores, y os pondrá a vuestra vista la cruz desnuda. El madero seco del sacrificio.

Así será vuestra vida. Poco a poco las penas del sacrificio y del dolor punzarán vuestras almas. Pero no desmayéis. En esa Cruz murió el Redentor y El, si se la pedís, os dará la gracia para vencer y endulzar vuestros dolores. Y, un día, vendreis a este mismo lugar de la Cruz de la Atalaya. No le encontrareis tan hermoso como hoy. Tal vez os acercaréis al sagrado madero y os llamará la atención una inscripción que se halla aquí en su brazo izquierdo que dice:

COMO UNA NOVELA.

Si, hijos míos, vuestros días, vuestros años transcurrirán como una novela. De cada uno de vosotros se pue-

de escribir una novela. Y la Providencia, en efecto, os profetiza este porvenir. Pedidle a esa Cruz que vuestra novela sea abundante en hechos gloriosos y dignos de la Cruz que hoy festejais.

Y, entonces, ambas parejas se levantaron y depositaron junto a la Cruz sendos ramos de flores, Ana María un hermosísimo manojito de claveles, Mary Carmen un precioso ramo de rosas.

Después de besar todos el santo madero, se retiraron no sin recibir muchos aplausos de los concurrentes al acto, aplausos que no cesaron hasta que subieron a los coches, que junto a la Ermita les esperaban.

Allí mismo se despidieron de D.^a Clotilde que con los ojos llenos de lágrimas felicitó a los jóvenes.

—No olvideis jamás este acto. Rogad por esta pobre anciana que hoy ha contemplado vuestra felicidad. Venid de vez en cuando a ver la Virgen de la Concepción y a esa Cruz que, desde allí, seguirá siempre contemplándoos. Adiós.

* * *

La comida de boda se celebró en casa de Mary Carmen. Sus padres se desvivían en atenciones para los convidados. En los Olivos, aquel día tres de mayo, fue un día de fiesta. Tal era la simpatía que entre todos los vecinos tenía la hija de D. Pedro Alvarez Déniz y de Doña Lorenza Ruano Pérez.

* * *

Al caer sobre el dilatado valle de Santa Brígida las sombras del anochecer, los novios, en sendos coches, salieron para el Parador de la Cruz de Tejada, donde se proponían pasar la luna de miel.

Al llegar a la terraza del Parador, se enfrentan con un espectáculo terrible. Todo un mundo de piedras y pi-

cachos, presididos por el Nublo, y alumbrados por la débil luz de una luna de cuarto creciente. Este paisaje, a eso de las diez de la noche, es algo dantesco. A nuestros jóvenes, aunque les pareció extraño, les causó profunda admiración.

¿No podía simbolizar esta extraña visión el nuevo mundo con que sus vidas habían de enfrentarse dentro de unos meses?

28

Silencio absoluto en la calle de López Botas. Siempre esta calle ha sido una de las más tranquilas de Vegueta, pero en este mes de mayo el silencio era total. No se oían las pisadas de los transeuntes, ni el chirrido de las ruedas de los carros, ni el aletear de los pájaros, ni aún el zumbido de los insectos.

D.^a Elisa, aquella tarde, se hallaba sentada en una silla, al borde de la baranda de la galería del hermoso patio canario de su casa. Caía sobre ella una cascada de sol, que reanimaba sus fríos huesos, y le daba un poco de aliento a su ánimo abatido. No obstante, repasaba los calcetines de su esposo D. Atilano, y, de vez en cuando, se quitaba las gafas y se restregaba sus cansados ojos, y se apretaba entre las palmas de las manos la cabeza, que no parecía sino que le dolía y le daba vueltas, acompañándole el bandal y toda la casa.

—¡Ay, Dios mío! —decía— ¡cuánto he sufrido y cuánto me queda por sufrir!

A su parecer no le oía nadie y sin embargo, Genoveva, sentada unos metros más allá de ella, recogió misericordiosa sus lamentos.

—Señora, no tiene por qué tomar las cosas tan a pechos. El Señor es bueno y, con el tiempo, todo pasará y volverá a su casa la alegría y la paz.

—Te lo agradezco, Genoveva. Te agradezco tus buenos deseos; pero esto no tiene remedio.

—Las cosas, señora, son como uno las coge. ¿Quién sabe si todo esto se lo manda el Señor para probarla y más tarde le enviará mayores alegrías?

—Que uno se sacrifique tanto por un hijo. Que lo críe y lo mime con el mayor cariño. Que le de una carrera. Que incluso se arruine económicamente para ponerle en condiciones de que triunfe en la vida. Que... y después le pague con la mayor ingratitud.

—Señora, los hijos cuando son pequeños son de los padres; pero, de grandes, les nacen alas, les salen impulsos de independencia y libertad, y ya los padres no pueden con ellos.

Genoveva era una viuda natural de Fuerteventura. Su marido había sido arrendatario de D. Atilano. Y en uno de los viajes, que éste dio a la isla, le encargó con el mayor interés D.^a Elisa que le trajese de allí una sirvienta.

—Pero una majorera con vergüenza —le dijo.

—Los majoreros son todos buena gente, mujer.

Y en efecto, se tropezó con Genoveva, que había envidado, había casado a todos sus hijos, y parecía una mujer seria y juiciosa. Con razón D.^a Elisa decía un día a sus amigas del Roperó:

—Hijas, he encontrado una alhaja. Por eso puedo venir aquí. El peso de la casa me lo lleva Genoveva. Ha sido una adquisición.

Tan grande era la confianza de D.^a Elisa en su sirvienta, que llegó a ser su confidente y consoladora de sus penas. Por eso en esta tarde de mayo, el día más horrible que había pasado D.^a Elisa, Genoveva no se separaba de ella, según advertencia de D. Atilano.

—Genoveva, ahora hay que cuidar mucho a la señora. No la dejes sola ni un momento. Tu que eres una mujer de experiencia, puedes consolarla e infundirle ánimo.

El día tres de mayo se había casado Angel. Todos los ruegos y súplicas de su madre fueron inútiles.

—¿Cómo quieres que te lo diga, Angelito? Te lo diré de rodillas. Te lo suplicaré.

—Madre, no me hagas escenas.

—Te vas a suicidar. Deja esa mujer. ¿No comprendes que con ella no serás nunca feliz?

Pocos días antes de la boda, el día de S. Pedro Mártir, la fiesta grande de Gran Canaria, después de comer, D.^a Elisa se sintió indispuesta. Se levantó de la mesa, pero no pudo salir del comedor. Cae al suelo. Acuden sus familiares y la sirvienta, e intentan llevarla a su dormitorio; pero ella llena de vigor, se pone de rodillas en medio del comedor y dice:

—Angel, Angel mío, no te cases. No me dejes sola. No.

No pudo decir más. Cayó de nuevo, y hubo que llevarla a la cama. Llamar al médico. Al siguiente día ya pudo reanudar sus tareas domésticas. Angel tuvo que salir de su casa aquellos días para no ser víctima de los histrionismos de su madre.

D.^a Elisa, después de unas semanas, se encontró más aliviada; y la boda de su hijo se desdibujaba más en su imaginación. Pasaron las pesadillas y no tenía sino unos recuerdos muy dolorosos. Tan eficaz había sido la compañía de Genoveva.

Genoveva era un archivo. Sabía de todo. Era una majorera típica que manejaba muy bien el lenguaje popular de las tradiciones de su Isla. Aún no llegaba a los sesenta. Era una mujer entera. Fuerte. Conocía muchas leyendas de su Isla que contaba con gracia pintoresca y viva imaginación. Tenía algunos ribetes de bruja que empleaba con suma discreción. A pesar de todo, D.^a Elisa daba crédito a ciertas supersticiones y augurios, por los cuales, con habilidad y diplomacia majorera encontró Genoveva una puerta abierta en el ánimo de su ama. Genoveva, en fin, ganó la confianza de D.^a Elisa, y se propuso hacerle la vida más grata y más amable.

—A mí me está dando, señora —le dijo aquella tarde— que el asunto de D. Angel no está totalmente perdido.

Usted recuperará a su hijo. ¿Cómo? No me lo pregunte, porque no lo sé; pero casi puedo asegurárselo.

—Genoveva, por Dios. ¿Tu crees que eso puede ser?

—Quien sabe.

—Angel está casado. Mal casado, por cierto, pero está casado. ¿Quién puede disolver el matrimonio? Nadie. ¿O es que piensas tu que la india venezolana se morirá pasado mañana? No, hija. No puede ser. Yo soy buena cristiana, ante todo, y no deseo la muerte a nadie.

—Y si él la abandona, y...

—Tampoco. Ese es un pecado gravísimo. No habría confesor que me absolviera si yo intentara separar un matrimonio.

—Todo eso está muy bien en teoría; pero de hecho, hay muchos matrimonios separados.

—No. No. No. No sigas por ahí. ¿Ese es tu presentimiento? ¡Bonita cosa! Ponte a bien con Dios. El la eligió y ahora ya no hay remedio. Que se quieran bien son mis deseos y que den hijos al mundo.

—¿Y su hijo?

—Mi hijo que cumpla con los deberes que le impone su estado. La conoció muy bien. Hablaba con ella desde los doce años. Ahora, a llevar con paciencia y con amor la cruz.

—Y que lo diga usted, señora. ¡La cruz del matrimonio! Yo viví con mi difunto, veinte años, y qué trabajos pasé.

—Pues yo llevo de casada más de treinta, y tu no puedes figurarte la de satisfacciones que he pasado con mi Atila.

—Pero D. Atilano es un santo.

—Si, un santo de carne y hueso.

—Pues yo le afirmo a usted, amita, que no se cómo, pero mis sueños, mis augurios todos, mis barruntos están todos concordes en que el señorito Angel no se pasará muchos años contemplando día y noche a esa venezolana que le ha caído en suerte. Sin ir más lejos, la noche pa-

sada de San Juan todas las pruebas que hice sobre este augurio me fueron favorables. Además, yo tengo una personita a quien visité el domingo por la tarde y le hablé de este purgatorio que usted está pasando, amita, y ¿sabe lo que me dijo?: Vamos a ver, Genoveva. Cogió una baraja. Hizo mil combinaciones con las cartas y todas las pruebas le fueron favorables para el señorito Angel.

—Pero, Genoveva, ¿qué has hecho? ¿Tu no sabes que eso es un pecado?

—Señora, con algo se ha de entretener uno. En la baraja no interviene el diablo.

—Entonces ¿quiénes? ¿Los ángeles? No seas tonta. Te prohibo que hagas esas cosas. ¿Estamos?

—Pues en Fuerteventura somos muy buenos cristianos y todos sabemos echar las cartas.

En esto sonó el timbre del zaguán. Abre Genoveva, y aparece en la puerta, muy pizpireta, y muy suficiente, D.^a Leonor Franchy, una de las mejores amigas de Doña Elisa.

—¡Huy! tanto bueno por esta casa. Sube, Leonor, sube.

D.^a Leonor, despacio y jadeante, sube la escalera y llega al corredor, donde le espera D.^a Elisa. Besos mutuos. Saludos interminables. Y, al fin, como D.^a Elisa la invitase a pasar al recibidor, la visitante dijo:

—Aquí, Elisa, estaremos más cómodas.

—Me enteré por Atilano el otro día que estabas algo delicada y he venido a verte.

—Gracias, Leonor. Mi enfermedad, querida, son nervios. Nervios, nada más.

—¿Te ha visto el médico?

—Me ha visto el gran psiquiatra, Dr. Carreño, y me recetó algunas cosillas. Total, nada. Esto no hay quien me lo quite.

—Si. Se puede quitar.

—Lo dices con tanto aplomo que...

—Las enfermedades del alma, querida, —esa tuya es una enfermedad del alma— se la puede quitar una misma.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Despreocupándose. ¿Para qué apurarse? Lo hecho, hecho está. Paseas. Te distraes. Te das buena vida. Sales con las amigas, y a vivir. El mundo es muy pesado para echárselo uno arriba.

—El mundo y los hijos. Los hijos son más pesados. ¿Y cuál es el héroe que se quita un hijo de encima? Dime.

—El buen temple. La paciencia y la confianza en Dios. Hay que hacerse superior al sufrimiento.

—La receta es buena; pero ¿quién la pone en práctica?

—Ya has oído al P. Arriaga en las sesiones del Roperero: «Arroja sobre el Señor tus cuidados y preocupaciones, y El te ayudará».

—Está en lo cierto el Padre; pero somos de barro y...

—...y demostramos poca confianza en Dios.

—No parece sino que te has traído un sermón preparado, Leonor.

—Perdona, niña, pero la Religión es tan esencial. Oye, ya sabes que el jueves hay Roperero. No faltes. Hay nuevas socias. Alguna tan rara...

—¿Si?

—Si vieras. Ha llegado una sevillanita, baja, rechoncha, habladora más que un papagayo. No se le cae de la boca su Sevilla, su Giralda, su Cardenal, su calle de las Sierpes...

—Y vosotras, con la boca abierta, recibiendo las nuevas noticias.

—Hay que ser deferentes con el prójimo, y más si es sevillano.

—A las canarias nos mira por debajo del hombro.

—Y eso que es pequeña, según dices.

—Te conviene salir de casa. Hablar con las amigas, cambiar de ambiente... Lo pasado, pasado está.

—¡Ay, Leonor! No sabes cuánto he sufrido. ¡Mi hijo único! Y sin posible recuperación.

—No pretenderás que se separe de su mujer. Eso es grave pecado. Confiésate y verás.

—Ya comprendo que lo hecho no tiene remedio, y por eso me desespero.

—Pasadas las primeras impresiones ya no está justificada esa desesperación, Elisa. No es el primer hombre que hace un matrimonio desigual. ¿Qué quieres? El mundo gira hoy así. Tu lo experimentas ahora en tu propia carne. Pero hace rato que el pueblo empuja de una manera denodada. Ya no existen barreras entre la aristocracia histórica y el pueblo. Este pueblo cada vez más burgués y más enriquecido. No hay quien le ponga diques al dinero, es decir, a Triana. Triana con sus grandes comerciantes y su plutocracia ha penetrado, pisando fuerte, por los zaguanes de la aristocrática Vegueta. Ha traspasado las escaleras de mármol, ha penetrado en los suntuosos salones y se ha sentado por derecho propio en los ricos divanes.

—Por Dios, Leonor, deliras. ¿Por derecho propio? Se ha apoderado de nuestro ambiente por la fuerza. Nosotros nos hemos arruinado y ellos suben como la espuma.

—Así. ¿Y por qué nos hemos arruinado nosotros? Porque no hemos sabido administrar nuestros bienes y nuestros privilegios.

—O porque el mundo cambia de signo.

—O porque la inteligencia y el saber han cambiado de cerebro.

—O porque ellos son más y no podemos resistirlos.

—Así que, consuélate. Aquel que ha perdido su fortuna, ha tenido que hacer una carrera, conquistar un puesto en esta nueva sociedad, dejar sus blasones y su alcurnia, y refugiarse en las filas de esa burocracia que tu abominas. Si no ¿cómo podía vivir?

—Y lo más que me duele es que mi hijo haya sentado su hogar en pleno Juncalillo, en plena maleza venezolana, en compañía de una india.

—Veo Elisa que vives aún en otro mundo. Las clases sociales hoy casi no se distinguen. Hoy lo que tiene valor no es la sangre, ni los blasones, sino el talento y el

dinero. El mundo del futuro será dominado por la Universidad y por los banqueros.

—¿Qué dices, Leonor? —le preguntó D. Atilano que trabajosamente subía las escaleras, sin que las señoras se diesen cuenta por lo embebidas que estaban en su discusión.

—¿Qué dices? —repetió sentándose entre ambas mujeres. Tu repartes el mundo entre dos herederos. y hay más. Te has olvidado de los atrevidos, los sinvergüenzas que roban a ojos vistas, los futbolistas que hacen millones dando patadas, los jugadores de bolsa...

—Pero convendrás conmigo, Atilano, que eso de la aristocracia de la sangre se va acabando.

—Exacto. Solamente Elisa y algún escapado del manicomio, no se dan cuenta de ello.

—Elisa, si no quieres sufrir mucho, tienes que cambiar de opinión.

—Eso le he dicho yo, y se lo he repetido. Angel, después de todo, no podía hacer otra cosa de lo que hizo. ¿Que Ana María es hija de un nuevo rico? ¿Y qué? Pero él no se casó con ella para ir al día siguiente a sentarse a la mesa de ese comerciante de Triana. No. Se casó para fundar su propia casa. Angel no tiene madera de zángano. D. Clemente no puede sentarse ahora en el Circulo Mercantil y decir echando humo por las narices:

—Ya tengo yerno. Un yerno que se ha casado con mi hija por el olor de mi almacén, y por la esperanza de sucederme en el negocio.

—Es cierto —dijo la señora Franchy. Angel lo ha hecho muy bien, y con dignidad. Orgullosa debieras estar, Elisa, con un hijo así.

—Eso le he dicho yo. Por lo demás, ya nos iremos acostumbrando.

—¿Y mis amigas? ¿Qué le digo yo a mis amigas?

—Tus amigas que vayan al diablo. Cada cual es libre de pensar lo que quiera.

—¿Qué podemos decir nosotras tus amigas? Que tienes un hijo moderno.

—No, porque se ha casado con una india venezolana.

—Eres más terca que un cascajo.

—El mejor médico, el tiempo. El tiempo —dijo Leonor levantándose. El tiempo lo cura todo poco a poco. Cuando Ana María traiga su primer hijo, se te va a caer la baba con él en los brazos.

Y D. Atilano, rengueando, va hasta el zaguán a despedir a D.^a Leonor.

—Adiós, Atilano, y que los nuevos tiempos nos sean leves.

—Que así sea, Leonor.

29

Este era el problema de Angel, cuando decidió casarse. Encontrar casa. Ana María y su padre D. Clemente, le propusieron vivir en casa de éste. D. Clemente tenía una gran casa en Triana. Ana María era hija única. ¿Por qué no seguir acompañando a su padre?

—Se lo agradezco, D. Clemente, pero no puedo hacer eso. Mi carácter no me lo consiente.

—Tienes un carácter raro, hombre.

—No es eso. Yo no he querido casarme antes, hasta no poder contar con recursos suficientes para vivir...

—Ya, ya. No quieres que se diga que yo te estoy manteniendo el pico.

—No es eso solamente. Es que, como siempre he sido dueño de mis actos, de ahora en adelante quiero ser también dueño de mi casa y jefe de la misma.

—Si yo soy huésped en la mía, hijo... Apenas vengo a comer...

—Ya lo sé.

—Con lo bien que viviríamos padres e hijos, dándonos mutuo apoyo en esta vida tan sola que llevamos.

—Lo sé, D. Clemente. Lo sé. Pero llegará un momento de mal humor:

—Bueno. Haz lo que quieras; pero fíjate que somos tres bichos, y que juntos viviríamos encantados.

No obstante, Angel se había trazado un plan, y no descansó hasta conseguir realizarlo. Pero, ¿cómo encontrar casa?

En la oficina le dieron la noticia de una en la calle de la Peregrina. Y allá se encaminó, sin pensarlo mucho.

La calle de la Peregrina es una calle típica de la Ciudad vieja. Calle estrecha. Apenas pueden pasar los coches. En ella entra con dificultad el sol. En invierno es bastante fría y por ella corre el viento como por un cañón. Hay muchos pequeños comercios. En cada puerta uno. La calle de la Peregrina es paso, casi obligado, para los que pasan a Triana, o viceversa. Las casas son antiguas, frías y bastante húmedas.

Angel se enteró de que la casa desalquilada era propiedad de D. Cristóbal García Palomino. Que se había desocupado hacía pocos días. Y que D. Cristóbal tenía varios compromisos. A la hora de la comida habló con su padre, pues D. Cristóbal era contertulio suyo en el Gabinete Literario.

—Cristóbal —le dijo a la hora del café— tengo entendido que tienes un piso vacío en la calle de la Peregrina.

—Sí. ¿Te interesa este piso?

—Hombre, sí.

—¿Para ti, o para Elisa?

—Ni para mi ni para Elisa. Es que Angel quiere casarse y está buscando piso.

—¡Uf! Pero Angel no es de confianza.

—¿Qué dices? Angel es un muchacho muy serio. Aca-ba de ganar unas oposiciones de Hacienda y te respondo de su solvencia y honradez.

—No sigas, Atilano. Por lo visto tu hijo tiene más cabeza que tu.

—Desde luego.

—Y además, si está en Hacienda, es de temer.

—No sigas por ese camino. Mi hijo está en Hacienda muy bien querido de sus jefes; pero no sabe dar golpes bajos, con vistas a la subida del líquido imponible.

—Me lo supongo. Pues, dile que se vea conmigo y creo que aceptará mis condiciones.

Y así fue como Angel encontró piso en la calle de la Peregrina. Tan pronto como quedó arreglado de aseos y reparaciones, Angel recogió la llave y se la entregó a Ana María.

—Ya tenemos piso —le dijo. Espero que lo harás confortable con la pingüe dote de todo un potentado de Triana.

—Así lo espero, Angel. Mi padre me lo ha prometido y es hombre que sabe cumplir sus promesas.

—Si algo te hace falta me lo dices. Yo también tengo mis ahorrillos.

No se precisaron los ahorros de Angel. D. Clemente se mostró espléndido. Se habló con un decorador y la casa de la Peregrina se transformó en una mansión de lujo, en un hogar acogedor y confortable.

Un día, al salir de Hacienda, se tropezó Angel a Don Clemente en la calle. D. Clemente era un hombre raro. ¿Nuevo rico? Nuevo rico y sin más cultura que la que da el trato de gentes y el instinto comercial, que afina los sentidos; pero que no había largado aún el pelo de la dehesa, a pesar de los años. Aún le quedaba mucho del rudo pensar del Juncalillo. Era un hombre tacaño, y se las echaba de muy social y campechano. Escribía garabatos en vez de letras y números. No leía nada, y tenía su contable para las cartas comerciales. Muy desconfiado como buen campesino. Muy egoísta, y creía que nadie sabía llevar las cosas como él.

D. Clemente, en este asunto del matrimonio de su hija, abrigaba cierto complejo de superioridad. Es decir, que su hija se casaba con un joven de la mejor sociedad de Las Palmas, y esto era digno de ser considerado. Pero, por otra parte, esta aristocracia era una aristocracia

arruinada. No tenía apenas para vivir, mientras él, procedente de una pobre familia del Juncalillo, se hallaba en plena prosperidad económica. Su firma comercial estaba muy bien cotizada.

En cierto modo, pues, él era superior a D. Atilano. Al menos podía contemplar el porvenir claro y sin nubes. Mientras que D. Atilano, el día menos pensado, se sentaría a la mesa y no tendría que comer.

Por eso, cuando la boda estaba ya planteada, D. Clemente miraba a Angel con una sonrisa protectora, que a éste le sacaba de quicio. Angel no podía digerir la superioridad de su suegro.

Un día no parece sino que Don Clemente le había aguardado en la calle por donde Angel solía siempre venir con alguno de sus compañeros.

—¡Eh, Angel! Con el permiso, señor.

—¡Oh, D. Clemente! ¿usted por aquí?

—Sí. He venido al Banco y me tropiezo casualmente contigo. Y debo aprovechar la oportunidad para que veas la casa.

—¿Ya está terminada?

—Casi, casi. Apenas faltan pequeños detalles.

—Muy bien. Pues, vamos a verla.

—La verdad, no comprendo la obstinación en no querer vivir con nosotros. Así, separado de Ana María, puede que no me halle.

—Comprendo, D. Clemente. Mi actitud no tiene nada de caprichosa. Quiero vivir en mi casa. Mandar en mi casa. Que no se diga que me caso para vivir a costa de usted.

—¿Sí? ¿Crees tu que puedes vivir sin mi apoyo?

—No solo lo creo sino que lo afirmo rotundamente. Como Dios me de salud no necesito de usted para nada. Gano buen sueldo, y en esto puede usted estar tranquilo.

—¿Sí, eh? Pero ¿estás seguro que sin las fincas de tu padre podrás salir adelante?

—Segurísimo. No crea usted que, porque mi padre se

ha arruinado, yo también lo estoy. Ni necesito de mi padre ni necesito de usted. Me basta con mi sueldo.

—¡Caramba, muchacho! Hablas con mucha suficiencia. Claro, los pocos años..

—Pocos años D. Clemente, pero bien aprovechados.

—Me alegro. Pero he de hacerte saber que son muchos miles de pesetas las que me he gastado en amueblarte la casa.

—Ya sabía yo que usted venía por ahí. Bien. Pues esos miles de pesetas no me las da usted a mí sino a su hija. ¿O es que cree usted que mi padre está obligado a dotar a su hija?

—Pero, chico, esta es una dote muy pingüe.

—¿Se la exigí yo?

—No. Pero Ana María es hija mía. Hija de un buen comerciante de Triana, y tenía que ser dotada así.

—Eso allá usted. Porque creo que no pretenderá usted que yo utilice mi sueldo en pagar la dote de su hija.

—Ni hablar, muchacho. Ni hablar. Eso está ya pagado y ya no se hable más del asunto.

En esto llegaron a la casa. Recorrieron todas las dependencias, y pudieron apreciar que, sin grandes lujos, había sido decorada con gusto. Angel aprobó todo y de muy mal humor se despidió de D. Clemente, que con una sonrisa en la boca le dio la mano y con la izquierda le dio una palmadita en la espalda.

Angel salió de allí con muy mal sabor de boca.

—Me lo habían dicho —reflexionó— pero yo no podía suponer en este hombre tanta sordidez, sentimientos tan bajos y pensamientos tan mezquinos. Mi madre tiene toda la razón. Los tuestos no dan sino tizne. ¡Pobre Angel, donde te has metido! Y llegó a pensar este tipo que yo viviera con él, bajo el mismo techo, mirándonos la cara todo el día, y aguantando sus simplezas y mezquindades. ¡Como la niña me saque la misma vena del Juncalillo, si que la he hecho yo buenal Pero no lo creo. La chica es humilde, está bien educada, y me quiere con delirio. Aun-

que no sé, no sé. Puede que alguna corriente subterránea salga a flote después de casados, y, entonces, mi vida quedará rota para siempre. En fin, Dios es bueno y sabe hacer las cosas mejor que los hombres. Pero, tal vez, tal vez, me impondrá un gran castigo ya que me caso sin el beneplácito de mis padres. Y, sobre todo, de mi madre, a quien mi matrimonio le va a costar una enfermedad. Dios mío, ayúdame. Las cosas han venido así, rodando, rodando, hasta este momento crítico en que ya es imposible volver atrás.

Como se ve, Angel tenía antes de casarse el alma despedazada y dividida por diversas contrariedades. Pero los hechos se impusieron, y su voluntad no pudo romper las conveniencias sociales que le atenazaban fuertemente.

¿Un matrimonio hecho en tales circunstancias podría ser feliz?

Si el lector me sigue leyendo, encontrará en las páginas siguientes la solución de este problema.

* * *

Pasaron las semanas de preparación de la boda, no sin que en el ánimo de Angel surgiera de vez en cuando el recuerdo de aquel encuentro con D. Clemente, como una negra sombra que se oponía a su felicidad.

—¡Qué ánimo más aplebeyado! —se decía— ¡Qué manera de ver las cosas más trivial y grosera! No puedo creer que todos estos comerciantes piensen así. ¡Y que viva yo con él toda la vida! ¡Ni pensarlo!

Vinieron las bodas. La euforia de esos días encubrió estas preocupaciones, y creyó él que todo esto pasaría, viviendo alejado de su propia casa, y haciendo una vida independiente.

Terminada la luna de miel llegaron los nuevos esposos a su confortable hogar de la calle de la Peregrina. Allí los esperaba ya Basilisa, la sirvienta de D. Clemente, con el recado de que éste pasaría por allí al cerrar el

comercio, y que esta noche, para estrenar la casa, cenaría con ellos. Ana María notó que una sombra había pasado por el rostro de Angel como si la imagen de D. Clemente le produjese un doloroso punzazo.

—¡Vaya estreno que va a tener nuestro hogar! —parece que decía.

Basilisa se movía bien y tenía todo a punto. Era una sirvienta limpia, diligente, hacendosa y previsora. Tenía mucho amor a la casa de D. Clemente. No en vano éste la trataba muy bien. Era una de esas sirvientas que le habían cogido cariño a la casa, como si fuera la propia.

D. Clemente, al llegar, demostró gran euforia y cordialidad.

—¿Cómo os ha ido por esos Tejedas, hijos míos? Abrazó a su hija y estrechó efusivamente la mano de su yerno.

—Muy bien, papá —dijo Ana María.

—¿No les aburrieron aquellas montañas, aquellos riscos y pedruscos todas las horas del día?

—Y algunas de las noches —respondió Ana María. Desde las terrazas del Parador se observa un crepúsculo maravilloso. Aquello es magnífico. No hay espectáculo que pueda comparársele. Nunca se sacia uno.

—¿Y Fernando y Mary Carmen?

—También lo han pasado muy bien.

—Nos han sabido a muy poco estos días, papá.

—¿Es que aún deseábais quedaros más tiempo? ¡Por Dios! Quince días son bastantes para la Cruz de Tejeda. ¿No bajaron algún día a Tejeda?

—Sí, pero en aquel fondo de barranco hay poco que ver.

—También llegamos una vez hasta Ayacata. ¡Qué paisaje más bello! ¡Qué riscachos!, y, sobre todos ellos, el Nublo, allá arriba, con su elegante silueta, imponiendo su magnitud y señorío a una serie de barranquillos constelados de grandes bloques de piedras.

—¿Es más bonito que Juncalillo?

—Un rato, papá; pero no te enfades. Juncalillo no es feo; pero es otra cosa.

—El paisaje del Juncalillo, si tu le quitas el cerro de Tamadaba, que tiene en frente...

—Como se ve que ustedes conocen poco a mi patria chica.

En esto se presenta en la galería Basilisa muy bien uniformada y sonriente.

—Cuando los señores gusten.

Y los señores pasaron al comedor, bien iluminado, bastante acogedor y con una mesa coronada de exquisitos manjares.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Angel? —dijo Ana María.

—Si no lo dices.

—En que pudimos haber invitado esta noche a Mary Carmen y Fernando.

—Sí, es verdad. Tienes razón.

—Es que es tan grata la compañía de estos amiguitos, que no me puedo hallar sin ellos.

—Pero es bueno que cada cual se vaya acostumbrando a su casa —dijo D. Clemente.

—Pero una noche...

* * *

¿Era buena ama de casa Ana María? Hija única, y no acostumbrada a las responsabilidades de una casa, le parecía su propia casa una pensión. Menos mal que Basilisa se dio cuenta, y pasaba con ella casi todo el día. D. Clemente era huésped de su casa, y permitía a su sirvienta que iniciara a su hija en las tareas domésticas. No obstante, llegó un momento en que Basilisa se dio cuenta de que era imposible seguir así indefinidamente, y propuso a Ana María el buscarle una sirvienta para su servicio.

—¿Quiere la señorita que yo haga las gestiones entre su familia del Juncalillo a ver si se encuentra alguna?

—Bueno, sí; pero debo contar con el señorito Angel. Obtenido el consentimiento de éste, Basilisa escribió

al Juncalillo, de donde le remitieron una muchachita llamada Demetria.

—¡Vaya nombre que tienes, hija mía!

—Si que es raro. Dice mi madre que no tenían nombres de santos para tanto hijo como les daba Dios, y cuando nací yo, abrieron al azar el almanaque, y me pusieron el nombre del primer santo que tropezaron.

—¿Tienes muchos hermanos?

—Catorce, señorita.

—¿Y cómo se hacen para darle de comer a tanta gente?

—Dice mi padre que cada uno nació con una libra de pan debajo del brazo.

—No está mal. Bien, Demetria, a ver si en poco tiempo aprendes de Basilisa todas las cosas.

—Sí, señora.

Pero apenas había una semana de la llegada de Demetria, cuando Ana María acude a una llamada telefónica de Basilisa, en que ésta le dice que se halla enferma y no puede venir.

—¡Por Dios, Basilisa!, ¿cómo me las arreglo yo hoy? La chica no me sabe hacer nada todavía. Ni yo he aprendido tampoco. Angel llega a las dos...

—Imposible ir. Me estoy cayendo de fiebre. D. Clemente tendrá que comer fuera.

—Que te mejores, Basilisa.

Ana María se echa manos a la cabeza y dice: Dios mío ¿qué comida le pongo a Angel? Voy a llamarle y le diré que si quiere ir hoy a comer a un hotel. ¿Se enfadará? Angel estaba muy tranquilo en su oficina, cuando un portero le avisa que lo llaman de su casa.

—Soy yo, Angel. Ana María.

—¿Qué ocurre, Anita?

—Nada. Que Basilisa está enferma y no puede venir hoy.

—Bueno ¿y qué?

—Que como Demetria es nueva, y no sabe mucho de cocina...

- ¿Y tu?
- Yo todavía no conozco bien tus gustos y...
- Y, entonces, ¿qué? ¿No comemos hoy?
- Yo digo que si tu quisieras ir a un hotel...
- Hijita, los hoteles son caros e incómodos.
- Pero un día...
- ¿Por un día? ¿Y mañana? ¿Y pasado?
- A lo mejor mañana viene Basilisa.
- Bueno. Ya hablaremos. Iremos hoy a un hotel, y mañana ya veremos.

30

Angel estaba muy contento en Hacienda. Su jefe inmediato D. Valentín Riaño Ibor, le consideraba mucho, y le tenía en gran estima. Y, la verdad, era que en la Administración de Propiedades ningún oficial duraba, porque D. Valentín era un personaje raro.

D. Valentín frisaba en los sesenta años. Era alto, moreno, canoso. Ojos chicos y vivos. De un carácter inquieto y difícil de contentar. Hablaba poco y observaba mucho. Se irritaba con frecuencia y por casi nada. Escupía saliva al hablar, o mandar algo. Tenía un tic nervioso que le hacía parpadear insistentemente. Repetía las palabras. Meneaba la cabeza continuamente, de tal manera que en todas las oficinas se le conocía por el apodo de *Delirium tremens*.

Dado este carácter, nadie en Hacienda quería ser oficial de su departamento. Angel comenzó con él su noviciado, y fue compadecido por todos sus compañeros.

—¿Cómo te va, Angel? —le decían todos constantemente.

—¿Qué dice *Delirium tremens*?

—Hasta la fecha muy bien. Que conste que le he caído simpático y me trata muy bien.

—Yo creo —decía uno— que D. Valentín es una bella persona. Lo que pasa es que su enfermedad y su vejez...

—Sí, su enfermedad y su vejez; pero ¿por qué ha de sufrir uno las consecuencias? —decía otro.

—Además tengo entendido que su esposa, D.^a Sinfonosa, le trata al trancazo —comentaba otro.

—Sí. Eso dicen. Que el hombre teme llegar a su casa.

—Pues, Angel, ten paciencia y aguanta un poco hasta que te llegue el sustituto.

—O la sustituta, pues tengo entendido que en la última promoción han ingresado muchas mujeres.

—Oye ¿cómo te imaginas tu a D. Valentín de jefe de una oficinista guapa y joven?

—Pues, mira, no lo había pensado; pero será un experimento bastante curioso.

—Pues tengo entendido que ya han sido destinadas a esta Delegación de Hacienda seis mujeres.

—¿A qué departamento? Están todos con la plantilla completa.

—Pero en casi todos se necesitan más empleados. El trabajo es mucho.

En efecto, a pocas semanas de esta conversación, aparece una mañana en la dependencia de la Administración de Propiedades, el Delegado en persona, con su magistral prosopopeya, que va seguido de una muchacha. Se acerca. Saluda a D. Valentín y a Angel y les presenta así al nuevo oficial:

—Aquí tienen ustedes al nuevo oficial de esta dependencia, Srta. Fidela Almogáver del Río, que desde hoy, se sentará en una de las mesas de esta oficina, compartiendo los trabajos de la misma. Sé que el trabajo que aquí se realiza aumenta cada día y hay que sacar las cosas adelante sin retraso alguno.

Entonces D. Valentín se adelanta, y haciendo una inclinación de cabeza al Delegado, dice:

—Sea usted bienvenida, señorita, y aquí estamos a su

servicio D. Angel, mi oficial, y yo. Espero que le será grata nuestra compañía.

—¿Por qué no? Tengo muchísimo gusto en compartir las tareas de ustedes y recibir sus órdenes, señor.

Y D. Valentín dio mil giros a su cabeza y diez mil guiños a sus ojos.

Cuando se marchó el Delegado, D. Valentín invitó a la señorita Almagáver del Río a sentarse en una mesa que se hallaba frente a la de Angel.

D. Valentín distribuyó entre sus oficiales las tareas a realizar; pero no le quitaba ojo a Fidela, que le había caído en su oficina como una tromba de emoción, de sorpresa y de alegría. Angel estaba también algo turulado. La belleza de Fidela le turbaba y, por el momento, se hallaba incapaz de tomar un expediente y examinarlo atentamente.

Fidela se mostraba algo tímida y cohibida al encontrarse, por primera vez, en una oficina entre dos hombres.

Pero D. Valentín recobró pronto la serenidad. O al menos así quiso demostrarlo. Y con muy buen humor, quiso celebrar aquel día no trabajando en su oficina.

—*Prima non datur* —decía acordándose de sus buenos tiempos de seminarista en el seminario de Pontevedra, donde se decía que había cursado muchos años, hasta llegar a Teología. El hombre lo pensó mucho, antes de recibir órdenes, colgó los hábitos e ingresó en Hacienda algunos años más tarde. Poco tiempo después se casó con D.^a Sinforosa de Paracuellos, que se decía le había ignorizado con sus grandes ojos e infundido el *delirium tremens*, por aquello de su apellido tan raro. No habían tenido hijos, lo que algunos interpretaban diciendo que era para bien de la humanidad.

—*Prima non datur* —repetía D. Valentín— y ahora vamos a trazar el plan de trabajos, puesto que ahora tocamos a menos. ¿No te parece, querido Angel?

—Encantado, D. Valentín.

—A la señorita, por eso de ser señorita, le vamos a dejar lo más fácil.

—Gracias, —respondió Fidela.

Hubo un amplio cambio de impresiones, y se convino en todo lo que D. Valentín proponía. D. Valentín, no cabe duda, se había humanizado con la presencia de Fidela. Parecía que era una miel.

—Claro —comentaban días más tarde algunos malignos— hay mucha diferencia entre Fidela y su esposa Doña Sinforosa.

Pero el impacto de Fidela en el ánimo de Angel había sido más profundo. Sobre el ánimo de Angel perturbado por recientes luchas, había caído un peso sentimental que le anonadaba.

Al marcharse D. Valentín, porque decía que tenía que tratar algunos asuntos con el Delegado, se quedaron solos Angel y Fidela. Y comenzaron en seguida la «buenas ausencias» del jefe.

—Oye, Angel, qué raro encuentro yo a nuestro jefe. ¿Cómo se porta contigo? Y perdona que te tutee. ¿Quieres?

—Yo, encantado.

—Pues, mira, te diré que mi primera impresión es que este D. Valentín no está del todo normal. ¿Es viejo?

—Creo que aún no llega a los sesenta. Por lo visto pasó media vida en el Seminario. Sabe sus latines y sus *atqui* y sus *ergo*... Sus ideas corren por carriles de hierro. ¿La escolástica? Y su voluntad estaba acostumbrada al ordeno y mando. Pero es buena persona. Tiene una conversación muy amena. Salpicada de anécdotas, y jamás te humilla, limitándose a sonreír y menear la cabeza, cuando no se han interpretado bien sus órdenes.

—Parece enamoradizo. ¿Verdad?

—Parece que sí; pero sin llegar a tenorio.

—Porque le veo bizquear algo, cuando me mira.

—Su señora, D.^a Sinforosa, parece que no le ha hecho muy feliz. No tienen hijos. Dicen que nunca se les ve juntos.

—A misa irán...

—No te digo. Supongo que se juntarán para los actos religiosos.

En esto se hizo la hora de salida. Recogieron papeles. Fidela saca un espejito del bolso y comienza el arreglo del pelo y del rostro. Un poco de carmín a los labios, miradas insistentes a espejo, composición de una ceja bastante rebelde y salen de Hacienda.

—Oye, Angel, ¿aquí en Canarias tienen la costumbre del aperitivo antes de ir a casa al mediodía?

—Ustedes los peninsulares nos lo han impuesto casi.

—¿Los peninsulares o los godos?

—¿Quién te ha dicho que nosotros llamamos godos a los peninsulares?

—Pues lo se desde que elegí la plaza en Las Palmas. Uno de los chicos pretendía también esta plaza, y me dijo sonriendo que vosotros los canarios nos mirábais con cierta ojeriza. Y que nos llamábais «godos». Con que, fíjate.

—Ya te irás conveciendo de que eso de la ojeriza es una leyenda. Hubo un tiempo, en que los canarios no nos movíamos casi de las Islas. Hacíamos una vida estática. No íbamos a las oposiciones y concursos que en Madrid se celebraban, y puede decirse que, en cada barco que de la Península nos venía, nos llegaba también un buen grupo de peninsulares que desplazaba de sus cargos a los canarios que interinamente los desempeñaban. Naturalmente, esto producía molestias y hasta indignación, y, entonces, les impusieron a los peninsulares el nombre de «godos». Ya hoy las cosas han cambiado mucho. El canario se desplaza de aquí para competir con el peninsular en las oposiciones, aunque ustedes, por razón de las distancias y los gastos de los viajes, nos llevan aún mucha ventaja. Ocurre también que hay muchos peninsulares que llegan aquí como a país conquistado. Pretenden ejercer algo de colonialismo. Se muestran superiores a nosotros. Se las echan de nobles y de sabios. Desprecian nuestras

costumbres, y, en todos estos casos, el canario reacciona contra ellos echándoles en cara su «godismo», y, a veces, su falsedad y soberbia.

Angel y Fidela se acercan a la barra de un bar y piden un vermut. La conversación continúa.

—Y a ti, Fidela ¿qué impresión te ha producido Las Palmas?

—Hasta ahora, magnífica. Creo que estaré aquí muy bien.

—¿Vienes sola?

—Sola.

—¿Sin novio?

—Sin novio.

—A ver si aquí te lo encuentras, y así estarás más contenta.

—Los novios son un enredo. Me gusta estar libre, y moverme con independencia.

—Eso lo dicen todas las mujeres; pero, desde que les llega un hombre, les gusta perder su libertad y su independencia.

—¿Hace mucho que te casaste?

—Aún no hace un año.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque yo no estaba entonces aquí.

—¿Te hubiera gustado asistir a mi boda?

—Claro que sí.

Angel se puso a temblar interiormente. Había captado la intención de Fidela; pero desvió la corriente mental por otra parte. Mira el reloj, e invita a Fidela a salir.

—Ya es la hora ¿verdad?

—¿Qué hora?

—La de ir a casa, porque si no tu mujer...

—Sí. Es ya la hora. No acostumbro a detenerme tanto al mediodía.

—Bien, Angel, salgamos. Yo, a mi pensión y tu al calor del hogar. ¿No es eso?

—Vamos.

Caminaban por las calles en silencio casi. Angel, aquel día, había recibido un funesto impacto en su espíritu, ya de suyo atormentado, que no le permitía mucha ecuanimidad de ánimo. ¡Pobre Angel! Angel, el valiente, que se había abierto camino, a punta de tenacidad, hasta alcanzar una buena posición social; que había luchado con todos los obstáculos interiores y exteriores, para poder casarse; que había perdido todos sus bienes y había bajado varios escalones en su posición social; que había superado la oposición de su madre para casarse con Ana María; que había perdido su puesto entre la aristocracia y se hallaba ya colocado dentro de la modesta burocracia... ahora luchaba dentro del mismo terreno que tantos sudores le había costado para conquistarlo, dentro del mismo ambiente de su ocupación diaria donde se le presentaban graves obstáculos de orden sentimental.

Fidela era un enemigo muy temible. Parecía muy lista y decidida. Dispuesta a todo. El corazón, delante de ella, le latía a Angel aceleradamente. Y el corazón nunca engaña. ¿Qué fatalidad era la que siempre le ponía obstáculos en su camino? ¿Cómo se defendería de aquella serpiente, que había irrumpido tan de repente en su oficina y que tan sinuosamente trataba de envolverle desde el principio?

31

Ana María se sorprendió gratamente, al anunciarle Demetria la visita de Mary Carmen. ¡Se pasaban tantos días sin que el timbre sonara a no ser para recibir el pan o la leche del día!

—¡Cómo! ¿Tu por aquí? —le dijo Ana María. ¡Cuánto te haces desear, amiga mía! ¡Si vieras qué sola vivo!

—¿Sola en medio de una ciudad tan populosa? No puede ser. Sola, yo, en medio del silencio del campo.

—¿Y cómo ha sido eso hoy? ¿Qué burro se querrá morir?

—Pues, mira. Se le ofreció a Fernando venir a Las Palmas a arreglar no sé qué líos de contribuciones, y, entonces, me dije: Voy yo también a charlar un rato con Ana María.

—Muy bien. ¿Y qué te cuentas?

—Comprenderás que la vida en Santa Brigida, y más en Los Olivos, es una vida muy poco movida. Las faenas de la casa. Algún chisme de barrio. Y para de contar.

—¿Eres feliz?

—En buena hora lo diga. Me siento dichosa. Fernando es muy bueno conmigo. No me puede ver sería un momento. Si me duele la cabeza no se aparta de mi lado. Nos queremos mucho. Tenemos muchas ilusiones y esperamos un buen porvenir.

—En cambio, yo...

—¿Cómo? ¿No vivís felices Angel y tu?

—No, hija, no. Desgracia, mente, no. Se equivocó Angel y me equivoqué yo.

—Pero ¿qué quereis? Teneis una casa magnífica, en una calle céntrica. Angel tiene buen sueldo. Os aprecian vuestros padres y no os dejarán pasar faltas...

—Pero, Mary Carmen, la felicidad de un matrimonio está en el amor mutuo, como antes dijiste tu. En forjarse ilusiones. En vivir soportándose uno a otro las deficiencias inherentes a la vida. En poner todo empeño en agradecer a Dios dentro de una paz familiar.

—¿Es que a Angel le sigue dominando aquella melancolía que le atormentaba antes de casarse?

—Melancolía y algo más.

—¿Sí?

—¡Qué desencanto, amiga mía! ¡Qué desencanto! ¿Qué quieres que te diga? Angel no me quería.

Ana María puso una cara muy triste, y las lágrimas

comenzaron a brotar de sus ojos. Mary Carmen sintió por ella una gran compasión. No en vano habían sido amigas de toda la vida. Compañeras en el Colegio de las Ursulinas, durante todos los cursos de su formación. Salían siempre juntas y se habían enamorado al mismo tiempo, siendo aún dos chiquillas.

—Para que tu veas, Mary Carmen, hasta donde llega mi tragedia, te voy a contar una escena íntima. Hace cosa de un mes sentí que en mi seno alentaba una criatura y me dije: Voy a darle una alegría a Angel. Y, como aquel día lo encontré de mejor humor, le dije: Angel, tengo que darte una gran noticia. ¿Buena o mala? —me dijo. Muy buena. —A ver. Que voy a ser madre. ¿Sabes tu lo que me respondió aquel corazón de alcornoque? —¿Y esa es tu gran noticia? Ni me besó, ni una caricia, ni una palabra de optimismo. No parece sino que le tienen atado a mí por una cadena muy fuerte y que no desea sino romperla.

—No digas eso, Ana María. Eso va en su carácter, que ciertamente no tiene nada de efusivo. No te niego que la anécdota se las trae. Porque cuando yo le comuniqué la misma noticia a Fernando, se lanzó a mi cuello y hasta las lágrimas se les salieron de los ojos. Pero Angel es menos afectivo. Más frío. Angel ha sufrido mucho. Ha tenido que vencer muchos obstáculos para abrirse paso y ha perdido mucha carga de afectividad. Ya verás, cuando el nene venga al mundo, que se le caerá la baba como a todos los papás.

Los dos matrimonios lo pasaron muy bien aquel día, atendidos estupendamente por Ana María, para quien la visita de su amiga fue un tónico espiritual, que le dio aliento para algún tiempo. También se trazaron planes para un futuro inmediato, cuando ambas familias fueran visitadas por nuevos miembros.

—¿Estarás muy contento, Angel? —le dijo Fernando.

—Sí. ¿Y tu?

—Yo, contentísimo. Una casa sin niños dice un viejecito de los Olivos es como un tiesto sin flores.

—No está mal; pero a veces las flores rompen el tiesto.

—Total, un tiesto menos.

Se notaba a cien leguas que Angel estaba interiormente deshecho. ¿Cómo afrontaría este hombre el largo camino del matrimonio? El lector se lo puede suponer. Así le ocurre siempre a los matrimonios que se realizan sin ilusión y sin amor.

Por otra parte, Ana María veía y callaba. Buscaba recursos para distraer a su marido y todos le fallaban. ¡Qué había que hacer, Dios mío!

Una tarde recibe la visita —Ana María tenía muy pocas visitas— de una antigua amiga, Paca Campos. ¿Qué me traerá en el buche ésta hoy? —dijo para sus adentros. Algo debe haber, cuando ella aparece por aquí. La gente se pirria por el cotilleo y por llevar malas noticias.

—¡Hola, Paca! ¿Tu por aquí?

—Mujer, tenía muchas ganas de echar un párrafo contigo. Nos vemos tan poco. Tu tienes una vida de ermitaña. No se te ve por ninguna parte.

—Tu conoces mi carácter. No me gusta callejear y huyo bastante de la vida social.

—Chica, eso no puede ser.

—¿Y qué me cuentas, Paca?

—Nada. Ya tu sabes que yo salgo poco también, y las noticias que me llegan, vienen todas con bastante retraso. ¿Sabes que se va a casar Irene Acosta?

—¿Qué me dices?

—Pues, sí. Se va a casar.

—Ya es durona Irene.

—Sí. Creo que pasa ya de los cuarenta.

—¿Y con quién se casa?

—Con un señor de alguna edad también, que acaba de regresar de Buenos Aires.

—¿Canario?

—Si, es canario. Pero se marchó a América de niño y ahora ha regresado.

—¿Rico?

—Eso dicen; pero quien sabe. Estos señores, que vienen de luengas tierras, todos vienen ricos.

—¡Cómo me acuerdo de Irene! Fue compañera nuestra en las Ursulinas; pero ella era ya una mujer, hecha y derecha, y nosotras unas pitusas. ¡Ay, cómo nos reíamos de ella una vez que la castigaron las madres a estar de pie en una de las esquinas del patio! Ella lloraba sin poderse contener, y nosotras, sin compasión alguna, reíamos.

—Si que me acuerdo de este episodio.

—¿Qué? ¿Muy contenta con lo que esperas?

—Suponte.

—¿Y Angel?

—También. Compréndelo tu.

—Me dicen que Angel ha caído muy bien en Hacienda. A compañeros y a jefes.

—Sí. El está contento.

—¿Y tu eres feliz?

—Hija, eso de feliz creo que no se hizo para mi.

—¡Jesús, mujer! No digas eso. Claro que en un hogar hay días malos, pero también días muy felices. Y más ahora con la perspectiva de un bebé.

—Si, es verdad; pero...

—¿No os queréis o no os comprendéis?

—Si, nos queremos, pero a veces no nos comprendemos.

—Procura tu perder siempre. Tener todo a punto. Ropa, comida, aseo, y, sobre todo, buena cara siempre, aunque por dentro no lo sientas. Ya sabes que Angel ha triunfado en la vida a prueba de dificultades, y debe tener algo agriado el carácter.

—No. El es bueno. Nunca me riñe.

—Hay más, Ana María. Nosotras tenemos que hacernos simpáticas. Hacernos querer del marido es muy difícil.

cil; pero es la principal tarea de una mujer. Porque, chica, hay tantos peligros por ahí... Yo no se si te lo han dicho ya. No quiero ser yo la primera...

(Ana María se puso en guardia y dijo para sí: ya sabía aquello. ¿Por qué, sino, ha venido a mi casa esta zorra hoy?).

...pero las amigas son amigas en las cosas dulces; pero con más razón en las difíciles y amargas.

—¿Qué ocurre, Paca? Pronto, dímelo.

—¿De veras que no has oído nada sobre Angel?

—No puedo adivinar a qué te refieres.

—Pues, mira. Me dijo la otra noche, Antonio, mi marido, que ha llegado hace unos meses a las oficinas de Hacienda una chica muy guapa, muy pizpireta y dispuesta a conquistar para ella, aunque sea al lucero del alba.

—¿Si?

—Y es el caso que la han destinado, precisamente, a la misma dependencia en que trabaja Angel. Me dicen que ha habido un pugilato por la advenediza entre el jefe y él... Y por lo que dicen parece que Angel ha llevado el gato al agua.

—¡Por Dios, Paca! ¿Te habrán informado bien?

—No sé. A lo mejor son suspicacias de la gente ociosa y mal intencionada. Tu sabes que la gente murmura sin piedad, y que de un mosquito hacen un camello.

(Ya has vaciado todo el veneno, picarona. Ahora me toca a mi digerirlo —se dice a si misma Ana María).

—Yo te agradezco, Paquita, tu mensaje, y así me puedo poner en guardia.

—Yo espero que todo serán habladurías y que no pasará nada.

—Dios lo quiera.

—¿Y de sirvienta, qué tal?

—Relativamente bien. He conseguido una del Junca-lillo. Simploncita, bastona; pero muy trabajadora.

—Tienes mucha suerte. A mi no me para ninguna. Todas son señoritas. No fregan por no estropearse las ma-

nos, no lavan pisos porque no pueden moverse en el suelo, no limpian polvo porque se estropean el rostro. Son repostonas. No se les puede llamar la atención. En fin, una tragedia. ¿Te hace la comida?

—Está aprendiendo. Viene la sirvienta de mi padre, casi a diario, y la dirige. ¡Pero es tan torpel!

—Pues, Ana María, me marchó.

—¿Tan pronto?

—Sí, he de ir a la reunión del Ropero del Perpetuo Socorro. No quiero perderla.

—Muy bien. Tu siempre tan devota.

—Hija, hay que hacer algo por Dios y por los pobres.

—Adiós.

—Adiós.

¡El Ropero del Perpetuo Socorro! —dijo para sus adentros Ana María. ¡Santurrona! ¡Lengua viperina! Calumniadora! Se gozan estas beatonas por sembrar suspicacias. En llevar chismes. En llevar el llanto y el recelo a los hogares. Sí, sí. Muy católica. Mucha misa. Mucha comunión y al prójimo contra una esquina.

Pero ya la piedra está lanzada y ahora a sufrir las consecuencias.

¡Una joven guapa y pizpireta en la oficina de Angel! Ya, ya. Y el muy pícaro no me ha dicho una palabra. La verdad es que desde algún tiempo a esta parte encuentro en él algo raro. Parece un sonámbulo. No habla casi. No me mira. Siente aversión por mí, y por la casa. Llega tarde y se va enseguida. No para en casa. ¿A dónde va? ¡Dios mío, Dios mío, ayúdame! No sé; pero tengo el presentimiento de que voy a perder a Angel. Inspírame, Señor, los medios para conjurar esta tragedia.

32

Querrá saber el lector qué es lo que ocurría mientras tanto en casa de los padres de Angel, y vamos a complacerle.

D. Atilano hacía su vida de siempre. Un paseo mañanero por Triana hasta llegar al Parque de Cervantes y al muelle de Las Palmas. Enfilaba lentamente el muelle, dándole vueltas en el aire a su bastón, aspirando la brisa mañanera. Contemplaba unos momentos la figura de Don Benito, se sentaba a veces sobre los bordes del muelle, presenciaba complacido, como buen canario, la entrada de algún buque que pedía práctico, se extasiaba en el panorama de la Isleta y recreaba su imaginación ante la vista de su gran ciudad, que se ampliaba a pasos agigantados.

Con mucha frecuencia coincidía en el mismo sitio con D. Procopio Cárdenes, contertulio también del Gabinete. Y, sentados el uno junto al otro, platicaban sobre el pasado y futuro de la Isla.

—No me canso, D. Procopio, de contemplar tan bello paisaje. ¡Quién vio esto y lo ve ahora!

—Que lo digas, Atilano. Yo me acuerdo cuando la carretera del Puerto era una mala carretera sobre arenales amarillentos. Un paisaje desolado. Un viaje al Puerto en tartana costaba muchos suspiros.

—Yo, también. No había casas. Se veía alguna que otra choza. Algunas palmeras y bastantes dunas de arena, contenidas por tarahales acá y allá.

—Pues, mira, hoy. Las casas del Puerto a Las Palmas forman casi una sola calle. El Puerto, lleno de chimeneas e industrias, ofreciendo una vida nueva más activa, más industrial, más comercial que la de Las Palmas.

—Decididamente, nosotros no lo veremos, pero el

Puerto de la Luz formará dentro de poco una sola y grande ciudad con Las Palmas.

Y los dos ancianos, después de entonar los laudes de su tierra, se levantan, dando un adiós a D. Benito y se ponen en camino hacia el tranquilo barrio de Vegueta.

Hasta D. Procopio, dada su amistad con D. Atilano, habían llegado ciertos rumores sobre la vida de Angel, y aprovechó un momento oportuno, para informarse con su amigo.

—Pues sí, Procopio, el caso de Angel nos preocupa a todos. El chico no ha tenido mucha suerte. Pero creo que esta crisis remitirá y las cosas mejorarán.

—Es que me han dicho que se ha presentado una nueva complicación.

—Aludes a la bella peninsularita.

—Sí; pero Angel tiene una buena formación, y sabrá vencer las tentaciones de esta serpiente.

—Sí. Eso creo yo también.

Mientras ambos amigos, por plena calle de Triana, obviaban las oleadas de transeuntes, contemplaban las tiendas de indios, se paraban en los escaparates, se recreaban frente a los almacenes y tiendas, y admiraban la afluencia de turistas vestidos de exóticos y ligeros atuendos D. Atilano y D. Procopio estaban deslumbrados. Per-tenecían a otra generación en que Las Palmas era una Ciudad tranquila, silenciosa y de costumbres patriarcales. Se dirigen al barrio de Vegueta, a su propio ambiente de seriedad, de silencio, de tradición.

Cuando D. Atilano llegó a su casa, advierte el silencio más absoluto.

—¿Qué ocurre en mi mansión? —dice. No se oye a nadie. ¿Habrá pasado algo?

Sube las escaleras lentamente y se dirige a su despacho. Deposita el bastón sobre la mesa y comienza a llamar:

—¡Elisa! ¡Elisa!

Al cabo de unos segundos sale la sirvienta y le dice:

—Pase, señor; a la señora le han dado unos mareos y se encuentra acostada.

—¡Si digo yo!

Penetra en el dormitorio matrimonial, y ve a D.^a Elisa tendida en la cama.

—¿Qué te pasa?

—Nada. No es nada. Unos mareillos sin importancia. Ya se me han pasado.

—Voy a llamar al médico.

—No. Si esto no tiene importancia. Ya me encuentro mejor.

D. Atilano se sienta al lado de la cama de su esposa y comienza a charlar con ella.

—Esos son tus nervios, Elisa. Te preocupas demasiado. Somos ya viejos y debemos cuidarnos mucho.

—Lo comprendo, Atilano; pero no lo puedo remediar. Ese hijo nos va a matar. ¡Ah, si me hubiera hecho caso a mí! Yo creía que estaba realmente enamorado de esa muchacha; pero se ve que no la quería. Que se casó por compromiso. Por compromiso, o tal vez, por miedo a ese bestia de su suegro.

—Hay que convenir que el matrimonio de Angel ha sido una fatalidad. Pero ahora ¿qué remedio?

—Ayer, cuando venía de la Hora Santa, me tropecé a Eliodora y me dijo un montón de cosas que corren por la Ciudad.

—Sin duda, la muy soplona te habló de esa península que está en la oficina de Angel.

—¿Lo sabías?

—Sí. Lo sabía.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Para qué? ¿Para disgustarte? Ya sabes tu que padece de la presión alta y cualquier cosa repercute en tu organismo. ¡Esa Eliodora!

—Tarde o temprano tenía que saberlo.

—Pero estas cosas, mientras más tarde se saben, mejor. Y esta es, sin duda, la causa de tu enfermedad.

—Oye, he pensado que si Angel pudiera separarse de esa india venezolana...

—¿Cómo, hija mía?

—Divorciándose.

—Nuestra Religión no lo permite.

—¿Y si ha sido un matrimonio realizado por violencia y miedo?

—Creo que no.

—¿Por qué no lo consultas con esos amigos tuyos? El primer matrimonio que se disuelve no es.

—Pero nos falta un dato. ¿Crees tu que Angel quiere separarse de su mujer?

—Se me ocurren aquí, en la cama, cosas terribles ¿Tu sabes si él está enamorado de esa peninsular?

—No sé. No sé. Dicen que lo han visto juntos en el bar. Hablan de que han salido al campo los dos solos; pero de eso a que la peninsular sirva de cuña para disolver el matrimonio...

—¡Ay, Dios mío! ¡Qué vergüenza! Ya no puedo salir a las juntas del Roperero. Ya no puedo reunirme con mis amigas en las juntas de la Catequesis, ya siento hasta salir a Misa. Todas me señalarán con el dedo.

—¿Por qué?

—Pues, muy sencillo. Por ser la madre de Angel, mi hijo único, a quien no supe dar una educación verdaderamente cristiana.

—¿Que no lo has educado cristianamente? ¡Elisa! Lo colocamos desde el primer momento en un colegio religioso. Lo llevaba siempre conmigo a los actos religiosos. Le hacía la señal de la cruz al acostarse, recitando con devoción las más santas oraciones. El niño era un modelo. Iba al lado de los estandartes en todas las procesiones...

—Sin embargo, se hizo hombre, vino nuestra ruina. Tuvo él que buscarse por sí mismo el porvenir. ¿Para qué? Para ser un mal padre de familia. Para dar malos ejemplos a la sociedad. Para ser la vergüenza de sus padres. ¡Dios mío!

—Creo que estás exagerando las cosas, Elisa. A lo mejor, ahora cuando tenga un hijo cobrará a Ana María bastante cariño y serán dos esposos modelo.

—¡Imposible, Atilano, imposible! Angel —tengo ese sentimiento— no amaré nunca a Ana María. Vivirá con ella, como con una extraña. Y verás tu, verás que no tardará mucho tiempo en que se separe de ella para siempre. Sobre todo si la peninsular aprieta un poco.

No obstante, D.^a Elisa se recuperó pronto del achaque y pudo asistir a las reuniones del Ropero, que era su orgullo y vanidad de gran señora. Pocas semanas después se celebraban elecciones para el nombramiento de presidenta del Ropero de los Pobres.

—¿Por qué —se decía D.^a Elisa— yo no he de aspirar al cargo? Llevo muchos años de trabajo en la asociación. Tengo la confianza del P. Director. Le hablaré a mis compañeras. Creo que me aprecian y me distinguen. ¿Por qué no he de ser elegida?

Y, en efecto, visitó, en su domicilio, a muchas de sus compañeras, quienes le prometieron votar su candidatura.

—Si, mujer —le dijo D.^a Pilar López, —una señorona muy peripuesta y muy influyente. Yo hablaré a muchas y creo que te votarán. No te preocupes. Son muchos los años de servicio que tienes. Además, tu posees dotes de mando, y levantarás el Ropero a gran altura.

D.^a Elisa salió de casa de D.^a Pilar muy ufana y muy contenta.

—Pilar —decía— es muy buena y hará mucho por mi.

Pero Pilar era muy cuca. Sabía jugar y disimular. Pilar era más falsa que una ratonera, y, un día, se tropezó con Alicia Manrique, y le cortó a D.^a Elisa el siguiente traje:

—¿Tu has visto, Alicia, lo que se le ha metido en la cabeza a Elisa? Que le nombremos presidenta del Ropero de los Pobres. Mira, mujer. No sabe gobernar su propia casa y pretende gobernar la ajena. Yo le dije que le daba

mi voto; pero como el voto es secreto, yo le daré el voto a quien me de la gana.

—Desde luego, Elisa no tiene dotes de Presidenta —dijo la Manrique.

—Claro, mujer, pero el camello no se mira su corcova. ¡La pobre! Quiere sacarse en el Ropero la espina que lleva clavada en el corazón.

—Si, es verdad. La compadezco.

—¿Tu sabes la última hazaña de Angelito?

—¡Ah, si! ¿Lo de la peninsular con la que sale delante de las mismas narices de su mujer?

—Si. Estoy enterada. ¿Será verdad?

—Claro que es.

—Dicen que esa granadina tiene mucho gancho, y está deshonrando el matrimonio de Angel.

—¡Pobre chica esa Ana María!

—Dicen que vale poquito. Es algo negroide. De facciones bastas. Muy mimosa, como hija única.

—Pero Angel la vio antes de casarse.

—¿Cómo si la vio? Desde la edad de once años.

—Pues tuvo tiempo de conocerla.

—Además, se da el caso de una campesina unida a un aristócrata de la ciudad.

—Todo lo que tu quieras; pero las cosas se hacen cuando hay oportunidad.

—La pobre Elisa ha sufrido horrores con ese hijo. ¡Ah, si Angel le hubiera hecho caso!

—Ahora tendrá que pagar las consecuencias de su grave error.

—Y Elisa también. Y D. Atilano también. Y por eso quiere ser presidenta del Ropero, para disipar penas ahuyentándolas con los humos de la vanidad.

—Pues creo que no alcanzará este honor.

En efecto. La junta se celebró a la semana siguiente, y no resultó elegida D.^a Elisa. Ni aún tuvo voto alguno. Esta reflejaba en su cara el duro desaire. Todas sus compañeras la miraban y se guiñaban el ojo unas a otras.

D.^a Elisa, sin decir una palabra a nadie, salió como una trombra para su casa, donde la esperaba su sirvienta, la buena de Genoveva, con una gran taza de infusión de tila, porque ya se imaginaba lo que iba a suceder.

—¡Ay, Genoveva! Me muerdo —exclamó al subir las escaleras de su casa. No siento que no me hayan alegido. Lo que siento es que me hayan engañado. ¡Infames! ¡Ah, cómo querría ahogar entre mis brazos a esa picarona de Pilar López! Ni esa me votó.

—Señora, cálmese. Los cargos no dan sino dolores de cabeza. Si usted quiere favorecer a los pobres puede hacerlo sin roperos más o menos. Deje esos roperos que están llenos de polillas.

—Y de sirvergüenzas, Genoveva.

D.^a Elisa pasó muchos días en la cama. El médico le recetó calmantes para los nervios y la excitación le fué pasando.

—Ves tu, Elisa —le dijo D. Atilano. Hoy no se vive sino de la comedia, de la mentira y de la falsedad. Mientras más lejos se está de las gentes, mejor.

—Pero tu no paras, sino en el Casino.

—Pero no pretendo ser presidente.

33

Fidela era natural de Granada. Fidela era hija de Don Miguel de Almogáver y Santos, capitán de infantería. Don Miguel era hombre recto y de excelentes costumbres. Estaba casado con D.^a Angustias del Río, y formaban un matrimonio modelo. Vivían en la calle de los Reyes Católicos. El matrimonio había tenido tres hijos, siendo el último Fidela. Todos habían sido educados en colegios religiosos, aunque el sueldo de capitán apenas alcanzaba para las cosas más urgentes.

Era un matrimonio feliz, dentro de la más solemne

mediocridad. ¿Cómo podía un sueldo de capitán atender a todas las necesidades de la casa? D.^a Angustias hacía milagros. De una peseta hacía cinco. Todos los días, los miembros de aquella familia visitaban, antes de ir al trabajo, el santuario de la Virgen de las Angustias, patrona de Granada. Y ella les protegía y les miraba con ojos benignos.

Por otra parte, D.^a Angustias tenía un hermano sacerdote, persona muy distinguida en el clero granadino. Este había obtenido en buenas oposiciones la Doctoral del Cabildo Metropolitano.

Pero la tranquilidad duró pocos años en aquel hogar. Murió a los veinte años el hermano mayor de Fidela y, cuando ésta tenía 18 años, perdió también a su padre Don Miguel, que siempre había sido de complejión enfermiza. D.^a Angustias vio reducidos los ingresos de la casa, porque el otro hijo se había casado también, quedando en casa ella sola con Fidela. La pensión de viudedad era muy escasa.

Fidela tuvo que buscarse un empleo, cuyos emolumentos no resolvían el problema familiar. La misma Doña Angustias, de tanto sufrir, había enfermado, y no pensaba en otra cosa que en el porvenir de su hija.

Cierto día su tío, el Doctoral, llega a la casa con un periódico en la mano.

—¿Está Fidela? —le preguntó a su hermana.

—No, pero está a punto de llegar.

—Esperaré.

—¿Qué noticias nos traes?

—Pues que acabo de leer que se convocan 100 plazas en Hacienda y creo que Fidela debe presentarse a ellas.

—¡Fidela!

—Si. Fidela. Tiene que resolver su porvenir de alguna manera. ¿O es que crees tu que el empleo que tiene ya es algo definitivo?

—¿Puede Fidela ganar esas oposiciones?

—Claro que sí. Fidela tiene un bachillerato muy luci-

do. Está dotada de buena inteligencia. Le gusta trabajar, y creo que en seis meses que dan de plazo para comenzar los ejercicios, se preparará muy bien el cuestionario. He preguntado a un amigo mío, y me ha dicho que los temas son fáciles.

En esto llega Fidela apresuradamente. Saluda a su tío, y da algunas excusas por el retraso.

—Elvira, mi amiga Elvira, me ha detenido hoy mucho. Se empeñó en que le acompañara a las tiendas...

—Y el tío esperándote.

—Oye, tío, ¿a qué se debe tu grata visita?

—Vengo a veros.

—¿A estas horas?

—El tío quiere hablarte de tu porvenir, Fidela.

—Te agradezco tu preocupación.

—Le estaba diciendo a tu madre que acaban de convocarse cien plazas de la Hacienda Pública, con buena retribución. ¿Por qué no concurren tu, Fidela?

—¿Yo? ¿Puedo yo hacer esas oposiciones?

—¿Por qué no?

—El cuestionario es fácil, y te dan seis meses para prepararlo.

—Si tu me ayudas, tío.

—Desde luego. Me hago cargo de vuestra situación.

—¡Ah, cuánto te lo agradezco!

El Doctoral pidió el cuestionario. Fidela se matriculó en una Academia, y empezó a trabajar con entusiasmo. El tío visitaba la casa de vez en cuando, y encontraba a Fidela muy optimista. El tío corría con todos los gastos.

Llegó el momento de las oposiciones, y Fidela marchó a Madrid acompañada del tío. La recomendó muy bien a sus amistades. Fidela fue aprobando con excelente puntuación todos los ejercicios. Pero, al final, en un ejercicio práctico, no tuvo mucha suerte. No obstante, sacó plaza, aunque no de las mejores. Tuvo que desplazarse a Las Palmas de Gran Canaria, que era una de las mejores plazas a las que tenía opción. Cuando regresa de Madrid se

encuentra a su madre muy enferma. Tan enferma que murió a los pocos días. Fidela quedó desolada, deshecha. Los consuelos de su tío lograron calmarla un poco, y templar su espíritu. Por fortuna, una amiga suya había sacado plaza también en Canarias, y Fidela encontró compañera en viaje tan lejano. Fidela no mareó en toda la travesía, lo que no ocurrió a su compañera. ¿Qué hubiera sido de ella sin Fidela?

Al fin, avistaron Tenerife, al caer de una tarde de primavera. La cubierta del barco se llenó de pasajeros, que salían, como resucitados, de las entrañas de la embarcación. El paisaje era maravilloso, que llenó todos los pechos de optimismo.

—Esto es muy distinto de lo que me habían dicho —dijo Fidela a su compañera, mientras permanecía junto a ella, unidas por las manos.

—Desde luego, yo tampoco me lo esperaba. Los peninsulares no creemos esto hasta que no se nos mete por los ojos.

La despedida de Fidela de su compañera fue algo patética.

—¡Ay, cómo me defenderé yo sola esta noche!

—Ya eres mayorcita, Fidela, para necesitar tutor.

—Dichosa tu que has llegado ya a tu destino.

—Y tu estás también a punto de llegar.

Efectivamente, el barco amaneció en Las Palmas, y Fidela tomó posesión de su destino el mismo día. En poco tiempo, Fidela se conquistó las simpatías de sus jefes y compañeros. Tenía el carácter expansivo; pero su mirada era algo tímida. Parecía que pedía protección a todo el mundo. Pronto se ganó al jefe, y trabó amistad con Angel, su compañero de oficina. Pero, a poco, Angel y Fidela se compenetraron de tal manera, que no hacían nada uno sin el otro. La protección de Angel se fue convirtiendo en devoción y esclavitud, y la huérfana Fidela, llegó a dominar completamente en el ánimo de Angel. Angel perdió su voluntad y su personalidad. Fidela, muy



astuta, se dio cuenta de la debilidad de carácter de su compañero, y se propuso llegar hasta las últimas consecuencias.

Salían de la oficina. Paseaban por Triana, por el Parque de San Telmo, por el Puerto, sin tener en cuenta las miradas de los conocidos, que ya comenzaron a murmurar de sus vidas.

Se enteraron los padres de Angel, y la reacción de D.^a Elisa fue muy sencilla:

—Ahora se convencerá la india venezolana de que yo tenía razón. Angel es muy superior a ella. No cabe duda. Terminará perdiéndolo.

En cambio, D. Atilano, con toda la prosopopeya que le caracterizaba:

—Mi Angel caerá en la tentación. ¡Estas «godillas».

Angel, en efecto, era cada vez más absorbido por la astuta peninsular, que se propuso atraparle en sus redes y lo consiguió. ¿Cómo reaccionaron los amantes ante el público escandalizado y murmurador? Aislándose cada vez más, Angel no hace caso ni de sus padres ni de sus más queridos amigos.

—Angel, —le dijo un día su padre— tienes una mujer y una familia, por cuyo honor debes velar. Tu no eres un cualquiera. Perteneces a una de las familias más nobles de la Ciudad. ¡Cuidado, hijo, con esa serpiente que cada vez te enreda más!

—Padre, te lo agradezco, pero no puedo. Veo una diferencia tan grande entre Ana María y Fidela. Ana María se ha embrutecido, se ha deformado, es cada vez más sosa y más repulsiva.

—Esa mujer te ha hechizado, hijo. Has perdido tu voluntad. Defiéndete. Esa mujer será tu ruina.

—Si, padre, tienes razón. El abismo me llama, me traga.

—¡Maldita mujer!

Lo mismo le ocurrió con su amigo Fernando, el más leal y sincero.

—Angel, me han dicho que te ha embrujado una empleada de Hacienda. ¿Es cierto?

—Hombre, no tanto. ¿Quién te ha llevado el cuento?

—Son tantos los mensajeros, que no te puedo indicar ninguno en particular. Por Dios, reflexiona. Ni tu familia, ni tu religión, ni tus amigos podemos consentir que te pierdas así tan miserablemente.

—¿Que me pierda? ¿Sabes lo que dices? Te voy a hablar con franqueza. A ti, mi mejor amigo, te lo puedo confiar. ¿Recuerdas, cuando meses antes de casarme, estaba arrepentido de haber preparado la boda?

—Sí.

—Pues estas son las consecuencias. Yo, desde entonces había perdido el amor a Ana María. Casi sentía cierta repulsión. Por tus consejos y el buen nombre de mi familia, me casé. ¡Disparate! Una boda es todo un porvenir... ¿Para qué haría, si uno no siente satisfacción interior? Ahora estoy pagando las consecuencias.

—Es que no sabes vencerte, Angel. Para algo nos ha dado Dios la razón. Comprendo que es un calvario un matrimonio a la fuerza; pero hay que sacrificarse.

—Eso es. Toda la vida sacrificado. ¿Quieres que te diga una cosa? Yo siento salir de la oficina para dirigirme a aquella calle tétrica y sombría de la Peregrina. Como un ataúd en el que me tengo que meter todas las noches.

—Deliras, Angel. Hay que reflexionar. Estoy seguro de que esa peninsular es ahora la que te ha sorbido el seso. ¿No piensas en lo que te expones? No sé; pero puedes incluso perder el destino tan estupendo que por tus méritos has conquistado. O, por lo menos, te ganas un traslado, perdiendo la Isla de vista. ¿Sabes lo que es eso?

—Tu sueñas, Fernando. Mi propiedad no hay quien me la quite.

—La propiedad, puede que no; pero la tierra puede que sí.

—Fernando, te agradezco tus sermones.

Los amigos se despidieron; pero Fernando salió convencido de que el mal era casi irremediable.

Un día Fidela, que siempre se hallaba muy compuesta y perifollada, llegó a la oficina muy eufórica. El jefe, que se hallaba ya al cabo de todo, no la miró siquiera. Angel no había llegado. Pasan unos minutos. Angel no llega. Fidela se sentía intranquila. Pensaba para sus adentros ¿qué le pasará a Angel hoy? Al fin entró y la cara de Fidela se iluminó. Angel se acercó al jefe y le dio las excusas correspondientes. El jefe las aceptó, pero casi sin mirarle la cara. Al sentarse, Angel regaló a Fidela una sonrisa muy significativa.

Como todos los días, Angel y Fidela, al sonar la hora de salida, salieron juntos al bar.

—¿Qué te dijo el ogro?

—Nada. Aceptó mis excusas.

—Hijo, ¡qué mala cara te puso! ¡Grosero! ¿Sabes, Angel lo que he pensado?

Angel de muy mal humor le respondió:

—¿Qué?

—Que llevo aquí muchos meses y todavía no me has convidado a una excursión por la Isla. ¡Claro! Los hombres casados y bien atados por su esposa, no pueden ausentarse de su lado.

—¡Fidela! ¿Por qué me dices eso? Sabes lo que te aprecio. Te das cuenta del poder que sobre mi débil carácter has adquirido. Y aún te atreves a insultarme...

—¡A insultarte! Por Dios, hijo, ¡qué susceptible! Se ve que anoche tuviste muy mala noche. ¿Te riñó tu mujer?

—Y dale con mi mujer. ¡Pobrecilla! Mejor harías no colocando su imagen en mi presencia. Vas a conseguir que vuelva todo mi afecto y compasión hacia ella.

—¡Ah, eso no! ¿No te das cuenta de que eres mío para siempre?

—Fidela, soy un hombre casado, y con muchas obligaciones.

—Bueno, dime, ¿cuándo me llevas un día al Parador de la Cruz de Tejada?

—¿No comprendes que eso no puede ser? Soy un hombre casado. ¿Qué dirían mis amigos si me vieran contigo en la Cumbre?

—¿Qué iban a decir? Que has llevado una compañera de oficina a dar un paseo.

Por algún tiempo esta aventura suscitó escrúpulos en el ánimo de Angel; pero, al fin, tanto machacó la peninsular, que Angel claudicó. Aprovecharon un día sin oficina. Tomaron un taxi y se encaminaron por el Centro de la Isla hacia la Cruz de Tejada. Fidela no salía de su admiración ante los bellísimos paisajes que iba contemplando, uno tras otro. Pero aún disfrutaba más por el paisaje interior de que su espíritu gozaba, al hallarse junto al varón cuya conquista tan bonitamente había realizado. Así que nada le podían decir la presencia del Nublo y su manto real de piedras adustas. Los bosques de pinos que surgían acá y allá clavando sus flechas en el purísimo azul del cielo. La adustez de picachos y plantas que invitan a meditar en la humildad de tiempos primitivos y geológicos.

Al mediodía y en el comedor del Parador, ya en plena euforia, Angel levanta la vista algo nublada de sensualismo, y tropieza con la elegante figura de D. Eliodoro del Castillo, también compañero de Hacienda, que entraba en el gran comedor, acompañado de su esposa e hijos. Se levanta, le saluda y después de un cambio de frases sin sentido, se separaron y se sientan en distintas mesas. Angel se quedó estupefacto, ante la presencia de D. Eliodoro, como aquel a quien sorprenden cometiendo un delito. Al separarse D. Eliodoro miró a Angel con una mirada que penetró hasta lo más profundo de su alma. Parece como que le quería decir:

—Angel ¿qué es esto? ¿Cómo te has dejado dominar por esta mujer con pérdida de tu honra, de tu prestigio y buen nombre? Angel. por Dios.

Pero Angel se estaba creando cada vez un caparazón más impermeable a toda advertencia moral.

Por la tarde dieron un paseo hasta los Pozos de la Nieve, como dos novios en plena luna de miel.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Angel?

—No será cosa buena.

—Buenísima. Mira. Nosotros nos comprendemos ya tan íntimamente, que debemos pensar en casarnos.

—¿Casarnos? ¿Cómo? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que yo estoy casado ya?

—No importa.

—Tu estás loca. Dirás que debemos amancebarnos.

—No. Eso nunca.

—Pues, entonces, tu dirás.

—Ya sé que el matrimonio es indisoluble entre los católicos. ¿Tu eres católico?

—Y apostólico y romano.

—¡Vaya respuesta! ¡Ja! ¡Ja!

—De veras. Tu te puedes divorciar de Ana María, y después casarte conmigo, y sin haber nacido protestante.

—¡Qué bien y qué pronto arreglas tu todas las cosas! Un hombre que se casó hace un año. Que espera un hijo muy pronto. Que siente su religión católica como el primero ¿crees tu que se puede divorciar?

—¡Ah, sí! ¿Por qué no? Yo le he oído contar a mi tío el Doctoral que ha habido divorcios después de varios años de casados.

—No sé; pero yo creo que en mi caso el divorcio es imposible. ¡Qué más quisiera yo!

—Pero si tu me has contado que te casaste casi obligado por el buen nombre de la familia. Además, me has dicho que nunca quisiste a la que es hoy tu mujer. Que has sufrido mucho con ella por razones de carácter, de educación y hasta de raza. Por algo, querido, tu madre la llama la india venezolana. ¿No es eso?

—Sí. Es verdad; pero...

—No hay pero. ¿Quieres que te lo diga? Mira, sema-

nas pasadas escribí a mi tío el Doctoral, consultándole el caso. ¿Y tu sabes lo que me contestó? Que el divorcio es posible. Claro, en ciertas condiciones. Que lo pensara bien y que le escribiera.

—No sé lo que tu le contarías de mi matrimonio. El te resolvió el caso con arreglo a tus informes.

—Pero ¿tu no estás dispuesto a divorciarte?

—Mira, en este momento, dudo. No puede uno sin más ni más, echarse encima todo el peso de las convenciones sociales. Fidela, pertenezco a una de las mejores familias canarias. Estoy rodeado de excelentes amigos. Profeso una Religión que me han transmitido mis abuelos y a la que no quiero faltar de ninguna manera. El divorcio está muy mal mirado entre nosotros.

—Todo lo que tu quieras. Pero va a ser toda tu vida un infierno, atado a una mujer que no quieres, y viviendo dentro de ese sepulcro, que se abre para ti todos los días en la calle de la Peregrina.

—No me atrevo todavía a darte una respuesta categórica. Desde luego, mi vida ha sido y es una tragedia. Soy una víctima del mundo y de la sociedad en que vivo, y cuando trato de salvarme, de encontrar una salida para mi situación, me encuentro todas las puertas cerradas. Para salir tengo que romper mil obstáculos, pisotear leyes divinas y humanas. ¿Qué hacer?

—Yo te lo digo en dos palabras: divórciate y cástate conmigo.

—Fidela, ¿tu estás segura de que un matrimonio contigo me hará feliz? ¿No llevaré yo dentro de mi mismo una dosis de escepticismo e insatisfacción que amarga toda la vida, y hace desgraciados a los que conmigo viven? La felicidad, a veces, depende de uno mismo, no de las personas que le rodean.

Y así, hablando, hablando, y discurriendo sobre un porvenir muy incierto, pasaron su paseo a la Cruz de Tejeda, teniendo por testigos al Nublo y a una naturaleza

abrupta que, más que al placer, les convidaba a la meditación y reflexión.

34

Un día, a eso de las doce, se hallaba D. Pedro Alvarez Déniz en uno de los cercados de su finca de Los Olivos, vigilando el riego de las papas, cuando se da cuenta de que se le acercaba el cartero del pueblo, sobre en mano.

—Con el permiso, Don Pedro —le dice el cartero.

—¿Qué se te ofrece, Casimiro?

—Esta carta para usted.

Don Pedro abre el sobre, un sobre de excelente presentación, que no pudo menos de llamar su atención. Era nada menos que de Don Santiago Piernavieja y Guisasaola, Presidente del Cabildo Insular y Jefe político de la Provincia. Le rogaba a Don Pedro que se presentara en su despacho de la calle del Doctor Chil, al día siguiente a las diez de la mañana.

La sorpresa de D. Pedro fue muy grande. ¿Qué quiere de mi Don Santiago? —se decía. ¿Pretenderá meterme a mi en los líos políticos del pueblo? Se equivoca. Yo he vivido siempre alejado de la política y así pienso seguir. Yo no nací para político.

Al llegar a su casa, su esposa D.^a Lorenza le notó muy preocupado. El, que era hombre alegre, y más en aquellos días en que la casa se llenó de alegría, al dar a luz Mary Carmen un nietecito muy hermoso. El hecho había inundado de felicidad aquel hogar. D.^a Lorenza respiraba satisfacción por todos los poros de su alma. Los vecinos acudían a felicitarles. La casa de Fernando acudió presurosa para contemplar el bebé. Y Fernando daba gracias a Dios, al sentirse padre de tan hermosa criatura y esposo de Mary Carmen. Así que no podía menos de desentonar la cara sombría de Don Pedro.

—Pero ¿qué te ocurre hoy a ti, Pedro? —le dijo Doña Lorenza a la hora de la mesa.

—Las grandes alegrías vienen siempre mezcladas con algún contratiempo.

—¿Qué pasa? —dijeron todos.

—He recibido una carta urgente de D. Santiago Piernavieja, el Jefe político y créanme que esto no me huele a nada bueno.

—A lo mejor le van a nombrar a usted Alcalde de este pueblo tan revuelto —le dijo Fernando, su yerno.

—En eso he pensado y eso es lo que me preocupa.

—No veo por qué —dijo D.^a Lorenza, su mujer. La Alcaldía es un cargo de importancia. Así puede uno levantar la cabeza muy alta en este pueblo tan postinero.

En efecto. D. Pedro Alvarez estuvo en casa del Jefe político a la hora señalada. Este le recibió con mucha cordialidad.

—Se le ha llamado —dijo Don Santiago Piernavieja— para que me resuelva la papeleta de ese pueblo de Santa Brígida. Ahí se politiquea mucho, y se trabaja poco en bien de la comunidad. Me han informado de que usted no hace política. Que no está ni en un partido ni en otro. Y esto allana muchas dificultades. Yo no quiero sino el bien de todos. Que los pueblos prosperen. Esta creo yo, Don Pedro, que es la verdadera política. Y he pensado mucho, mucho. Hasta que alguien me ha dado su nombre. D. Pedro, le voy a nombrar a usted Alcalde.

—¡Yo!

—Si. Usted. Usted es el más digno, y estoy seguro que es el que mejor lo hará.

—Yo no entiendo de política. La política da muchos dolores de cabeza y yo soy un hombre tranquilo. Por Dios, le ruego, Don Santiago, que este cargo le sea dado a otro.

—Los cargos mejor provistos son los que se dan a los que no los quieren. Usted será Alcalde. Ya sabe que me

tiene a mi detrás. Estoy convencido que lo hará usted muy bien.

—Don Pedro salió del despacho de D. Santiago Piernavieja, como quien lleva una cruz a cuestas. Molesto y lleno de preocupación.

A los diez días, el mismo Don Santiago subió a Santa Brígida, acompañado de un buen séquito, para dar posesión de la Alcaldía a D. Pedro Alvarez Déniz. El acto fue precedido de intensa propaganda. El pueblo, cansado ya de tantos jaleos políticos, acudió lleno de esperanzas, dado el prestigio del nuevo Alcalde. Tirios y troyanos lo aceptaron con gran complacencia, cosa rara en los pueblos.

Desde entonces la casa de D. Pedro se vio muy visitada. Y el acontecimiento cumbre de aquellos días en Santa Brígida fue el bautizo del nieto del Alcalde, el hijo de Mary Carmen.

Pero donde la satisfacción rebosaba por todas partes era en el pecho de D.^a Lorenza Ruano. A D.^a Lorenza le parecía que soñaba. Ya habían pasado y quedaban muy atrás aquellos tiempos en que ella acababa de llegar de Sardina del Sur, y encontró por todas partes el vacío. Dio parte de su casa, y apenas aceptaron su invitación dos o tres personas. Ahora, con el cargo de Alcalde de su marido, D.^a Lorenza se había situado en el primer plano de la sociedad de Santa Brígida. La aristocracia del pueblo se disputaba su amistad. Con motivo del nacimiento del nieto la casa se le llenó de regalos. Ya D.^a Lorenza no era pobre, ni cursi, ni huraña, ni pueblerina. Ahora era una gran señora. Inteligente, hacendosa, simpática y hasta muy culta. Con razón una noche, después de haber recibido a las principales señoras del pueblo, pudo decir llena de satisfacción:

—¡Vaya! Ha llegado nuestra hora, Mary Carmen. Menos mal que puedo llamarme señora en un pueblo que tanto se la echa como este de Santa Brígida. Así se puede vivir. ¿No te lo dije yo, Pedro?

El bautizo del pequeño Fernando fué un acontecimien-

to. La iglesia vistió sus mejores galas. Los altares se llenaron de lucés y de flores. Y en el templo apenas cabía la concurrencia.

Apadrinaron al neófito su abuelo D. Pedro, el Alcalde y D.^a Esperanza Amador, la madre de Fernando.

Al salir del templo, se formó una interminable procesión de acompañantes hasta los Olivos, donde fueron espléndidamente obsequiados por el Alcalde. El más triste del cortejo era Fernando, el padre del pequeño Fernando. Fernando hizo cuanto pudo para que le acompañara Angel, su mejor amigo; pero no lo pudo conseguir. La amistad se hallaba nublada y casi rota por la vida irregular de Angel. La amistad crece y se afina con la virtud, pero los vicios la deshonoran y destrozan.

Note el lector estas distintas vidas. La de Angel, en medio del ambiente sensual de la Ciudad, y la de Fernando en medio de la paz y tranquilidad del campo. Estas dos vidas siguen desde ahora caminos muy diferentes, que el lector podrá apreciar en los capítulos finales de esta fiel historia.

35

—¿Has dormido esta noche, Ana María?

—Sí. Bastante. Fue mucho ajeteo el de ayer. Así que caí, como un tronco.

—El ajeteo, las preocupaciones y los sufrimientos.

—Sí, es verdad.

—Hoy, ¿cómo te encuentras? ¿Se te han suspendido los dolores?

—Aún queda algo, pero ya casi nada.

Ocurría este diálogo entre Ana María y su prima Elvira en la clínica del «Rosario», a donde había sido llevada el día anterior para dar a luz. Elvira hacía unos quince días que había venido del Juncalillo, llamada por Don

Clemente en previsión de los acontecimientos. Elvira era una joven diligente, cariñosa y muy solícita. Elvira no sólo ofrecía a su prima una asistencia inestimable, sino muy grata compañía. Don Clemente había sido un padre muy providente.

Ana María dio a luz aquella misma noche una niña.

—Y la nena ¿cómo ha amanecido? —continuó Elvira.

—Muy bien. Durmiendo toda la noche.

—¡Ay, prima! —le dice Ana María a Elvira— ¿no te das cuenta de que Angel no ha venido esta mañana a ver cómo estoy yo y cómo está su hija?

—Seguramente se le ha hecho tarde para ir a la oficina. Habrá despertado muy tarde, después de una noche en vela —le respondió Elvira.

—Piensas muy piadosamente, Elvira. Es que ni le intereso yo, ni le interesa su hija. Esto cada vez se pone peor.

—¿Qué se pone peor?

—Mis relaciones con Angel.

—Te preocupas demasiado, Ana María. Descansa. Todo se arreglará. Ya verás cómo la nena lo arregla todo.

—Dios te oiga, pero...

En efecto el presentimiento de Ana María tenía una base muy sólida. El día del nacimiento de su hija, Angel se hallaba de paseo en la Cruz de Tejada con Fidela. Don Clemente tuvo que organizarlo todo. Llamar médicos. Avisar a la clínica. Traslado de Ana María. Angel estaba ausente de su casa.

Por la noche, cuando llegó, se encontró con la casa trancada e inmediatamente se dio cuenta de lo que había ocurrido. Llamó a la casa de su suegro y éste le contó lo sucedido.

—Lo lamento, D. Clemente, pero...

—Ya está todo arreglado. Ella está en la clínica, y el parto ha sido muy feliz.

—Voy a la clínica.

—Yo también salgo para allá.

Angel, al llegar, y encararse con Ana María, no le pudo sostener la mirada de súplica con que le recibió. Ana María se emocionó bastante. Casi no le podía hablar, hasta el punto de que la emoción se resolvió en llanto.

—No llores, Ana María, todo ha salido bien —le dijo su padre.

—Qué lejos —dijo Angel con desgana— estaba yo de todo este ajetreo. ¿Fue antes del mediodía?

—Sí. A eso de las once.

—Por eso, cuando llamé a casa, para decirte que tenía que salir con unos amigos al campo, nadie salió al teléfono. ¿Y cómo te encuentras?

—Ahora bien. Un poco cansada.

—¿Qué médico te asistió?

—Don Pedro del Amo, el mejor especialista de Las Palmas —dijo Don Clemente.

—Hizo usted bien en llamarlo.

Y aquella noche no hubo más. Angel salió de la clínica sin decir a donde iba y D. Clemente dijo que se marchaba a tomar café con sus amigos al Círculo Mercantil.

—Qué, Clemente, nos han dicho que tu ya eres abuelo.

—Eso parece.

—Hay que celebrarlo.

—Eso pienso yo también, y, por eso, les traigo un hermoso puro de Vuelta Abajo.

—¿Y ese puro no se moja con algo?

—Con lo que ustedes quieran.

—Bien, hombre. Estás generoso, Clemente. Se ve que estás más orgulloso de la niña que el yerno.

—¡Alto! Nada de picar. ¿Quieren ustedes que hagamos esta tarde un armisticio en honor a la nietecita?

—Sí, nos parece muy bien.

La mejoría de Ana María continuó en días sucesivos. Angel iba a verla cada mañana, antes de ir a la oficina. El padre, cada noche. A los diez días fue dada de alta y regresó a la calle de la Peregrina, con gran disgusto de Angel, que con ello perdía parte de su libertad.

Una noche se presentó D. Clemente, y, por todo saludo, y, ante la familia en pleno, hizo esta pregunta:

—¿Cuándo bautizamos?

—Cuando usted quiera, D. Clemente.

—¿Yo? Eso, sus padres.

—O sus padrinos —dijo Angel. Porque, si Ana María no ha pensado otra cosa, yo creo que el padrino debe ser D. Clemente.

—Se agradece, hombre. Además, creo que me lo he ganado a pulso.

—Desde luego.

—Si, padre, el padrino serás tu y la madrina mi prima Elvira.

—¿Yo? ¡Pobre de mí!

—Tu, prima, que también has trabajado y trabajas bastante.

—¿Se celebra el bautizo? —dijo Angel.

—No, no vamos a convidar a nadie.

—¿Ni a Fernando y Mary Carmen? —dijo Angel.

—Creo que no. Ellos han celebrado su bautizo sin nosotros. No porque no nos convidaran con insistencia, sino porque los ánimos no están muy propicios para el jolgorio.

—Como ustedes quieran —dijo Angel.

Y a los quince días de nacida la niña, se encaminaron todos a la Iglesia de San Francisco. La misma madre, Ana María, portaba la niña, pues así se lo había ofrecido a la Virgen de la Soledad.

Sin pompa alguna, apenas un ligero repique de campanas, se celebró el acto que resultó muy sencillo.

Con la pequeña Ana María en brazos su madre se arrodilló ante la imagen de la Virgen de la Soledad, ofreciéndole su hija y sus inmensos sacrificios que, para un próximo futuro, preveía con toda certeza. Después de un largo rato, y con los ojos llenos de lágrimas, la ayudó a levantar su prima Elvira, mientras pronunciaba estas conmovedoras palabras: Virgen de la Soledad, ayúdame. Cúmplase tu voluntad, Dios mío.

36

Era una mañana esplendorosa de domingo. En la Ermita de la Concepción de la Atalaya se iba a celebrar una pequeña fiesta. D.^a Clotilde ya lo tenía todo preparado.

Fernando y Mary Carmen, al nacer su primer hijo, habían ofrecido a la Virgen, si todo salía bien, decir una misa en la capilla y presentarle a su hijito.

Se pusieron de acuerdo con un sacerdote sobre el día y la hora, y éste accedió a celebrar tan piadoso acto como simpático.

Se supo en el barrio de la Atalaya. Lo anunció muy de mañanita la esquila de la Ermita, y acudió bastante gente.

Asistieron los padres de Fernando, Don Fernando y Doña Esperanza, y los padres de Mary Carmen, D. Pedro Alvarez y Doña Lorenza Ruano. Y no faltaron tampoco algunos convidados,

A todos recibió D.^a Clotilde Navarro, ya muy anciana y cansada, pero sin perder los colores de juventud en el rostro siempre sonriente.

Después de la misa, oída con extraordinario fervor, Mary Carmen se levantó y colocó a su hijito en los brazos de D.^a Clotilde, que temblaba de gozo. El sacerdote rezó las preces de la presentación y dirigió una plática muy emotiva a los circunstantes, sugerida precisamente por la escena que ante su vista se ofrecía: La anciana y santa mujer D.^a Clotilde con el pequeño niño en los brazos, y los ojos llenos de lágrimas. El mismo pensamiento que nos ofrece el Cántico del anciano Simeón, con el Niño Jesús en sus brazos: *Nunc dimittis... Ahora, Señor, puedes dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra...*

D.^a Clotilde, con el instinto de buena cristiana que le

caracterizaba, interrumpió su llanto para decir: Gracias, Dios mío.

Mary Carmen se dió cuenta y le quitó el niño de los brazos. La anciana sonrió y las lágrimas corrieron copiosas por sus sonrosadas mejillas. Doña Clotilde pensó en aquellos solemnes momentos, que sus días estaban contados y las lágrimas se secaron pronto en su rostro. Llena de solicitud y a través de los patios llenos de flores Doña Clotilde condujo a su casa a los visitantes para ofrecerles un frugal desayuno.

—Siéntense por favor, —les dijo. No puedo obsequiarles, como ustedes se merecen. Pero mi voluntad es muy sincera y muy grande.

Cuando hubieron desayunado, todos estaban pendientes de Doña Clotilde.

—Tengo que anunciarles —les dijo— una gran alegría. Pronto, muy pronto, lo presiento, me iré a gozar de Dios. Mis días son ya muy pocos. Antes he tenido una gran satisfacción, el de recibirlos a ustedes hoy en la capilla de la Concepción, aunque no como yo lo había deseado. Ha faltado a esta cita nuestro amigo D. Angel y su esposa Ana María. Por ellos he ofrecido mi comunión de hoy. Creo que también ustedes se habrán acordado de ellos.

Y les voy a contar una satisfacción extraordinaria que tuve días pasados. ¿Recuerdan ustedes aquellos ingleses, Mr. Jonh y Mrs. Elisabeth, que todos los años venían, dos y tres veces, por la Cruz de la Atalaya? Estuvieron aquí días pasados. Me hicieron abrir la Ermita de la Concepción y se postraron ante la Virgen. Ya se habían convertido al catolicismo. De modo que el coro de oraciones que fundamos las señoras de Santa Brígida obtuvo el resultado apetecido.

Se dirigieron luego a la Montaña de la Cruz. Me querían llevar a mí. Se rieron mucho cuando yo les dije que no podía subir la cuesta. Depositaron junto a la Cruz un ramo de flores. Al bajar venían muy satisfechos, y no se

les caía de la boca estas palabras que dicen estaban inscritas en uno de los brazos de la Cruz:

COMO UNA NOVELA.

Los invitados, al oír lo que contaba D.^a Clotilde, recibieron gran satisfacción. Al despedirlos cargó de flores a D.^a Esperanza Amador y a D.^a Lorenza Ruano, acompañándoles hasta la Ermita.

Y el silencio volvió a reinar en aquella Montaña de la Atalaya.

37.

El nacimiento de la hija provocó en Angel días y meses de reflexión. Le hizo más casero. Demostraba más solicitud por Ana María. Se acercaba a la cuna de la pequeña con ternura de padre.

—¿Qué habrá sido Dios mío? —decía Ana María. ¿Habrá obrado un milagro la Virgen de la Soledad?

Con frecuencia visitaba a su madre. Doña Elisa lo recibía con mucho cariño y hasta con mimos, enterada del cambio en Angel operado.

Doña Elisa estaba muy enferma. Los doctores le hablaban a su esposo, D. Atilano, con mucho pesimismo.

—Su esposa —le decían— está muy gastada por las emociones y por los disgustos. Procure no tenerla sola. Puede que en cualquier momento sufra un ataque muy cruel.

También D. Atilano, a pesar de su carácter abierto y optimista, se hallaba muy mal. Ya no frecuentaba el Gabinete Literario. De vez en cuando, recibía la visita de sus amigos, que le llenaba de consuelo.

—Angel, por Dios —decía a su hijo— refrena tu conducta. No hagas caso de esa advenediza, que te pierde a ti y se pierde ella.

—Si ya la he dejado, padre. Hasta el Delegado de Hacienda la ha cambiado de oficina. Apenas nos vemos.

—¿No nos estarás engañando, Angel?

En efecto, las relaciones de Angel con Fidela sufrieron una crisis. La ciudad entera se echó encima de él, compadecidos de su debilidad, y consiguieron alejar la tragedia, pero... por algún tiempo.

Fidela no abandonó su presa. Dejaba pasar los meses; pero siempre con la idea fija de hacerse, a fuerza de paciencia, con Angel. Este huía, se resistía y se defendía valientemente.

En una de sus entrevistas hubo el siguiente diálogo:

--Yo no doy ese escándalo, Fidela. Yo no mancho el buen nombre de mi familia, ni falto así a mis creencias, ni a mis deberes sociales. Bien sabe Dios que te has metido muy adentro de mi alma; pero haré lo posible por olvidarte.

—¿Y si yo consigo que te divorcies? ¿Entonces te casarías conmigo?

—Ese divorcio es imposible. Un matrimonio hecho libremente, y después de haber tenido hijos, no puede divorciarse.

—Mis noticias no son esas. Lee la carta de mi tío, el Doctoral de Granada.

—¿Qué dice?

—Que puede haber divorcio, cuando no ha habido consentimiento pleno de los cónyuges. Cuando ha habido coacción, como ha ocurrido en tu caso. Cuando se ha acudido a amenazas para que te cases. Cuando...

—¿Eso?

—Tu me lo dijiste, y por la ciudad se corrió. Estoy bien enterada. Mi tío vendrá cualquier día a Las Palmas a enterarse en la Curia diocesana sobre la validez de tu matrimonio.

—¿Tan a pecho ha tomado el asunto?

—Me quiere como a un padre.

—Si te quisiera tanto, como dices, no seguiría camino

tan prohibido y tan contrario a la Religión que profesa, y al buen nombre de un sacerdote.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el verdadero consejo sería persuadirte de que me abandones. Que los hombres casados no son nada viables para una señorita, que se tiene por tal. Ese es un camino que no puede conducir sino al concubinato.

—¡Por Dios, Angel!

—¡Por Dios, Fidela!

—Estás desconocido. Otras veces no me has hablado así. Pero te estás haciendo muy casero. Después que eres padre...

Y, en efecto, pocas semanas después de esta conversación, el Doctoral de Granada apareció una mañana en Las Palmas, como en un país que hay que conquistar. Venía resuelto a buscar la felicidad de su sobrina, como fuera, aun a costa de deshacer un matrimonio cristiano. Habló con el párroco de Angel. Habló en la curia episcopal. Se enteró de las relaciones de Angel con Ana María y con su padre Don Clemente, y tocó otros resortes más o menos importantes. ¿Resultados? Que a los ocho días, y con doctoral suficiencia, presentó en el Provisorato demanda de divorcio, haciendo saber a cuantos le quisieran oír, que él había ganado ya pleitos mucho más difíciles que el que ahora se le ofrecía.

Naturalmente, el divorcio le fue denegado en la curia diocesana de Las Palmas. Lo mismo le ocurrió con la apelación a Madrid.

Pero el Doctoral de Granada no consiguió otra cosa con sus maniobras, sino que Angel se separara definitivamente de Ana María, pidiendo traslado a Cádiz, donde a los pocos días recibió la noticia de la muerte de su madre Doña Elisa, y, pocos meses después, ocurrió también la de su padre, Don Atilano.

Antes del año, Fidela consiguió también traslado a su tierra, Granada.

EPILOGO

Habían pasado ya varios años de nuestra verdadera historia.

Era el tres de mayo. Día de la Cruz. Día alegre, soleado y lleno de aromas en el ambiente.

En casa del Alcalde de Santa Brígida, Don Pedro Alvarez, se sentía gran vocerío de niños, que corrían de un lado para otro. Sirvientas que entran y salen. Y en el exterior, cantos alegres de pájaros y zumbas de insectos.

En el patio suenan unas palmadas. Se asoma Mary Carmen, y se encuentra a un señor que le pregunta por el señor Alcalde.

—Pase —le dice Mary Carmen y le conduce al recibidor.

Se presenta D. Pedro y el desconocido se levanta.

—Señor Alcalde, vengo a pedirle un favor.

—Usted dirá.

—Se trata de celebrar un homenaje en honor de los Ancianos asilados en las Hermanitas de los Pobres. Les vamos a dar una comida y un paseo a este pueblo a fines de Mayo, o primeros de Junio, y queríamos saber si el Ayuntamiento de este pueblo quiere sumarse a tan simpático homenaje.

—Por mi parte con mucho gusto. El acto me parece muy simpático, y creo que no habrá obstáculos por parte de la Corporación. Yo lo propondré en la primera sesión, y cuente con mi apoyo decidido. ¿Qué actos tendría este homenaje?

—Un desayuno en la plaza del pueblo, ante la iglesia,

servido por las señoritas del pueblo, y las que acompañan a los ancianos. Algunos regalos de frutas y flores, tocata de la banda municipal durante el acto, y alguna otra cosa que las circunstancias nos sugieran.

Y, en efecto, aquel año fue el primero en que se celebró la jira de los Ancianos de las Hermanitas a Santa Brígida, bajo los auspicios de Don Pedro Alvarez. Este acto se ha convertido luego en una institución.

Pero aquel domingo, que coincidió con la grata fecha del tres de Mayo, en la casa de Don Pedro Alvarez se hacían, desde la mañana, muchos preparativos para una excursión a la Cruz de la Atalaya. Habían pasado ya muchos años desde la última excursión de Mary Carmen y Fernando a aquellos lugares, y querían recordar tiempos pasados, que difícilmente se les caían de la memoria. El matrimonio tenía ya tres hijos: Fernando, Adela y Manuel, de unos meses. Y deseaban presentarlos a la Virgen de la Concepción.

Cuando toda la familia se hallaba ya a la vista de la Ermita, dijo Fernando:

—Ahora fuera curioso que no tuviéramos quién nos abriera la puerta.

Pero no fue así. Al morir Doña Clotilde Navarro, se encargó del cuidado de la Ermita el mayordomo que cultivaba las fincas, y vivía en una de las cuevas de la difunta. Afortunadamente, como era día de la Cruz, toda la familia del mayordomo estaba sentada en los poyos que circundan la Ermita. Fernando se adelantó, y preguntó por las llaves, exponiendo el deseo de visitar la Virgen. Una hija del mayordomo, llamada Conchita, se levantó y fue por la llave.

Entró toda la familia de Don Pedro Alvarez. Se prostraron todos ante la bella imagen, no pudiendo Mary Carmen contener la emoción, al recordar la historia de su matrimonio y la desgracia de la pobre Ana María, abandonada por su marido. ¡Qué suerte tan distinta la de ambas amigas! Un hogar en pleno florecimiento de virtudes

cristianas y el otro deshecho, y sin posible remedio. En uno reinaba la felicidad y en el otro la desdicha. Dio gracias a la Virgen y, al salir, Mary Carmen preguntó a Conchita por la muerte de Doña Clotilde.

—Murió como una santa, señorita. ¡Si usted la viera! Sonriente. Con el rostro sonrosado, y rezando el Santa María Madre de Dios se quedó dormida. Sin ninguna violencia. Era una santa, señorita, una santa.

La familia de Don Pedro Alvarez se dirigió luego al monte de la Atalaya, coronado por la Cruz. Como era su fiesta, la explanada estaba llena de gentes de todas partes. Se oían muchos cohetes, muchas voces de niños y muchachos. Algunos rezaban devotamente ante el santo Madero. La familia de los Olivos se postró también, incluso los niños pequeños. Mary Carmen en medio de acto tan impresionante dijo:

—Recemos un *Padre Nuestro* por Angel y Ana María.

¡Cuántos recuerdos se agolparon a la mente de Fernando y de Mary Carmen! Esta no se había olvidado de la frase de Ana María el día de su paseo: *Salve Cruz Hermosa, esperanza única*. ¡Cuánta verdad, cuánta realidad! ¡Pero qué cruz tan pesada la que en estos momentos pesaba sobre los hombros de Ana María!

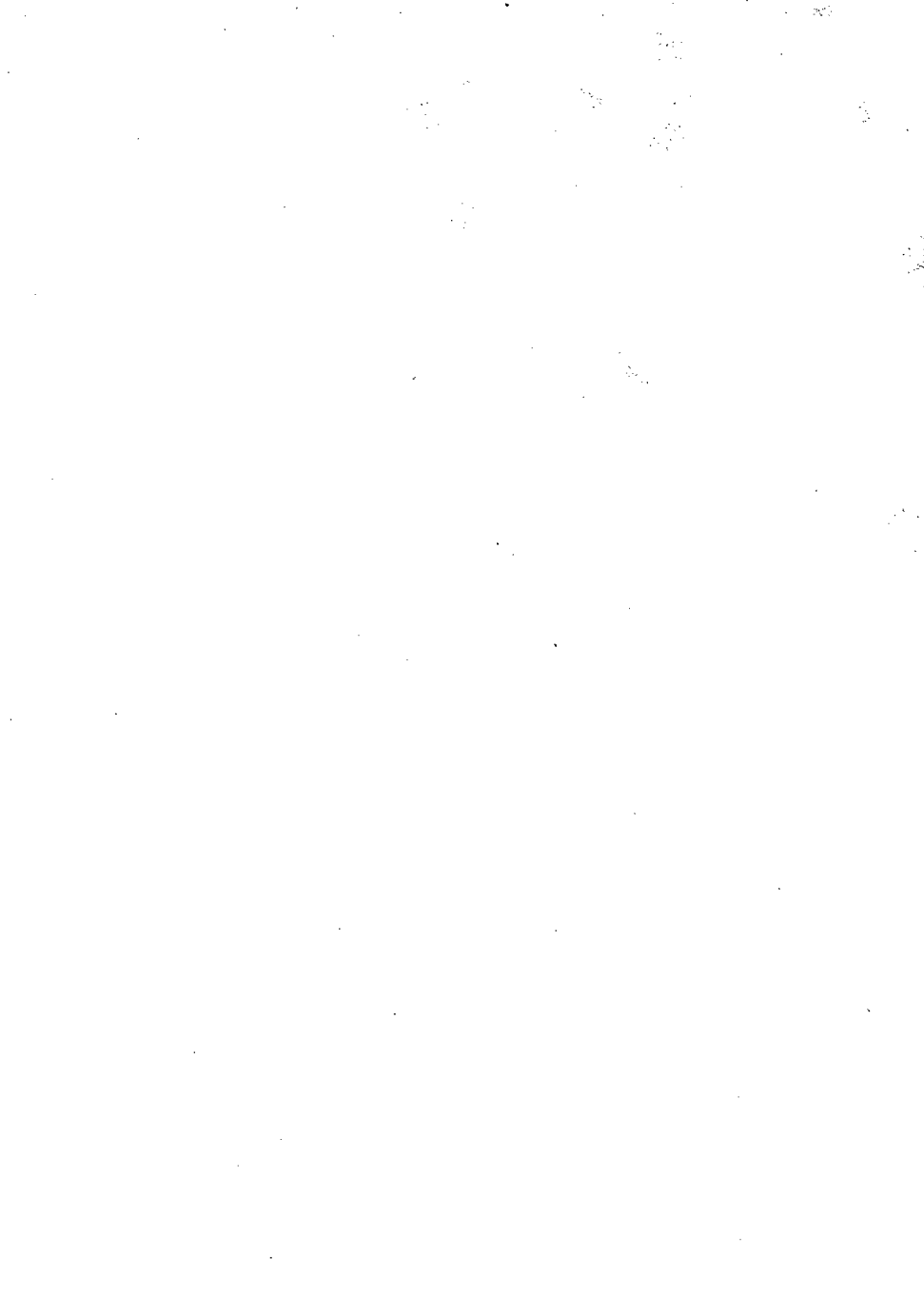
Fernando, antes de emprender el regreso, se acercó a la Cruz, y después de besarla, apartó las flores que la cubrían, y pudo leer todavía en su brazo izquierdo:

COMO UNA NOVELA.

Día de San José, 1965.



ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN
LA IMPRENTA LEZCANO, PASEO DE
TOMÁS MORALES, N.º 17, EL
DÍA 26 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO DEL SE-
ÑOR 1965



FALTA
PAGINA

